Muertes de Aurora

Gerardo de la Torre

Ésta es una publicación de la **Delegación Iztapalapa**
y **Para Leer en Libertad AC.**

desarrollo social@iztapalapa.gob.mx
desarrollo educativo@iztapalapa.gob.mx
www.iztapalapa .gob.mx

brigadaparaleerenlibertad@gmail.com
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Artículo 38: Este programa es de carácter público, no es patrocinado ni promovido por partido político alguno y sus recursos provienen de los impuestos que pagan todos los contribuyentes. Esta prohibido el uso de este programa con fines políticos, electorales, de lucro y otros distintos a los establecidos. Quien haga uso indebido de los recursos de este programa en el Distrito Federal, será sancionado de acuerdo con la ley aplicable ante la autoridad competente. Cualquier anomalía denúnciela a la Contraloría Interna en Iztapalapa al Tel: 54 45 11 51 y/o en la Contraloría General a Honestel: 50 62 22 22

©Gerardo de la Torre

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez
Diseño de interiores y portada: Daniela Campero

A Efraín Huerta, amigo querido
A la impredecible Elsié

Desnudo, enredado en las sábanas revueltas de la cama, Jesús de la Cruz abrió los ojos. Se disiparon lentamente cúmulos y brumas, y aparecieron, borrosos en el cielorraso, los trazos que Jesús había aprendido a descifrar: pesado, calculado, fraccionado. De golpe Jesús se sentó en el centro de la cama y echó en torno una mirada rápida y nerviosa. María no estaba allí. Las ropas de María se habían hundido en algún vórtice. ¿Y si se hallaba ella en el baño, en ese atroz cubículo de muebles indecentes y fríos? Torpe, Jesús se acercó al borde de la cama, al lado de la silla donde su ropa se amontonaba y las perneras del pantalón caían sobre el piso cubierto de pañuelos desechables. Descalzo, puestos los calzoncillos, caminó hasta el baño. Allí tampoco estaba María, pero Jesús, tembloroso, se apoyó en el lavabo, se miró en el espejo. El temblor, que nacía en los puntos de apoyo y alcanzaba su mayor intensidad en los músculos abdominales, no cesaba, y Jesús, mirándose en el espejo, esperó que se diluyera. Jesús en el espejo, eras mi persona favorita.

No encontró a María en la estancia donde se apretujaban un sillón y un sofá polvorientos, una mesa de madera y tres sillas, el aparato de sonido y dos docenas de

discos, rara vez tocados. Tampoco en la cocina en cuyo fregadero enmohecían tres vasos, una sartén, dos platos y algunos cubiertos sucios. Jesús dio unos pasos para acercarse al refrigerador y tropezó con botellas de cerveza y licor vacías, puestas allí por mano desconocida para que tropezara con ellas. Abrió el refrigerador y sacó una cerveza que no apagó su sed. Con otra botella en la mano fue a dejarse caer en el sillón, **de frente a la cortina que tamizaba la luz de un domingo ya avanzado.**

Rescatar el pasado más reciente, ahora, en turbia condición, le resultaba tan penoso como recuperar cualquier fragmento más antiguo. Qué difícil ordenar el desorden de su vida, o sencillamente darle coherencia a ciertos hechos, sensaciones, sueños de apenas de ayer, de las últimas horas. Sin embargo, si podía responder a una pregunta podía responder a todas. ¿Estuvo María, real, palpable, concreta, en su departamento? ¿Pasaron la noche o parte de la noche juntos? Fuiste mi persona favorita, María. Y ahora que pronunció en voz baja el nombre de María, se le echaron encima, abrumándolo, imágenes sin nombre, nombres sin imagen, Galdino, el colchón en llamas, Efrén, el remedio para un colchón con chinches es el fuego, polvo lloviendo sobre la ciudad, Galdino y María, María y Galdino. Pero María, imposible que fuera de otra manera, formaba parte de un delirio, un estado alucinante como esos que últimamente lo acometían, con chinches panzudas, abombadas por la sangre, que arrastrándose acudían a beber de su cuerpo imposibilitado para el movimiento. Y si esas chinches no eran alucinaciones, ¿lo era María? Porque de ser real, Galdino se corporizaba, sonreía mostrando el incisivo

Gerardo de la Torre
orificado y Jesús ocultaba con otras palabras lo que no se atrevía a decir: la confesión humillante.

Como punto de partida para hallar una respuesta, incierta y miserable si se quiere, contaba solamente con los pañuelos desechables esparcidos por el piso. Al lado de la cama estaba la caja, vacía y desgarrada, de pañuelos de papel para después del amor que también usaba para limpiarse la nariz o contener una hemorragia. De pronto lo agobió una intensa sensación de horror: se descubría volviendo a la habitación, levantando cualquiera de los pañuelos y sí, manchado, oscura sangre seca, y la revelación de una entrega repugnante. Se fue el horror ahuyentado por la convicción de que en la borrachera se había divertido arrancando los pañuelos de la caja para lanzarlos, flores de papel, al piso. Qué confusión, qué maldita mezcla de imágenes. Allí había estado María, sí, porque ahora estaba seguro del telefonazo y el breve diálogo. María deseaba hablarle de Galdino, algo muy importante. Deslizándose sobre los blancos pétalos Jesús se arrimó al lecho, inclinose para besar la frente de la amada. En el sillón Jesús estremeció. Tenía que decírselo a Galdino, tenía que decírselo, tenía que decírselo. Grandísimo imbécil, ¿para qué?

Para que no lo acosaran los remordimientos. Para que María no se adelantara y la catástrofe se desatase.

Jesús fue por otra cerveza y entró al baño. Dejó la botella en la jabonera del lavabo y dedicó unos minutos a examinarse en el espejo. Con toda franqueza debo confesarte, de hombre a hombre, de persona inteligente a persona inteligente, de amigo a amigo, que no soy nada más que un borracho sinvergüenza.

Se acercaba el mediodía y en el refrigerador esperaban muchas cervezas. Pudiste haber sido mi persona favorita, Jesús.

Excitado, sísmico, el desconocido, testigo presencial, le refería a Jesús el ataque del batallón de granaderos y entre frase y frase bebía tequila para abatir la excitación. Los golpes éranle asestados a Jesús en el sitio preciso del corazón. Aquellos monstruos que suponía desvanecidos para siempre, lejos de su vida, los malvados, los perseguidores, los crueles, se corporizaban convocados por la palabra del testigo: los veía rajar cabezas, derribar aquel cuerpo con un culatazo certero, agruparse para disparar granadas lacrimógenas contra los estudiantes cuya única respuesta era el grito, la mentada de madre, la carrera. Arrebatado ya del reposo a que se había condenado, esos años en que le negó existencia a todo lo que hubiese pasado de Aurora para acá, Jesús se dejó atrapar por el remolino, feroz embate de la memoria que lo tragaba y lo escupía cada vez más debilitado, obligándolo a asirse a qué más sino al vaso con ron y agua que el cantinero misericordioso le renovaba. El desconocido, sin proponérselo, sin imaginarlo, lo invitaba a penetrar en el hoyo donde aguardaban espectros, furias, caserones demolidos, dientes que le arrancaron, verrugas cercenadas, uñas, pelos, depósitos de mierda. El remolino y el agujero. Jesús se resistía, se aferraba al ron con agua, pero cuando el testigo presencial se dirigió al mingitorio la boca del agujero arrojó el turbión. Allí marchaban los trabajadores ferrocarrileros, petroleros, telegrafistas; allí

Jesús el joven, orgulloso, arengaba a sus compañeros antes de los combates con la policía; pero sobre todo, allí, triturante, se alzaba la derrota. Los de ahora, los que elegían la calle, los soñadores, no sospechaban que no había más destino que la derrota y al final el ron con agua. En ese vaso adherido a su mano se hallaba la verdad, y no había más verdad que los golpes, la persecución, el saludo que te retiran, el aislamiento, el sabor a lámina vieja de la derrota y después la búsqueda de otros vasos que ayuden a sentirse bien mientras se acoge con los brazos abiertos a los nuevos vencidos. A las doce de la noche los empleados de la cantina levantaron las mesas, encima las sillas patas arriba, y bajaron las cortinas metálicas. Jesús, levemente torpe, levemente ebrio, se fue caminando por el paseo de la Reforma hasta su departamento en la colonia Juárez. Agitaba los brazos y las piernas para sacudirse costras oscuras, lamosas, abisales.

Los vampiros llegaron en la madrugada. Era una noche calurosa y por la ventana entró el primero, eficaz y silencioso como una mariposa, y con su volar neutro, sin ruido, se acomodó a los pies de la cama. El segundo vampiro, con sigilo idéntico, se posó al lado del compañero. Ingrávidos, los moscos buscaron el acompañamiento de los vampiros. Volaron todos en círculos sobre la cama, círculos que se estrechaban sobre el rostro, aleteos y zumbidos cuya síncope agresiva impedía el sueño pero no despertaba terrores. Jesús agradecía ese rumor furioso que no lo dejaba a solas con los pensamientos que ya preparaban el asalto. Buenos vampiros y moscos generosos, confortante compañía la de las chinches que ahora comenza-

ban a abandonar los pliegues y repliegues del colchón, los pequeños agujeros perpetrados en los muros por clavos y armellas, las juntas de los cuadros, las páginas de libros antiguos desparramados sobre el buró. Jesús se dio la vuelta, ocultó la cara en la almohada y cubrió el cuerpo entero con las cobijas. Las bestezuelas nocturnas permanecían fuera del nicho, alborotadas o zumbantes pero al fin ajenas a su vida, a su aliento alcohólico, a la sensación de bienestar que en esas noches lo colmaba. Afuera moscos y chinches y vampiros luchaban con las cobijas, las levantaban, tensaban y expandían, comenzaban a arrastrar el cuerpo aletargado para llevarlo a la ventana y entonces el vacío y los animales posesionados de la habitación. Que viniera, ¡por Dios!, el caballero de la armadura negra montado en el negro corcel, señor y amo de la noche y los seres que la pueblan. El galope, los cascos resonando la escalera. Aquí está ya, irrumpe lanza en ristre y, cobardes, se doblegan vampiros, moscos, trasgos, chinches y medusas que habían puesto sitio al cuerpo soporoso de Jesús. Gracias, caballero, ante su bondad me inclino agradecido. ¿Está allí todavía? ¿Permanece vigilante junto a mi lecho? ¿Quién es, si no? Jesús abrió los ojos y alcanzó la pequeña botella de brandy que guardaba en el buró. Se disponía a beber cuando la vio, pálida en la oscuridad primero, después resplandeciente.

Empuñaba una pequeña pancarta. Llevaba puesto un pantalón de mezclilla y el viejo suéter a franjas verticales azules y rojas. Ávida de vivir (como los otros, los que marchaban con ella) para algo más que disputarse objetos, pan, trocitos de cariño, sumaba sus gritos a los que arroja-

ba la multitud. Fe en los gritos, fe en la palabra pronunciada cada vez más fuerte; gritos que denunciaban su renuncia a un pasado y un presente opresivos y los instalaba, a los manifestantes, antiguos sordos, ciegos, mudos, tullidos y leprosos, en un universo reciente salido de éste que abandonaban y construido con sus ruinas y por el poder de la palabra. El batallón de granaderos, antropomorfos de estampa brutal, fieles a su presente miserable y rencoroso, atacó de frente al principio, pero cuando los estudiantes comenzaron a desbandarse, copó las calles laterales. Aurora corrió con los otros buscando puerta, túnel, precipicio, y aquí y allá los atajaban propietarios pálidos que protegían vajillas, cueros de cocodrilo, artesanías auténticas, *english spoken*, baratijas. Los muchachos corrían por los prados de la alameda y allá asomaba el gendarme y utilizaba la culata del fusil lanzagranadas. Aurora buscaba sitio donde refugiarse y eran puertas cerradas, calles oscurecidas por el gas. Tropezó con los pies de un compañero y cayó bocabajo. Levantó la cara, miró hacia atrás, ojos despavoridos, labios abiertos en una mueca que el recuerdo rescataría mil veces, y allí, entre los ojos, golpeó la culata, saltó el chorro de sangre en surtidor. Aurora, apenas viva, dijo paz, o libertad, o Jesús, o piedad, o nada, o todo. De tantos cuerpos abandonados en el campo de batalla, a Jesús sólo ése le interesaba. Se acercó al cuerpo, pantalón de mezclilla, suéter a franjas azules y rojas, que más amaba.

—¡Dios mío! —dijo. Dios mío —musitó.

Sus manos acariciaron el rostro machacado. Había partido el caballero de la negra armadura y los vampiros y los moscos volvieron a asaltarlo.

—Está bien, doctor. Sí, doctor, ya sé, entiendo que se llama *delirium tremens* y es provocado por exceso o defecto de alcohol. Y el alcohol, segurísimo, daña el hígado, lo destruye, perturba todas las funciones del organismo, produce avitaminosis y se encarniza con el cerebro. Se pierde toda noción de realidad, sí, se descuidan las obligaciones, las importantes y las secundarias. Hay una terrible destrucción de neuronas que trae al poco tiempo la idiotez. Signos como la frecuente distracción, vale decir la ausencia de concentración, la pérdida del hilo en una charla, el tartajeo de incoherencias, indican que uno está cerca de ese abismo del cual no se regresa. Y no he olvidado que mente sana en cuerpo igualmente sano. Entiendo que si voy al gimnasio todas las mañanas, golpeo la pera fija y levanto pesas, juego tenis o fútbol, practico la natación, sin duda se me desarrollará la mente. Pero no se moleste, doctor, no me estoy burlando. Bebo mis copas, es cierto, pero también hago deportes: tres veces por semana frontenis y después un baño de vapor. Sí, tiene toda la razón, estoy quemando la vela por los dos cabos y me la voy a acabar en un santiamén, como dice usted. En ese caso tendré que dejar el deporte porque no puedo dejar el alcohol. Soy alcohólico ya mayorcito y a nadie acuso de sonsacador. ¿O usted qué me aconseja?

El doctor Eduardo Díaz, del otro lado del escritorio, dejó caer sus dedos gordos y planos sobre el borde de la cubierta. Golpeó tres veces, tres veces más. Jesús escuchó la voz gruesa y apacible, la modulación compasiva. Voz de

Gerardo de la Torre médico, ese cabrón tenía voz de médico, uno ochenta de estatura, noventa y dos kilos de vocación. Al paciente pobre no le cobraba por recetarle una aspirina y a veces hasta le regalaba la aspirina, pero era inflexible cuando se trataba de los hijos y la misa de nueve, antes de salir al día de campo o partir, ropa ligera, zapatos tenis, al club.

—Sí, Jesús, tienes que cuidarte.

Y otra vez una cirrosis hepática lo arrastraría muy pronto al hoyo si no se cuidaba, y vaya que le preocupaba su suerte, la de Jesús, porque era el hermano de su esposa, su cuñado, sí, y había que ahorrarle angustias a Irene, la pobre Irene cuyo catálogo de sufrimientos ya abultaba. Y mientras yo me cuido, gordo, ¿tú qué vas a hacer? Los domingos conducir a los hijos dóciles al club para que naden y correeten con niños de su edad y de su posición, igualmente dóciles y obtusos, mientras los padres beben limonada y hablan de últimos modelos y aparatos de sonido y modas y lo mal que le va a los cubanos a dieta de azúcar y ron. Si por lo menos aprovecharan la visita al club para ponerse una buena borrachera, los padres, y los hijos para ahogar en la alberca a uno de esos niñitos descoloridos y chillones que llenan los clubes los domingos. ¿Tú qué haces allí, gordo? Jesús no lograba imaginarlo porque jamás se había parado en un club y a lo mejor los adultos se ponían borracheras de buena marca y era seguro que los niños estuviesen bien alimentados y saludables. Pero al doctor Díaz la única bebida que le conocía era limonada, pues ya sabes que el alcohol ataca el corazón, los riñones, el cerebro y otra vez el hígado.

—Nadie esta a salvo de una cirrosis, Jesús. Come bien, hace mucho daño no comer. Ya que eres un bebedor —el cuñado se resistía a decirle borracho—, come bien.

Sí, papá. A Jesús le daban ganas de decirle papá. Lo que usted mande, papá. ¿Papá, me da permiso de salir a la calle? A Irene, sin embargo, siempre le preguntaba por el gordo, y la hermana no te expreses así de mi marido, es un buen hombre. Seguro, no hay gordo malo, y Jesús sabía que los gordos son propensos a los infartos y tarde o temprano el cuñado, para cargar otro en la cuenta de martirios de Irene, caería víctima de uno.

—Un infarto con zapatos tenis.

—¿Qué dices?

—No, nada, doctor, esas estupideces que se le ocurren a uno. Infartos. ¿Es posible, verdad?

—Sí, los tienen con frecuencia los bebedores.

Ganas de preguntarle: papá, ¿qué hago, qué puedo hacer para no tomar tanto? En cambio, inquirió:

—¿Cómo está Irene?

—Bien, sobrelleva las cosas.

Las cosas. Se negaba a decir que sobrellevaba el estigma del hermano borrachín.

Hacía tiempo que Jesús no visitaba a su hermana, aunque de vez en cuando se hablaban por teléfono. ¿Cómo estás? Espléndidamente. ¿No has tomado? Ni una gota. ¿Lo juras? Por Dios. Cuídate, cuídate mucho, no echas a perder tu vida.

—Doctor, ¿la amnesia es síntoma de alcoholismo?

—¡Uh, y de los graves!

La amnesia, el olvido. Bebía para borrar el pasado y al mismo tiempo olvidaba todo género de recomendaciones. Después se empeñaba en el rescate de un gesto, de una frase, de una imagen, de un sentimiento. ¿Cómo era el amor? ¿De qué sustancia se componía aquella gana de estar con Aurora, de mirarla dormir, de besarla suavemente, a media noche, cuando lo despertaba un pensamiento brusco, imperativo, evadido a la censura del sueño?

Jesús se despidió de su cuñado y se echó a la calle. A las cuatro de la tarde tenía cita con Galdino en la cantina de siempre. Tiempo le sobraba, pero mejor llegaba temprano y una copa o dos y estaría encantador.

Las primeras planas de los diarios comenzaban a mencionar algunas mínimas batallas, ciertos llamamientos, rumores de una huelga estudiantil nacional. Muertos y desaparecidos reclamados a gritos y negados con voces y maneras suaves pero autoritarias. Y uno de esos días la llamada de Efrén.

—De la Cruz, queremos reunirnos contigo. Tú pasaste por esto, el cincuenta y ocho, los Chimales, ¿te acuerdas? Tú sabes, aconséjanos.

*Está llegando la hora
de los líderes venales.
Ahí viene la aplanadora
que se llama los Chimales.*

Efrén era un iluso o se burlaba, porque Jesús hacía tiempo que se había desentendido de aquella época y solamente en momentos de mala borrachera aparecía una imagen, pirueteaba un recuerdo. Pudo decir por el telé-

fono beban beban beban y déjenme en paz. Pudo haber mencionado su alcoholismo, ese mundo aparte donde nada sabemos de conciencia, principios, lucha de clases, capital, beban y olviden todo, no vale la pena. Pero nada de eso dijo. Aceptó la cita, se dispuso a ejemplificar con su embriaguez desnuda y silenciosa. Quiero que me digan, que me ayuden a recordar. Y Jesús de la Cruz, de nuevo, comenzó a recordar.

Minutos antes Efrén había pasado a avisar que reunión a las doce en los prados detrás del servicio médico. El maestro Nicolás le hacía rosca a un tubo de pulgada y media, el terco y áspero brazo subía y bajaba rítmico, el cuerpo se inclinaba sobre el maneral de la terraja. Galdino sostenía la aceitera y dejaba caer sobre el tubo, solemne y comedido como un sacerdote prehispánico en un rito espantoso, chorros de líquido dorado y viscoso. El maestro Nicolás súbitamente suspendía el trabajo, soplabá entre tubo y terraja para expulsar la rebaba metálica, secaba con la manga el sudor de la frente y, después de desahogar alguna procacidad, volvía a su labor. Cuando la rosca estaba lista el maestro hacía girar los dientes de la herramienta en sentido contrario, limpiaba el tubo y proponía un acoplamiento de roscas para probar la que apenas había fabricado.

—Está buena. Saca el tubo.

Galdino sacaba el tramo de tubería de las muelas del tornillo y colocaba otro. Galdino, con su ropa de cachi petrolera manchada de aceite y grasa, sacaba tramos de tubo, amordazaba en el tornillo nuevos tramos, dejaba

Gerardo de la Torre
caer entre tubo y terraja el aceite preciso, pensaba en la cita de mediodía.

—Estás ido, Galdino, no te la puñetees tanto.

—Hágame favor, maestro. No, para nada. Ándele, vamos a acabar con estos antes de comer.

¿Qué se traerán? ¿Qué nueva idea los acalora? Los brazos delgados le daban vuelta al mecanismo del tornillo, sostenían la aceitera y la inclinaban, mientras el maestro Nicolás subía y bajaba el brazo, con el peso de su cuerpo robusto impulsaba los dientes de la terraja que desgarraba el tubo ras ras y abría surcos resplandecientes. ¿Qué se traen? ¿Qué andarán tramando? Porque dos días antes, a la hora de la salida, entre trabajadores afeitados y gozosos, entre el cliqueteo de relojes marcadores, entre barullo y calor y el anticipado sabor de la cerveza, se vio asediado por Arturo y Efrén. Era cosa rápida pero tenían que hablar con él, darle noticias, tomar medidas. En el café de Clavería a las cinco y media.

—¿Noticias? ¿Creen que no leo el periódico?

Pero se trataba de noticias frescas, de planear actividades, aprovechar coyunturas. Y nada de exaltarse porque las orejas en todos lados, los ojos observando nomás. En voz muy baja Efrén le confió que la tarde de ayer habían hablado con los compañeros del Partido. Galdino, acorazado en la renuencia, mostró un gesto de disgusto. No se reunían de tres meses a la fecha y cuando habían llegado a hacerlo era para el quejido, abierto en esa circunstancia, sobre la dirigencia sindical, para beberse un trago revolu-

cionario y afirmar su conciencia de explotados. Pero era urgente, muy urgente, y a las cinco y media estaban en el café.

—En estos momentos la tarea prioritaria es hacer que funcione de nuevo la célula, reconstruirla, hacerla crecer trayendo a nuestras filas a los jóvenes, la sangre nueva petrolera.

—Nomás para empezar, vamos dejando clara una cosa, Efrén. No veo para qué vamos a reconstruir la célula si no ha servido para un carajo en los dos años que tiene de existencia. Muy de vez en cuando un volante clandestino y mierdero contra nuestro líder Pancho Ordaz. Y punto.

—Nos hemos cansado de repetir que son charros y rateros, para nada —dijo Arturo.

—Claro —confirmó Galdino—, los compas trabajadores a grito abierto les dicen traidores, jijos de la chingada, ¿y qué pasa?

—Ahorita no se trata nomás de líderes charros robacuotas y vendeplazas, no acaba allí la cosa —dijo Efrén. Lo están viendo y no se dan cuenta. Este es un movimiento verdadero, fuerte, no lo van a detener con nada. Ustedes están acostumbrados a pensar con molde. Movimiento estudiantil, uy, sí, salen a la calle, alborotan un poco, los apaciguan y a la escuela otra vez. Y nosotros tranquilos, para qué nos comprometemos si nada va a pasar. Ya dejen su moldecito y piensen, échenle imaginación, qué podemos hacer, cómo vamos a jugarla para que el movimiento crezca y se extienda, de qué manera vamos a sacar provecho para que el sindicato cambie. Despéjense, sacúdanse la huevonería mental.

Pero que no se calentara, dijo Arturo, bien que lo conocía, echaba a volar el entusiasmo y a la hora de los cabro-

Gerardo de la Torre
nazos aventaba la bandera. Efrén, incómodo, se revolvió en su asiento. Arrojaba las colillas en la taza de café que ahora tenía una espesa mezcla de ceniza, hebras de tabaco y residuos de líquido. Si ya no tenían ganas esos dos, de una vez que lo dijeran y cada quien a su casa, para qué andárselas dando de encantadores de serpientes.

—No se trata de rajarse, Efrén. No es putería. Pero quién te dice que mañana se acaba el movimiento y nosotros colgados de la brocha. ¿Tú cómo la ves, Arturo?

Arturo de acuerdo. Había que jalar el hilo que les ofrecieran, protestar hasta por el vuelo de una mosca, pero mejor semblanteaban unos días el movimiento y después decidían. Efrén, como si lo hubieran insultado, apretó los dientes, la sangre le amorató el rostro, su mirada se concentró en el contenido de la taza emporcada. Los otros dos que no era para tanto, venían a discutir y estaban discutiendo, no tenía por qué clavarse en esa obstinación de mudo, deja la callada y, a ver, propón algo. Efrén se dedicó a picotear una servilleta con la punta del bolígrafo como en un morse extraño que quisiera significar que se le habían agotado palabras y razones o las guardaba para mejor ocasión, con compañeros mejores. Al fin sacudió la cabeza y dijo:

—Vamos a hacer un volante. Y si no les parece, lo hago yo solo.

La conclusión de la escaramuza les sonó deleznable. Sin embargo los tres se consagraron a redactar el texto. Lucharon con las frases, las palabras que se negaban a ubicarse de modo que expresaran lo que ellos sentían. Los conceptos se extraviaban en la maraña de palabras y era necesario leer, releer y reescribir. Finalmente el texto los dejó satisfechos y

Efrén se comprometió a mecanografiar temprano el documento para que Arturo lo hiciera reproducir, operase el milagro de la multiplicación de ideas. A las nueve de la noche, en la puerta del café, se desearon buenas noches.

Pero Galdino no pudo pasar una buena noche. Dos años en el Partido lo habían marcado, quisiera que no. El júbilo combatiente de los primeros meses se le fue percutiendo a medida que la militancia se le revelaba no como la actitud gallarda y desafiante que llegara a imaginar sino como una tarea difícil, deslucida, abundante en discusiones que lo aburrían. La actividad fue pobre desde el primer momento, acabó por desaparecer y hasta las reuniones informales fueron suspendidas. El entusiasmo cedió paso al sentimiento, triste y cómodo a la vez, de que se hallaba dentro, era un revolucionario y, algún día espléndido, lejano y obsesivo, iba a participar en los combates por la Revolución. El marcado no podía pasar buena noche. En la oscuridad de su cuarto, bocabajo en la cama y con las manos cruzadas bajo la barbilla, imaginaba por centésima vez los días catastróficos que tomaría su lugar. Las montañas se hendían, de los mares levantábanse olas enormes, el fuego purificaba las ciudades: Efrén, Arturo y Galdino, empistolados, abandonaban la refinería seguidos por un séquito adulón de antiguos líderes, antiguos soplones, jefes y subjefes acobardados hoy; a retaguardia los trabajadores, rostros macizos y decididos, fusiles, palos, piedras, escarpelas rojas. Después el paredón y los que ayer golpeaban, los dadores siniestros, maestros titiriteros, gastrónomos, facedores de entuertos, gimientes y llorosos se arrodilla-

Gerardo de la Torre
ban. ¡Preparen! Galdino sordo a ruegos y gemidos. ¡Apun-
ten! Entonces la espera vasta, el silencio espesándose y de
una parte las miradas censurantes y de otra la insania de
unos ojos que para siempre fijos. Pero no, no podía dar la
orden; murmullo apenas, le dolía en la garganta, lo ahoga-
ba. Volviose boca arriba, se levantó, unos pasos lo llevaron
a la ventana.

Largo tiempo permaneció arrimado al cristal. En no-
che de betunes impalpables adivinaba, más que veía, los
caserones y edificios bajos, la hilera de luces tristes en la
calzada adyacente a la refinería, al fondo las torres ilumi-
nadas del centro de trabajo, los resplandores, el humo ve-
nenoso de las chimeneas. ¿Qué acto o qué suma de actos
desencadenaría las fuerzas soterradas?

A las cinco de la tarde del nuevo día los compañeros
se reunieron en el mismo café. Arturo mostró el paquete,
las mil hojas volantes que debían ingresar en quehacer clan-
destino a la refinería, una tercera parte cada uno. Arturo re-
correría las casas de cambio de las plantas. Efrén y Galdino,
muy de mañana, anticipándose a la llegada de los trabaja-
dores, se encargarían de oficinas y talleres. Cientos de hojas
idénticas y allí el texto, las frases, el mensaje, la idea.

A la clase obrera petrolera:

Los estudiantes han iniciado un gran movimiento. Nosotros,
los trabajadores petroleros, no podemos permanecer ajenos a
este movimiento. Es un movimiento del pueblo, no solamente
de los estudiantes, y los **hobrerros** petroleros también somos
parte del pueblo. Por eso tenemos que decidirnos a luchar con
nuestros compañeros los estudiantes porque ya es hora de

que se acaben los líderes charros y se aumenten nuestros salarios y tengamos una vida mejor.

A la clase **hobrera** le corresponde un lugar privilegiado en las luchas del pueblo porque ya basta de que nos estén viendo la cara. Por eso hacemos este llamamiento para que todos hechos uno, como un solo hombre, pongamos nuestro granito de arena para que el movimiento triunfe.

La comisión

Ahora, cerca del mediodía de una calurosa jornada de agosto, Galdino esperaba el silbatazo de la planta de calderas. Escasos momentos los separaban de las doce, de la acción escrupulosa de guardar aceitera y terraja mientras el maestro Nicolás se alejaba limpiándose las manos con una bola de estopa. Galdino no sabía si era miedo eso que le hacía bailotear la aceitera en la mano y echar aceite de más, pero era incertidumbre, porque si algún madrugador agazapado lo había visto dejar los volantes en el vestidor, si había cundido el comentario, si la oreja amplificadora y el puñetazo del gerente sobre el escritorio: ¡Ajá, Galdino Arrieta! Entonces el silbatazo largo y el maestro Nicolás guárdate la herramienta y no dejes nada afuera porque te chingo.

Del taller de tubería a la puerta principal hay poco más de doscientos metros. Por uno de los callejones de la zona de talleres se alcanza la calzada principal. De allí doscientos metros en línea recta hasta la aglomeración de obreros y oficinistas que a gritos y manotazos se disputan los tacos de arroz y huevo duro, de guisado de puerco con frijoles, chicharrón en salsa verde, milanesa, moronga,

Gerardo de la Torre verdolagas, que ofrecen las vendedoras a través del enrejado. Galdino no se acercó a la reja. Después de doblar a la derecha, cruzar una puerta de alambre de malla y saltar un barandal de tubos se internó en los prados de los que antiguamente era el servicio médico de la refinería. Detrás del edificio, en aislamiento de intención conspirativa, Efrén y Arturo acometían los alimentos preparados en casa.

Qué sabrían, se preguntó Galdino viendo esos rostros deformados por la masticación, inexpresivos más allá del movimiento de las quijadas. Hundió la mano en la bolsa de tortas que le ofrecieron y antes de asestar la primera mordida interrogó a los compañeros: qué se decía del llamamiento. Con un filo de enfado en la voz informó Efrén del silencio. Arturo aseguró que fue un fracaso, pero que les informara Galdino cómo lo habían tomado en los talleres. Por allá idéntica ausencia de comentarios. Las tres cabezas pendulaban inclinadas y a intervalos arrojaban una abúlica dentellada a las tortas. Sufrían de soledad. Era la refinería un islote, zona incontaminada, y para los trabajadores la política tomaba cuerpo en los meros hechos sindicales, hallaba su fin y su principio en la asamblea y sus más elevadas expresiones en la elección anual de funcionarios sindicales. No importaba que las asambleas fuesen mascaradas torpes sino que se celebraran; ningún sentido tenía una elección en la que contendían bandos inocuos, obedientes, pero consolaba apostar al ganador. Cada dos años, sin embargo, durante la revisión del contrato colectivo de trabajo las compuertas de la empresa se abrían y desparramaban prestaciones, albricias, tantos por ciento, agua de la vida: maná. A Galdino la situación lo sublevaba. Ahora,

hecho el volante, encarado el riesgo, esperaba lo menos una respuesta mínima, el gesto, la bravata, un círculo de fuego en cada frente. Rutina inalterable la del centro de trabajo. Un volante o mil nada modificaban. Y para hacer reaccionar a esos cabrones: ¿qué vamos a inventar?

Efrén, meditativo, habitaba latitudes ciegas. Volvió transfigurado, sereno, decidor.

—Lo que necesitamos es extender la red. Queremos abarcar el chiflido y el grito y así no vamos a conseguir nada. Poquitos como somos procuremos beber el mar a pausas. Un amigo no ha de faltarnos a cada uno, alguien de nuestras confianzas. Pues vamos a trabajar con ese amigo, vamos a hablarle, a convencerlo, a ponerle la cabeza en los hombros. Si ése no quiere, otro y otro. Somos más de dos mil aquí en la refinería. ¿No habrá alguno que jale con nosotros?

Arturo y Galdino lo miraron como si una protuberancia le creciera en la frente. El buen amigo Efrén que cada dos semanas inventaba el silabario.

Se quejan, Efrén, de tu mala ortografía. Dicen que en la calculadora te salen sobradas las sumas y en las multiplicaciones distribuyes. Que algo le sabes al jefe y lo tienes agarrado. Que te vas a tomar las cervezas allá enfrente, en horas de trabajo, y ni te llaman la atención ni te hacen un reporte ni el pelo de este gato. Que en tus ascensos se olfa-tea la protección del jefe. Eso dicen, Efrén.

Lo dicen por ignorancia, lenguaraces malditos, intrigantes. Pero a mí no me gusta hacerle al cuento ni darme baños de pureza y voy a hablarles con sinceridad. Comencé a laborar aquí hace catorce años, barriendo pisos, desan-dando pasillos, puliendo mingitorios y tazas de excusado.

Uno quiere mejorar y no hay de otra, sólo puede ayudar el que tiene poder. Pero no me vayan a creer lambiscón ni fácil de la espalda. Yo nada más cumplía, servicial, buen muchacho. Ciertamente le eché al jefe la mentira de que estudiaba contabilidad por las tardes, pero lo hice nomás para que entre viajes de escoba y viajes de cubeta me dejara practicar la mecanografía. Y cuando aprendí a darle a la máquina no me negó el ascenso. Le conocí sus enjuagues, pero eso cualquiera, secreto a voces. Había aquí en el departamento un viejo de buena ley, Chucho Flores. Yo platicaba con el señor Flores y él me hacía ver que andaban mal las cosas donde a veces las veíamos bien. El jefe y los líderes andaban traslapados, como que si era lumbre a todos quemaba y si era miel se les derramaba encima juntos y revueltos. Así fue con aquella costumbre de pagar adelantado. Ahora verán, a nosotros nos pagan los viernes, a casi todos, pero a los que trabajan de tarde o de noche, para que no pierdan la mañana del viernes, se les paga la tarde del jueves. Así que los sobres se llenan cada jueves y a los que deben cobrar los viernes se les puede pagar desde el jueves. Y yo no entiendo a los trabajadores. Si de todos modos van a cobrar el viernes religiosamente, qué ganan con cobrar un día antes. Pero la gente es así, se aquerencian con el jueves y el jueves, y los pagadores se van con la brisa y pagan los jueves, pero al sobre le enviudan cinco pesos, qué abuso. Así que al señor Flores, ese viejo que les digo, se le ocurrió que firmáramos la carta. Nosotros sabíamos bien que el jefe estaba de acuerdo con los pagadores, pero nomás por joder hicimos la carta, con copia a personal y a la superintendencia. Unos

cuantos firmamos y luego se hizo un sorteo para ver quién se la entregaba al jefe. ¡Hijos de Villa y compañía! Que me va tocando. Ya se han de imaginar de qué color me pusieron. El jefe, un tal señor Araiza, me cantó la ingratitud, los ascensos y todo lo que le debía. Desde entonces dejó de hablarme y todo para que ladrara el perro y siguiera ladrando. Luego hicimos un volante que levantó ampollas. Y tampoco pasó nada, pero es de aquello que el jefe me trae corto. Hará dos años, allá por el sesenta y seis. Después yo seguí hablando con don Chucho, él sí muy estudiado, y pues uno es noble, le va entrando la conciencia de clase, así que me hice miembro del Partido cuando el señor Flores me invitó. A él lo jubilaron a principios de este año y en la célula quedamos Arturo, Galdino y yo. Y no vayan a creer eso de que me equivoco en las cuentas; y lo de la ortografía pues sí, no la tengo muy buena porque no fui a la escuela, la primaria nomás. ¿Qué más quieren saber?

Porque hay más. Muchos años antes, después de un mitin con balas y macanazos en el monumento a la Revolución, Efrén conoció a Jesús de la Cruz. Cerca de la medianoche se hallaban en un local ferrocarrilero en Peralvillo, rodeados por la policía. La consigna fue abandonarlo subrepticamente, en parejas, esquivando la luz y el miedo. Tocó salir juntos a Efrén y De la Cruz, caminaron largamente las calles tenebrosas de la colonia Morelos, tomaron Santa María la Redonda hasta desembocar en la Alameda y de allí al Caballito y después por Paseo de la Reforma a la colonia Juárez. Aquí, en un edificio viejo y feo, departamento de renta congelada, vivía De la Cruz con su madre y la queri-

Gerardo de la Torre da hermana. Del forzado paseo nació una buena amistad y más tarde, cuando a Jesús le rescindieron el contrato con Petróleos en el cincuenta y nueve, continuaron los encuentros, aunque cada vez más distanciados.

Diez años después de la caminata, a escasos minutos de las cuatro de la tarde, De la Cruz recordaba en una cantina de la avenida Insurgentes. Contra su costumbre, no se había acomodado en la barra, frente al espejo que le devolvía a cada copa versiones diferentes de su rostro. Solo en una mesa, hundido en los recuerdos, levantaba la cabeza cada vez que se abría la puerta: Efrén. Y no era Efrén sino un anciano envuelto en un abrigo, y eso en una tarde calurosa, que se acercaba tembloroso a la barra y pedía un tequila. Con idéntica estampa te mostrarás al cabo de unos años, De la Cruz, ya vas a verlo. Falso, pues muy pronto te echarán a la tumba, al gran agujero húmedo, con las uñas crecidas y el certificado de fallecimiento legalizado por el doctor Díaz: cirrosis hepática. Tocó madera Jesús, se asió con firmeza a la pulida cubierta de la mesa mientras la bebida le resbalaba por la garganta y lo remitía de vuelta al pasado, diez años antes, y entonces ese trago era el presente, allí, poco antes de las cuatro de la tarde, esperando a Efrén, y el futuro se le echaba encima en la forma de un anciano trémulo, de un cuerpo descarnado que yacía dos metros bajo tierra. Sobre ese trago giraban incesantes y confundidos presente, pasado y futuro. Jesús lo apuró de un golpe y pidió otro al mesero que deambulaba entre mesas y sillas, preso en su laberinto a sueldo fijo.

Minutos después de la cuatro asomaron Efrén y Galdino.

Hacer planes, hacer planes. Y a la hora de confrontarlos con la vida, con los semejantes, el desmoronamiento. ¿No habrá un amigo que jale con nosotros? Los amigos se diluían en razones perversas por su impudor. Como si un impalpable demagogo hubiese impuesto el argumento: si te hablan de estudiantes, mítines, el movimiento que será la chispa, boca cerrada, cara de duro yeso, un gesto de escepticismo a lo más, una frase desalentadora si continúa el asedio. Los trabajadores decían cualquier cosa y recordaban las tareas impostergables: mecanografiar oficios, cerrar válvulas, tirar cordones de soldadura sobre placas metálicas enormes. Y en las reuniones de mediodía Galdino, Efrén y Arturo se preguntaban qué, quiénes, con **cuantos** contaban para transformar el mundo, que no va a transformarse porque sí. Los informes revelaban el desastre, lo que ya no era novedad, y los compañeros se refugiaban en los cigarros o en la contemplación de un cielo azul que les afinaba la vista. Efrén, imaginador incansable, aparecía a cada rato con ideas, razones que esgrimir, epopeyas que fecundar. Las sugerencias se aceptaban sin entusiasmo y más bien al borde de la irresolución, pero finalmente se decidían a probar de nuevo, otra vez a la dispepsia, los calambres, la boca seca. Efrén mencionó esta vez a un amigo que en las antiguas luchas había sabido dirigir y organizar, y no estaría de más echarle un telefonazo porque nunca se sabe, de manera que por la noche concertó cita con De la Cruz.

Las vidas de la gente no le interesaban a De la Cruz. Poco daba por saber cualquier cosa que no tuviera relación con el nivel actual de la botella de ron encerrada en la

Gerardo de la Torre
cocina o el grado de dureza que alcanzaban los cubos de hielo en el refrigerador. Reprochándose la estupidez que lo indujo a aceptar esa cita fue a dejarse caer en un sillón y se dispuso a beber. Agitó el vaso y parecieron agitarse viejos fantasmas: Fragua, Flores, Aurora. Fragua en la barra de una cantina oaxaqueña, maldiciente porque horas atrás se había enterado de las conversaciones de un representante franquista con el canciller mexicano. Fragua, borracho, caída la cabeza sobre la barra, regurgitante, levantaba la cabeza para afirmar rotundo: “¡A la mierda Franco, a la mierda los fachistas!” En el fondo de la cantina alguien gritó: “¡Viva Franco, refugiado!” Fragua, herrero viejo, maltratado por el trabajo y el alcohol, giró lentamente, sacó el pecho, levantó el puño: “¡Viva la república!” Perdió Fragua el equilibrio, resbaló lentamente de espaldas a la barra y cayó sentado en el piso, sobre escupitajos, colillas y serrín, colgante la cabeza de muñeco grotesco, la garganta en un nudo de llanto y maldiciones. Estallaron en la cantina las carcajadas, los comentarios que aludían a la filiación política que en puntos de trago evidenciaba el borracho que, incapaz de levantarse, daba lugar a más carcajadas. Después de quince años a Jesús todavía le incendiaba las tripas el recuerdo. Pero la cuestión pendiente, devuelto Fragua al desván, era qué decir. Tal vez relatar las anécdotas triviales que seguramente Efrén le había escuchado en distintas tabernas, tal vez pedir el cubilete para jugarse unas copas. Pero suponte, Jesús, que viene Efrén y se te sienta al lado a esperar el discurso. Ya lo tienes ahí. Te mira con ojos nobles y esperanzados mientras le das vueltas al vaso y preparas un párrafo: ese

párrafo que te comenzaba a rodar en la cavidad craneana en cuanto subías al estrado para dirigirte a la asamblea. Te instalabas erguido frente al micrófono y retorcías las manos a la espalda esperando que amainara el griterío. Eras breve y preciso. Señalabas claramente al enemigo, repetías su denominación para que quedara bien grabado en los asambleístas: patrón empresa patrón empresa. Porque ahora lo recuerdas, ahora que Efrén ha venido a clavar el sacacorchos, no querían o no podían los compañeros entender que el enemigo verdadero era el patrón y no el líder que los encaminaba a las pláticas conciliatorias. Te cagabas en los líderes que se robaban cuotas, vendían plazas y se parapetaban en el contubernio, pero en esos te cagabas porque en el patrón no podías hacerlo: el patrón se cagaba en ti, en tus compañeros y en los líderes. Y si mañana Efrén venía a decirte que en el sindicato las cosas habían cambiado tendrías motivo para reír un rato, porque el asunto estaba claro, diáfano, y eso había que atribuirlo puramente al ron que te mandaba capítulos enteros con prólogo, epílogo y todo lo demás.

Lo saludaron. Ordenaron una botella de ron, agua mineral y mucho hielo. Le dieron a leer el volante clandestino. Se dispusieron a escuchar la sabia palabra de Jesús, Galdino a su izquierda, Efrén a su derecha.

¿Qué respuesta había tenido el impreso? Nada más que un agobiante silencio.

—Hemos tratado de organizar un grupo —dijo Efrén—, pero como que los compañeros tienen miedo.

—Yo creo que más que miedo es falta interés —dijo Galdino. Están acostumbrados a la política rascuache del sin-

Gerardo de la Torre
dicato. Les consigues un préstamo o le das trabajo a sus re-
comendados y contentos. Y si no, nomás les queda quejarse.

—Todos se quejan, todos. Echan habladas, dicen pin-
ches bandidos hijos de la chingada, pero les propones organi-
zarse y entonces no. Tú los conoces.

—A mí no me tocó lo de los Chimales —dijo Galdi-
no—, pero me dice Efrén que entonces sí andaban todos en la
pelotera. ¿Qué les dieron los famosos Chimales?

—Vamos viendo eso de los Chimales —dijo Efrén.
Para empezar acuérdate bien que ese año, el cincuenta y
ocho, el sindicato había firmado una prórroga para revisión
del contrato colectivo, y tú tócale a los trabajadores lo que
quieras, las nalgas, pero no les toques los centavos. Viene
la prórroga, se forma una comisión y se van los Chimales a
recorrer las secciones. Al rato habían levantado un chingo
de efervescencia.

—Pero luego los Petróleos concedió nueve pesos dia-
rios de aumento —dijo Galdino. Ya tenían los centavos, ¿por
qué siguieron?

—Eso que te lo explique Jesús, él fue de los dirigentes.

Los extractores de aire de la cantina funcionaban a
toda capacidad. La atmósfera se limpiaba de humos, humo-
res y barullos. La concurrencia, la buena concurrencia de las
tardes húmedas, llenaba las mesas y se apretujaba en la ba-
rra. Había un escándalo de voces, fichas de dominó y golpes
de cristal que obligaba a la conversación cercana, al grito.

Jesús echó el cuerpo sobre la mesa, apoyó los ante-
brazos en el borde. Sus manos oprimían el vaso con ganas de
tritularlo, hacerlo saltar en pequeños trozos que las desgaa-
rraran; entonces la sangre, las servilletas, los conocimientos

Muertes de Aurora de primeros auxilios y Jesús liberado transitoriamente del compromiso. Pero el vaso resistía, los dedos realizaban un esfuerzo menos poderoso cada vez y más inútil. Jesús, al fin, cedió a la voluntad de un recuerdo.

Está en una asamblea en el año 1959, pero la asamblea no se celebra en el local del sindicato, que ha sido tomado hace semanas por un grupo opositor, sino en un patio. En un extremo ellos, los dirigentes; enfrente la masa silenciosa de trabajadores. ¿Por qué siguieron? Un aumento de nueve pesos diarios. ¿Por qué seguían? El orador, de pie sobre una silla, explica las gestiones que han realizado para obtener el reconocimiento del nuevo comité ejecutivo, el comité elegido por estos trabajadores atentos, serios, hieráticos, que parecen escuchar con desconfianza. Y cómo no —pensaba Jesús allá en el patio—, saben bien que las palabras se usan siempre para engañarlos, para enmascarar acciones que los perjudican. Pero esta vez, a Jesús le consta, el orador es sincero. Han acudido a las autoridades del trabajo y mostrado documentos notariales que dan fe del triunfo, de la votación mayoritaria, y las autoridades los han enviado de regreso con el líder nacional. Felipe Mortera Prieto, líder huidizo, no se deja ver en las oficinas sindicales; los subordinados repiten que el asunto está en manos de las autoridades. Los administradores de Petróleos, a su turno, alegan que les está prohibido intervenir en cuestiones sindicales y enseñan copia del documento, firmado por Mortera Prieto que señala como representantes auténticos, reconocidos por el Comité Ejecutivo Nacional que me honro en presidir, a los otros, los sin votos, los parapetados en el local del sindicato. En estas circunstancias, compañe-

Gerardo de la Torres, ¿qué podemos hacer? Hemos agotado las posibilidades legales, hemos recurrido a las autoridades de la materia y únicamente hemos hallado rechazos, puertas cerradas, evasivas. A ustedes, compañeros, les corresponde decidir qué medidas hemos de tomar ahora.

De vuelta en la cantina Jesús tuvo la sensación de que un tiempo enorme, equiparable cuando menos al tiempo que usara el orador, había transcurrido desde el momento en que Efrén lo invitó a dar una respuesta. Pero Efrén y Galdino continuaban allí tranquilos, sin muestras de impaciencia o nerviosismo. ¿Por qué siguieron? Con desesperación deseaba rescatar algo de aquellos años, una palabra, una actitud, un hecho que lo condujera a la respuesta exigida. Algo que darle al par de buitres acechantes, algo que arrojar a los carnívoros prestos a acometerlo en cuanto advirtieran su indefensión.

Tenía que tomarse tiempo porque ahora está reunido con los compañeros del comité no reconocido. Examinan el impreso distribuido por la superintendencia de la refinería. Preparan una réplica para ese “Mensaje a García” que quiere convencer a los trabajadores de que están actuando mal. Como García, no averigüen a qué fines obedece su tarea, cumplan, agótense pero cumplan, cumplimiento y recompensa en un solo concepto. Los miembros del comité escriben, aportan ideas y al fin mimeografían un volante que se hará circular la mañana siguiente. Ya no estamos en las épocas en que amarraban a los perros con longaniza y no se la comían, los trabajadores conocemos nuestros derechos y obligaciones, y allá los funcionarios si ellos quieren ser Garcías. Por la tarde, durante un mitin a las puertas del

centro de trabajo, los obreros arrojan al fuego ejemplares del “Mensaje”.

Jesús bebió un trago de ron.

—Francamente —dijo— no acabo de entender por qué seguimos. Tal vez porque queríamos demostrar que éramos respetables, que nuestra dignidad estaba a salvo. Tal vez porque allí estaba el ejemplo de los ferrocarrileros, de su lucha por sacudirse a los líderes charros, y parecía clara la posibilidad de sacudírselos. Nos dábamos cuenta de que nuestros sindicatos no andaban bien, había algo podrido. Falta de democracia interna, dependencia del gobierno, predominio de una burocracia sindical entreguista y ladrona, pero lo que más molestaba a los trabajadores, a todos, en bloque, era la sujeción a las decisiones de otros, era esa renuncia impuesta a decidir sobre los asuntos sindicales. Eso no se expresaba, sencillamente estaba en el ambiente. No le pidan a los trabajadores que tengan absoluta claridad en los problemas que les plantean. Confórmense, en principio, con que estén dispuestos a luchar contra eso que está mal y que perciben sin esfuerzo. Lo demás, la conciencia de clase, la actitud revolucionaria, es tarea que se enfrenta con una buena organización, con un partido.

Una sensación de necesidad fisiológica satisfecha aquietó el cuerpo de Jesús. Había echado el cuerpo hacia atrás en la silla y miraba a Efrén y a Galdino, trataba de adivinarles los pensamientos, porque aquellos dos no decían nada, no aplaudían su discurso y tampoco lo censuraban. Efrén tenía puestos los ojos en el techo y se acariciaba la barbilla. Galdino parecía un animal tenso y malicioso, con la cabeza inclinada y la mirada subiendo hacia alguna parte.

—¡Carajo! Pero si no hemos tomado nada —dijo Jesús. Y era verdad, porque el nivel de la botella se había estacionado después de los primeros tragos. Jesús los invitó a chocar los vasos y agotar el licor. Luego sirvieron otra ronda.

El nuevo trago animó la conversación. Jesús indagó la vida sindical de la sección 35, quiénes formaban ahora el comité, que fue de aquel gordito Horacio Roldán. Le echaron encima nombres y definiciones y se fueron emborrachando los tres agradablemente. Pero Galdino, al final, se instaló en el tormento, golpeó la mesa, contuvo apenas las lágrimas. Porque Galdino pensaba que no era buen comunista, que ni siquiera hablaba a los trabajadores de la revolución. Entonces los fantasmas se le inquietaron a Jesús. Ahora tenían que abandonar sus escondrijos, vitorear la revolución, ovacionar rabiosamente.

Jesús les echó un buche de ron con agua y los apaciguó. Llegaba quizás el momento de decir lo que tantas noches, tirado en su cama, con la botella cercana y el pensamiento claro, había madurado; lo que había discutido con antiguos camaradas tozudos y amargos, persistentes o proclives a la desesperanza. La revolución —y entonces la palabra se magnificaba, se extendía como una gran amiba en su pensamiento y no dejaba salidas— difícilmente puede ofrecer a los obreros, y sobre todo a los obreros mejor pagados, los de la gran industria, los satisfactores que en un régimen capitalista ofrece a corto plazo y sin enganche. Pero la idea expresada así, de golpe, secamente, podría sonar blasfemia, a capitulación, en los oídos de Efrén y Galdino. Los dos, despejadas sus mentes por el inesperado desatino, se mirarían, menearían la cabeza y, después de ese trago, adiós, Jesús, ya

nos veremos, uno de estos días te hablamos por teléfono. Jesús estaba seguro de que no estaría planteando una barbaridad y por otra parte se daba cuenta de que había capitulado. Pero qué le importaba reconocer que no le importaba más la lucha de clases, que sus años de combatiente, esos años en que esgrimió las banderas con firmeza, con optimismo, sin mayor examen de principios, habían quedado muy atrás. Cierto, también, que no era éste un mundo sin iniquidades sin condiciones perversas, injustas, malas, donde no valiera la pena arriesgar el pellejo por un ideal. Hay que luchar, pero ya no puedo, y tampoco me está permitido llorar o afligirme porque no puedo.

Galdino cesó de lamentarse y volvieron al trago. Jesús los animaba a continuar la labor politizadora y los otros dos, a fuerza de alcoholes, enfrentaron con sobrado júbilo ese negro panorama petrolero que poco antes habían pintado. Al final, muy borrachos, salieron de la cantina y Galdino vomitó junto a un poste. Efrén, con palmaditas en la espalda, lo ayudó a pasar el trance. Después hicieron cita para las cinco de la tarde del día siguiente y se despidieron en la esquina de Insurgentes y Antonio Caso. Jesús se fue contento caminando hacia el Paseo de la Reforma y luego entre los vientos que arrastraban basura en la gran avenida. Buen muchacho ese Galdino, buen muchacho Efrén, pero Efrén ya está viejo, después de los treinta años todos comenzamos a lamerle el culo a la comodidad.

A los 37 años Abundio Rosales abrigaba esperanzas. Sacando cuentas, no le había ido mal. Se esforzó, ciertamente, para

Gerardo de la Torre hacer carrera, pero peor le iba a otros. No es fácil, cuando existen escalafones y se computan antigüedades, ascender de mensajero a oficinista de tercera, y menos alcanzar el nombramiento de empleado de confianza encargado de revisar nóminas y contratos. Pero Abundio Rosales era ambicioso y a los 37 años abrigaba esperanzas. No habría bastado tal cualidad para situarlo en despacho privado y otorgarle el cargo de agente de trabajo, tampoco las reverencias y zalemas con que obsequiaba al jefe. Pero Abundio Rosales era un soplón. Desde sus tiempos de mensajero, y aún más en los de oficinista de tercera, informaba con toda oportunidad al superior de la expresiones que se proferían en deterioro de su respetabilidad, así como de las entradas y salidas de los demás empleados, y a veces mediaba entre el jefe y alguno de los dirigentes sindicales para la concesión de un favorcillo que seguramente, en ocasión propicia, sería correspondido. El jefe se encariñó con el eficiente y servicial Abundio Rosales y finalmente lo hizo agente de trabajo.

Es obligación de un agente de trabajo participar, representando a la empresa, en todas las investigaciones que se realizan para deslindar las responsabilidades en que hubieran incurrido trabajadores faltistas, ladrones, borrachos, pendencieros, irrespetuosos, tortuguistas, perezosos o negligentes. El agente de trabajo es un acusador, es el fiscal, el encargado de acorrallar al trabajador cogido en falta, el brazo implacable de la justicia empresarial.

Para cumplir con tal obligación, hay que decirlo en honra de la verdad, son indispensables ciertas aptitudes: memoria, para citar a la letra leyes, artículos, incisos, pa-

rágrafos y precedentes; criterio, para elegir el artículo o la cláusula aplicable; perspicacia, para captar de golpe los puntos débiles de la defensa; y sobre todo lealtad, lealtad a quien te paga y te protege.

La patria se halla donde vives bien. A Abundio nada se le había dado gratis y entendía que para que más se le diera, más celo, empeño y capacidad debía comprometer en el cumplimiento de sus faenas. No estaba mal un puesto de agente de trabajo en una refinería con más de dos mil trabajadores, menos mal estaría una subjefatura, una jefatura, o tal vez un puesto, y no importaba que fuera pequeño, gris, inadvertido, en las altas regiones administrativas.

En los primeros días de agosto de 1968 Abundio, durante una escapada al baño, se enteró por los diarios de que los estudiantes trataban de infiltrarse en las filas obreras para sembrar agitación. ¡Eso, en la refinería, no! Los trabajadores petroleros podían ser groseros, borrachos, a veces irresponsables, pero también eran agradecidos y no iban a dejarse arrastrar por la canalla estudiantil que se enfrentaba a las autoridades. No lo harían, no lo harían. Pero y si... No, imposible, de ninguna manera. Aunque... No, no con esos salarios, un sector privilegiado, jamás se atreverían a matar la gallina de los huevos de oro negro que da para alimentación, vestido, casa y aún deja para la parranda. ¿O no dicen que a los petroleros nos pagan con pepitas de oro, que nos sobra para despilfarrar en cantinas y cabarés? ¡Ah, pero los eternos descontentos! Los descontentos en lucha permanente por los puestos sindicales, discutiendo a balazos, punta de matones, golpeadores, incendiarios, insaciables, envidiosos. ¿Habrás pensado en ellos el jefe?

Un alarido gozoso llenó el recinto. Allí permanecía vigilante él, Abundio Rosales, ése que ahora recurría al papel sanitario y, al margen de la medida higiénica, mostraba los ojos abiertos, muy abiertos. Y esa mirada alerta descubrió, adherida al húmedo piso del baño, la hojita mimeografiada, las monstruosas palabras, el malévolo síntoma de una enfermedad corrosiva y mortal. Abundio dobló la hoja y la guardó en un bolsillo. Contaba con la evidencia de la maquinación: le urgían culpables. En el primer lugar de esa lista de sospechosos que elaboraba mientras salía del baño, anotó a Leoncio Cadena, mecanógrafo adscrito al departamento de personal. Leoncio, que presumía libros marxistas y hablaba de política. Camino a su despacho Abundio se detuvo al lado de Leoncio.

—¿Ya leíste ese volante que echaron?

—¿Cuál de todos?

—El que habla de los estudiantes.

—¡Ah, sí! Sí lo vi.

—¿Qué te pareció?

—Muy mal redactado y con faltas de ortografía. Obrero se escribe sin hache.

Una canallada de ese Leoncio que en ningún momento había dejado de teclear. Obrero sin hache; por lo tanto él no había escrito ese volante, él sabía escribir obrero. Pero no le tomaría el pelo a Abundio. La mera constatación de que sabía escribir obrero probaba, a lo más, que Leoncio era astuto. Abundio volvió a su oficina y pidió a la secretaria un cartapacio. Allí guardó el volante. Luego, en una libreta nueva escribió:

3 de agosto de 1968

Los estudiantes tratan de agitar a los trabajadores de esta Refinería y seguramente tienen cómplices aquí. Hoy encontré un volante en los baños. Llamen a los trabajadores al desorden. Desde mañana estaré alerta. Informar al jefe.

Hombre pálido y de voz delgada, el jefe tenía fama de enérgico. Hombre que no se atenía a especulaciones o conjeturas sino a los hechos, a la frialdad de los datos, a la mera estadística de los procedimientos. Abundio asomó la cabeza tras el cristal esmerilado de la puerta y pidió permiso para entrar. Pase, pase, dijo el licenciado Varela y Abundio, acezante, agitaba la hojita en la mano, ¿ya la vio, jefe, ya la vio?

El jefe se enteró de un vistazo. Despreocúpese, Abundio, son tonterías, usted sabe que los trabajadores no se dejan llevar por un volante. Los estudiantes andan haciendo sus cosas por ahí, pero ya los pondrán en paz. Despreocúpese y dígame: ¿qué sucedió con el borracho que reportaron de la planta catalítica?

Abundio se fue pensando que el licenciado Varela no se daba cuenta de la gravedad de los acontecimientos. Le concedía importancia a los borrachos inofensivos y no a las bestias que comenzaban el acoso desde lugares oscuros, inconcebibles. Pero el fiel Abundio, perro guardián de raza, estaría en todas partes como el ojo de un dios.

A eso de las nueve de la noche lo dejaron solo. Efrén y Galdino habían tomado un par de copas, Arturo no bebía y aceptó un vaso de agua mineral. La botella de ron estaba a la mitad y a Jesús no lo intimidaba la soledad. Despidió a los amigos en la puerta del departamento y con un vaso de ron en la mano se aproximó a la ventana. Abrió las dos hojas y se recostó en el antepecho. El fresco, sabroso, le pegó en el rostro. Respiró profundo y lo invadió cierta serenidad que esta vez no provenía del alcohol. Respiró profundo varias veces, bebió un trago de ron que hizo permanecer largo tiempo en la boca. Buen ron, fuerte, áspero, con el mismo sabor de su ron cotidiano, pero distinto esta vez, despojado de atributos malignos, sin los poderes que en otras ocasiones lo hundían en una embriaguez espantosa, impregnada de seres y objetos hostiles. Ahora el ron lo reconciliaba con las mismas cosas, prestaba tonos amables a las formas, quietas o en movimiento, que por obra de la luz mercurial parecían habitar, **allá abajo, una realidad de consistencia gelatinosa.** Circulaban escasos automóviles y uno que otro peatón de paso rudo. Una muchacha y un muchacho caminaban abrazados bajo su ventana del segundo piso. El muchacho silbaba una melodía moderna que Jesús no pudo reconocer, pero que recogió para silbarla **quedadamente**, haciéndose cómplice de la dicha que, sin duda, colmaba a la pareja.

Asomado a la ventana se sintió contento, y allí permaneció bebiendo un vaso de ron y otro, reconstruyendo momentos de esa reunión en que los cuatro compañeros

no hablaron de otra cosa que sindicatos y lucha social. No era, considerándolo bien, caso perdido, caso totalmente perdido; con un esfuerzo podría recomenzar su carrera de escritor. Treinta y dos años no eran demasiados y ahora, con los muchachos ayudándolo en una forma que no sospechaban, nada le parecía imposible. Mañana tendría que levantarse temprano para escribir un cuento. Algo sin pretensiones. Sencillamente un cuento que hablara de gente como Galdino o Efrén. En los últimos cinco años no había intentado un cuento, pero estaba seguro de que si se levantaba a las seis de la mañana lograría escribirlo. Un cuento que tratara de personas comunes y corrientes, una historia cotidiana, un texto anclado en el viejo y duro realismo. Para empezar necesitaba una idea y esa iba a llegar si la ayudaba con otro ron. Fue a servirlo y con el vaso se acomodó en su sillón favorito, de frente a la ventana.

Comenzó a pensar en la gente que había conocido, figuras, gestos, ademanes, anécdotas innumerables. Bullían los materiales, lo desbordaban, pero no hallaba forma de elaborarlos para escribir un cuento sencillo y bueno. Quizá se le retrasara el parto literario y no apareciera mañana ni pasado mañana la idea fundamental. Jesús, de cualquier modo, la esperaría con un cuaderno nuevo y lápices afilados. Mañana mismo compraría un cuaderno bonito con hojas rayadas y media docena de lápices.

Jesús se dio cuenta de que estaba borracho cuando se levantó por segunda vez a poner ron y hielos en un vaso. Se fue de lado y estuvo a punto de caer. Sí, estaba borracho, pero nada más tomaba esa última copa, el resto que guardaba la botella, y a dormir. Arropado en la cama

Gerardo de la Torre dominaría el impulso de salir a la calle a buscar una cantina. Esas búsquedas de mala hora habían acabado, pero un trago más no iba a agregar estragos irreparables, de manera que puso hielos en el vaso y sirvió el ron. Bebió lentamente, a pequeños sorbos que retenía en la boca y paladeaba hasta que le sabían amargos, tomaban el sabor de su saliva, de sus secreciones, de su memoria. Degustaba con lentitud el ron, estimulando el anhelo imposible de que no se hubiese agotado o en la repisa de cocina apareciera una botella virgen. Porque no saldría a la calle, no iba a salir así la sed lo consumiera. Miró el reloj. Eran las once de la noche y allí cerca un bar cerraba a la una de la mañana. Si resistía dos horas se hallaba a salvo. Dos horas de búsqueda minuciosa en el departamento en persecución de una botella oculta que sabía inexistente, dos horas que podría gastar recuperando ilusorios sobrantes de las botellas amontonadas en la cocina. **¿Lograría completar medio vaso? No pedía más.** Aunque, por otra parte, ¿qué tanto necesita beber un hombre en dos horas? Se había colocado en una zona donde, a pretexto de las horas, de un inocente juego contra el tiempo, entraba en una lucha de fuerzas que pugnaban por arrastrarlo a la cama o bien a la cantina. De todos modos mañana no escribiría. Cómo iba a escribir si lo esperaba otra mañana de temblores, boca seca, ojos enrojecidos y punzadas en la cabeza. De un trago bebió el residuo y fue al dormitorio a ponerse un saco. Caminaba apoyándose en las paredes, pero en la habitación, a oscuras, falló su cálculo de distancias, tropezó con la cama y dio de boca en ella, una cama que lo rechazaba y hacía rebotar su cuerpo. Se incorporó a medias para sentarse, manteniendo con traba-

jos el equilibrio. Alguien movía la cama, las chinches o los vampiros. Y los moscos comenzaron a zumbar, a cercarlo con sus enormes trompas succionadoras erguidas como falos. Ofreció gustoso el cuerpo a la sangría, se dejó caer de espaldas en el lecho y le vino un ataque de risa pensando que los moscos iban a emborracharse y perderían el sentido. Tengan cuidado, pueden caer desde una ventana. Y a esos moscos, otros moscos, los moscos de los moscos, les chuparían la sangre y compartirían la embriaguez. Era una idea que le agradaba: todos borrachos, borrachos los moscos y los caballos y los seres humanos y las escolopendras. Le dio mucha risa imaginar borrachas a las escolopendras. Las supuso hipotéticas aves emparentadas con las golondrinas, y como tales seguramente se emborracharían volando en círculo. Todos a emborracharse, escolopendras, moscos y mamíferos dentados. Pero ahora, sobre todo, quería emborracharse él, y para conseguirlo necesitaba un saco y salir a la calle. El interruptor se hallaba en la pared, frente a él y junto a la puerta de baño. Jesús se incorporó de nuevo y lo buscó a tientas. Desaparecido, escamoteado. Es imposible, aun en los peores estados de borrachera, que las cosas desaparezcan, ¿dónde estaba el maldito aparato? Siguió buscando y una de sus manos se hundió en el vacío, en el vano de una puerta. Se deslizó apenas hacia ese hueco y halló del otro una pared y un interruptor. Lo manipuló y se hizo la luz. Estaba con medio cuerpo dentro del baño y las piernas en su habitación. Enfrente del lavabo, a un lado de la regadera y en el lado contrario del excusado. Puso las manos sobre la caja del agua y comenzó a orinar. Extraño.

La deliciosa sensación de que se le vaciaba la vejiga era real, pero el chorro no caía en la taza. Inclino la cabeza y trató de mirarse el pajarraco. Tampoco estaba. O estaba, sí, dentro del pantalón, porque había olvidado bajar el cierre y hacer la necesaria manipulación para sacarlo. La necesidad cesó. El pantalón estaba empapado y Jesús decidió ponerse otro. Volvió a la recámara y se sentó en la cama. Para salir a buscarse un trago tenía que cambiar ese pantalón. Se quitó los zapatos sin desatar la cintas. El calcetín izquierdo estaba seco, pero el derecho escurría. No importa, nadie me va a mirar los calcetines. Y, después de todo, nadie iba a mirarle el pantalón. Ahora tenía que enjaretarse los zapatos. Trató con el izquierdo pero no entraba. Forcejeó y lo hizo entrar. El otro lo buscó inútilmente en el trapecio iluminado por la luz del baño. Se dejó caer al piso y tentaleó en la penumbra. El zapato no aparecía, pero qué importaba, nadie iba a darse cuenta si llevaba zapatos o no. Se puso de pie y encaminose a la puerta que llevaba al descansillo, a la escalera. Era difícil caminar con un zapato sí y otro no. El hombre tullido y ebrio caminaba hacia la puerta, la abrió y se encontraba en lo alto de una escalera tenebrosa cuyas aristas brillaban débilmente. Bajar esa escalera. Jesús se sentó en el escalón más alto y, cogido del pasamanos, inició el descenso. Aquella boca lo iba tragando, arrastrándolo hacia el fondo luminoso, una superficie agrisada y malévolamente como la costra que se forma en un metal candente puesto a enfriar. Sin cartas de navegación, Jesús se asía al pasamanos. Sus dedos engarfiados lograban sujetarlo en este lado de la niebla, pero el eje corporal tendía al abismo. En la profun-

dididad de la gruta oscuros vientos de potencia descomunal arremetían y se tragaban unos a otros, y en la derrota los caídos arrojaban lamentos semejantes a los de un gigante herido. Fuerzas centrífugas y centrípetas tiraban de aquel cuerpo, intentaban absorberlo, y los dedos de Jesús parecían renunciar a la lucha, se debilitaban, cedían.

Entonces la vio arder. Jesús rastrillaba en el huerto. Aurora encendía fuegos en la cocina. De pronto se oyó la sirena de la aldea y se escuchó el zumbido de los aviones. La gente echó a correr hacia los refugios. Jesús abandonó el rastrillo y buscó la vereda que llevaba a la choza cuando ya comenzaban a caer las bombas. El fósforo extendía sus llamaradas blancas. Jesús la vio. Aurora en la puerta de la choza, muda, indefensa, miraba al cielo con ojos espantados. Una bomba cayó frente a la choza y un momento antes de que estallara en un enceguecedor relámpago blanco, las miradas de Aurora y Jesús se cruzaron. El rostro despavorido de Aurora, percibido un instante y en seguida perdido para siempre. Aurora rodó envuelta en llamas. Aurora rodaba y el fuego moría al contacto con la tierra y la incendiaba de nuevo a cada vuelta. Jesús, a mano desnuda, se empeñaba en extinguir el fuego. Inútil todo, inútil, gringos malditos. Aurora se muere, hagan algo. Y el mundo no lo ayudaba. Aurora moría quejándose apenas, ardiendo sus ropas negras de campesina vietnamita, en llamas la piel, el fuego penetrando hasta los huesos. Aurora, no te mueras. Pero Aurora moriría irremediabilmente y una vez que hubiese muerto la vida no tendría sentido. Déjenme caer sus bombas, malditos.

Por la noches la refinería, hermosa, resplandece. Los gases de residuo se consumen en dos quemadores ubicados en los extremos de la planta. Tubos de enorme diámetro arrojan coloridas llamaradas que se reflejan en el cielo, forman un arco fulgurante rojonaranjazul sobre el fondo negro de la noche. Las torres de proceso, pintadas del color de la plata, están iluminadas y en lo alto de las chimeneas brillan lámparas rojas. De noche la refinería es bonita, pensaba Arturo en el momento en que cruzó la puerta principal y saludó a los vigilantes.

Las casas de cambio están en las áreas de proceso. Allí hay regaderas, excusados y casilleros para los trabajadores. Prohibido fumar, pero en ratos robados a la brega algún trabajador se va a los baños a echar un cigarrito. Arturo entraba con sus volantes a las casas y en cualquiera encontraba un fumador solitario.

—¿Qué andas haciendo por aquí, Arturo?

Fueran a confundirlo con un furtivo saqueador de casilleros. Arturo daba el nombre de cualquier conocido que trabajara en esa planta.

—Busco al Tejón Ordóñez.

—Entra a las doce de la noche. Es mi relevo.

Arturo entablaba una breve conversación y, cuando el fumador volvía a sus labores, metía en cada casillero un ejemplar del volante. Cuando no había fumadores y nadie ocupaba los excusados la cuestión era simple, aunque siempre cabía la posibilidad de que un vigilante hiciera la

ronda o el trabajador del cigarrillo llegase en el momento preciso de la introducción de los volantes.

A eso de las once y media Arturo había visitado todas las casas de cambio del sector de las plantas. Se presentó a trabajar y uno de los compañeros le mostró el impreso.

—¿Ya lo viste, Arturo? Está bueno.

Arturo lo leyó, lo leyó verdaderamente, queriendo ver allí no las palabras puestas por ellos la noche anterior sino el mensaje que su compañero había recibido.

—Sí, está bueno. ¿Quién los repartió?

—Lo hallé en mi casillero.

Arturo devolvió la hojita y fue a abrir su casillero. Dentro también había un volante que mostró sonriendo.

—A mí también me lo echaron. ¿Quién los estará metiendo?

Galdino y Efrén llegaron temprano al día siguiente. En los baños de los talleres Galdino dejó los volantes sobre las bancas. Efrén arrojó los suyos por las ventanas de los baños para oficinistas. A las cinco de la tarde se vieron en el café. ¿Qué novedades?

—Leoncio, el de la oficina de personal, me comentó el volante muy entusiasmado —dijo Efrén. Dice que está a toda madre.

—Se recibió bien el volante —confirmó Galdino—, pero de todos modos siguen pensando que son cosas de estudiantes, que los trabajadores no tenemos que ver con el problema, con el movimiento.

—Hoy en la mañana fui al Poli —dijo Arturo. Nomás les dije que trabajaba en la refinería y para pronto se pusie-

Gerardo de la Torre
ron a platicar conmigo. Me preguntaron si había posibilidades de que los apoyáramos.

—¿Qué les dijiste?

—La verdad. Que aquí todos los compas les importa un pedazo de nabo lo que está pasando en la ciudad.

Los tres amigos se miraron en silencio, apesadumbrados, impotentes, inútiles, estúpidos.

—De todos modos —siguió Arturo al cabo de un rato—, mañana van a hacer un mitin frente a la refinería. ¿Corremos la voz?

—Pues qué otra cosa. Hay que correrla.

Fin de la reunión.

Mientras tanto, Marco Lépidio, viejo ratón de escritorio, compañero años atrás de Jesús de la Cruz en la agencia noticiosa, en sus horas de ocio en la oficina burocrática trabajaba empeñoso en la búsqueda de una frase política perfecta. Estacionado en un puesto oscuro, asistiendo a uno de tantos secretarios particulares que proliferan en la burocracia, Marco Lépidio González confiaba (y más que confiaba, digamos que tenía en ello puestas todas sus esperanzas) en que una buena frase política, una frase política perfecta, le franquearía importantes puertas, derribaría obstáculos y eliminaría intermediarios para la consecución de lo que tanto deseaba: el ascenso. Un hombre de casi cincuenta años no puede permitirse el lujo insano de malgastar su tiempo. Harto lo había perdido en la agencia de prensa, *office-boy* sin alternativas, sin sueños, sin otros de-

roteros. Harto, también, lo perdió ensayando negocios que no podían fracasar y acabaron siempre en el más escandaloso fracaso: inversiones seguras en el hipódromo, el frontón, los gallos; pequeños préstamos a mediano interés que siempre quedaron en deudas eternas. Y ahora, cuando gracias a la generosa recomendación de un protector conocido en los caballos había obtenido ese puesto en la tesorería, no iba a desperdiciar la oportunidad. Copiosas cavilaciones lo convencieron de que el mejor camino para obtener la promoción era la búsqueda, y el hallazgo, de la frase política perfecta. Si trabajaba en ella tres o cuatro horas diarias, calculaba, tardaría unos años en hallarla, yéndole mal. De manera que coincidiendo con su cincuentenario vendría ese puesto de asesor, consejero, consultor, coordinador, quizás algo más alto. Buen salario y tranquilidad.

Arma con que contaba Marco Lépidio, a más de su talento, era el método. Se toman todas las frases pronunciadas por políticos importantes en los últimos cuatro años. Se descomponen: sujeto, verbo y complemento, cada concepto, cada palabras. Se recombinan las partes.

Originalmente:

La lucha política no es sino la prolongación de la lucha social.

El aumento en las exportaciones significa elevación de los niveles de vida del mexicano.

Nuevas combinaciones:

El aumento en las exportaciones es la prolongación de la lucha social.

La lucha política significa la elevación de los niveles de vida del mexicano.

La lucha política es el aumento de las exportaciones.

Elevar los niveles de vida del mexicano es prolongar la lucha social en la lucha política.

La prolongación de las exportaciones eleva la lucha política, significa lucha social, no es sino el aumento de los niveles de vida del mexicano.

La lucha por la vida eleva los niveles políticos de las exportaciones, es la prolongación del mexicano, significa aumento social.

A mayor número de frases más las posibilidades. En realidad posibilidades infinitas, porque tómense las dos frases combinadas en todas sus variantes, agréguese una tercera frase y se presenta incontenible el crecimiento. El punto de partida es el archivo de recortes, de donde se toman cien discursos, los más brillantes, los más ricos y enjundiosos. De cada discurso se eligen cinco frases y se comienza el trabajo aleatorio. Laboriosa tarea que se traduce en la producción de miles y miles de nuevas frases, que a su tiempo se combinan con las docenas de frases que diariamente emiten funcionarios de primera, segunda y tercera categorías. Allí, extraviada en ese magno conglomerado, se hallaba sin duda la frase política perfecta.

Marco Lévido había descubierto frases verdaderamente buenas, alhajas de la elocuencia política. *La resolución de los problemas de México será factible cuando se engloben en una sola perspectiva.* Pero dudaba Marco de sus virtudes y no osaba acercarse con ellas al tesorero; tampoco se animaba a pedir consejo a su inmediato superior, pues temía que éste se apoderara de la frase y fuera a ofrecerla como cosa propia.

Después de pensarlo bien, Marco decidió recurrir a su amigo Jesús de la Cruz, compañero a quien en la agencia de prensa mostraba los borradores de las largas cartas que, anónimas, enviaba a la protagonista de sus sueños eróticos: la directora de la agencia. De manera que Marco Lépido llamó a De la Cruz y le propuso varias frases. Fracaso. A Jesús las frases le parecieron regulares, pero animó al escribiente a perseverar, a consagrar su voluntad y su razón a esta tarea trascendental.

De la Cruz colgó el teléfono y sonrió. Cretino sin remedio el tal Marco Lépido, pero con una insólita capacidad para emprender quehaceres absurdos. De pie junto al teléfono, Jesús recordó con precisión los rasgos faciales de Marco, las múltiples líneas que avejentaban su rostro, la voz fina, el cuerpecillo de niño. Jesús sonrió nuevamente y la sonrisa le hizo bien. Probó reír y rió a carcajadas, se provocó una ataque que lo dejó acezante y fatigado y que, por insondables razones fisiológicas, lo hizo sentirse lúcido, inteligente, como si le hubiesen drenado el entendimiento de miasmas y sustancias caliginosas.

Era uno de esos escasos momentos de lucidez, momentos que podían durar horas, días, pero nunca semanas, nunca una semana entera. Tiempo de recuerdos, desbroces, cribamientos. Tiempo de hundir las manos en la masa espesa donde se confundían realidad, delirios, fantasía, pesadillas y sacar lo claro, lo verdadero. Por ejemplo... Por ejemplo todo. Pero existían pequeñas seguridades: los compañeros de Petróleos la tarde anterior en su departamento, el portero hallándolo dormido en la escalera, el cuaderno y los lápices que debía comprar. Ayudado por el portero

había vuelto a su piso. Después de unas horas de sueño, un baño, y ahora estaba listo para iniciar un nuevo día, aunque ya era demasiado tarde para trabajar y, viéndolo bien, muy temprano para comenzar a embriagarse. Por otra parte no tenía ganas de beber. Se había prometido escribir ese día, por lo menos comprar los lápices y el cuaderno hermoso. Qué ganas, sobre todo, de conservar esa lucidez. Decidió no beber y se fue a la calle. Echó andar por el Paseo de la Reforma bajo un sol agradable y comenzó a pensar en los años inmediatamente posteriores a la muerte de Aurora. Días de vino y ramos de cempasúchil. Días de alcohol y noches en vela. Días que le parecían lejanísimos, borrosos, olvidados. Se detenía a veces durante horas frente al espejo y, viendo ese rostro amarillo, esponjoso, de ojos hundidos y barba de varios días, se preguntaba si verdaderamente era Jesús de la Cruz, antiguo trabajador petrolero. ¿Eres Jesús de la Cruz?, se interrogaba y pasaba una mano sobre el rostro suplantador que le resultaba desconocido. Aterrado emprendía la búsqueda de credenciales y fotografías que le devolvieran su identidad. Jesús de la Cruz con un número en el pecho en la credencial expedida por Petróleos Mexicanos, Jesús de la Cruz colaborador, Jesús de la Cruz socio activo, Jesús de la Cruz descendiendo del avión que lo trajo de aquel congreso en Maracaibo, Jesús de la Cruz firmando el acta de su matrimonio civil. Tranquilidad momentánea entonces. Aun detrás de esa barba de varios días, de los ojos hundidos, el rostro dramático, estaba Jesús de la Cruz. Identidad recuperada.

Ya no más interrogatorios frente al espejo. Nunca más. Ya no tendría que tenderse en la cama —no era lo

mismo que caminar a mediodía por Paseo de la Reforma, en mangas de camisa, con las manos en los bolsillos, fresco, lúcido— a pensar en su vida miserable. Con los brazos cruzados bajo la cabeza intentaba —años atrás— descruzar los hilos enmarañados de su cerebro. ¿Quién podría decirle —años atrás— la verdad? Tendría que escribir, entonces, una minuciosa relación para separar después lo real de lo que no lo era. Hojas de papel, lápices despuntados, pero en el baño encontraba una hoja de afeitar y febril, desesperadamente, le sacaba punta a un lápiz. ¿Por dónde comenzaba?

Tal vez por aquella vieja mañana calurosa de 10 de mayo.

Chucho de la Cruz, sentado frente a su escritorio en la agencia de noticias, pensando en la traducción de un cable procedente de Vietnam; o el mismo Chucho, otro 10 de mayo —y ahora hablamos de apenas dos años atrás—, leyendo una de las cartas anónimas que recibía la señora Guerrero, directora de la agencia. Jesús muy serio, pero con la risa reventándole dentro, frente al anónimo autor de las cartas. “Muy buena carta, Marco, sensacional”. Y Marco Lévido, entonces, ponía la carta en un sobre rotulado con el nombre de la jefa y acechaba el momento de dejarla sobre su escritorio.

Un 10 de mayo, entonces, que amaneció como todos los días de mayo: claro, soleado, lúbrico. Jesús había amanecido con dolor de cabeza y cierta resequedad en la boca. Desayunó una cerveza de lata y después bebió un par de tazas de café negro, fuerte. Un baño lo puso en condiciones de salir a la calle y un traje gris, sencillo, le prestó la apariencia de un honorable caballero, un hombre de trabajo, un buen empleado. Viajó en autobús a la oficina y a las nueve pasadas se presentó ante la jefa, perfil griego, bonitas

piernas, trajes sastres de colores oscuros que le daban un aire hombruno y misantrópico. La Guerrero podría haberse atraído la lasciva de sus empleados de tener algo humano, pero era una máquina, un artefacto, que despedía palabras, órdenes como ladridos. Un artefacto, pensaba Jesús, al que una buena niquelada no le causaría molestia alguna.

A las nueve de la mañana allí tenían al traductor, Jesús de la Cruz, limpio, afeitado y muriéndose de sed y angustia. La molesta cruda pidiéndole un trago y él amarrado al escritorio, manoseando el Cuyás, mordién dose las uñas o saboreando las cartas anónimas de Marco Lépid o. Y a eso de las once, cuando el sofoco lo mataba, la sed lo hacía pedazos, Jesús hubiera dado una pierna por una cerveza helada. El aparato de agua, que por un lado la enfriaba y por otro la calentaba, era tentador y se hallaba a unos metros de su escritorio. La señorita Ruiz o la señorita Antúnez iban por agua caliente para el café, le echaban una mirada al pobre Chucho, el señor De la Cruz, y meneaban las cabecitas perfumadas. “¿Le preparo un café? ¿Un té?” Chucho daba las gracias y seguía pensando en la equivalencia exacta de flaky. Sin duda estaba en el Cuyás, pero no tenía deseos de consultarlo. Lo empujaba de aquí para allí, de allí para acá, y en esos menesteres lo hallaban los compañeros que venían a asediarlo con vasos de agua y chistes estúpidos. “Para la cruda, De la Cruz”, “No cura, pero refresca”, “Échate un vaso, aunque te oxides”. Marco Lépid o, en tal materia, resultó un genio. Se acercó cierta mañana con un paquete misterioso del cual extrajo un objeto de plástico, circular y plano, y una anforita con brandy. “Sé lo que es estar así, señor De la Cruz.

Permítame ofrecerle este equipo matacrudas.” El objeto de plástico era un vaso plegable que le hizo a Jesús llevara su situación en la oficina. El vaso en una bolsa del saco y la anforita en la otra, Jesús iba al baño, se preparaba un trago y obtenía alivio. Una idea sencilla, infantil, que pudo habersele ocurrido al idiota más idiota del mundo, pero a Jesús no se le ocurrió. Tuvo que venir ese mensajero genial que desde entonces enséñeme a redactar, señor De la Cruz, ayúdeme. No le enseñó a redactar, tarea imposible, pero leyó y aprobó los borradores de las cartas anónimas.

8 de agosto de 1968

Hoy apareció un nuevo volante en la refinería. Habla de paro de actividades por nuestros trabajadores a fin de que no haya gasolina para los tanques y transportes de Ejército y Policía. Anexo el volante al expediente que estoy elaborando. Estoy decidido a desenmascarar a los culpables del volante. Ya tengo un sospechoso Leoncio Cadena. Encargué a Cevallos, quien ocupa un escritorio frente a él, que lo vigile bien. Si le hablan de manera sospechosa, si le pasan algún mensaje o él pasa alguno, Cevallos me lo comunicará. Le dije que tuviera mucho cuidado en anotar las horas en que el presunto cómplice haga contacto y el nombre del cómplice. Si se trata de alguien que en ese momento deba estar trabajando, lo reportaré a la digna superioridad. Le hice ver a Cevallos que si no conoce el nombre del presunto cómplice, procure indagarlo por todos los medios a su alcance. También le encargué que en la hora de la comida vigile a Leoncio. Tal vez a esa hora se encuentra con los demás agitadores cómplices en este penoso asunto.

Hemos dispuesto una clave con números para que en caso de que le sea difícil pasarme una comunicación, lo haga con la clave, como si estuviera entregándome una suma. De vigilar a Leoncio fuera de las horas de labores me encargaré yo, a ver cómo.

A todos los trabajadores petroleros de la sección 35 del
S.T.P.R.M. presentes.

Compañeros:

Nosotros, los trabajadores petroleros, producimos el petróleo y la gasolina que el ejército usa para sus tanques y transportes de tropas. Esas tropas y esos tanques se están usando para reprimir a los estudiantes que pueden ser nuestros hermanos o nuestros hijos, que están luchando por el bienestar del pueblo. Entre las demandas de los estudiantes está la libertad de los presos políticos, que son casi todos trabajadores encarcelados por el delito de luchar por mejores condiciones de vida y mejores salarios para nosotros, los trabajadores. También piden la derogación del delito de disolución social, que se nos aplica a los obreros cuando peleamos por lo que nos corresponde.

Por eso nosotros, los trabajadores petroleros, que formamos parte de la clase obrera, debemos apoyar la lucha estudiantil. Debemos, si es necesario, parar nuestras instalaciones y así no se produzca gasolina y se inmovilicen los tanques y transportes de tropas.

Nuestra lucha es la lucha de todos los estudiantes, es la lucha del pueblo. Solamente estando todos unidos, podremos conquistar la independencia de nuestros sindicatos y la democracia sindical.

Unidos venceremos

La comisión

Esa tarde, otra tarde de café, de conversaciones que ya les iban pareciendo inútiles, de silencios amargos, Galdino se sentía peor que un enfermo desahuciado. El mitin que acababa de consumarse a las puertas de la refinería, viéndolo bien, contemplándolo con objetividad, había sido un fracaso. A lo sumo quince trabajadores habían asistido. Quince trabajadores habían escuchado silenciosos, rostros áridos, fríos, los aplausos al final escasos, dejados caer más bien agradeciendo la información y no en reconocimiento de la justeza de la palabras vertidas por oradores que se hacían pedazos gritando por los altavoces manuales. Quince trabajadores que, cuando los estudiantes volvieron al autobús Politécnico desde cuyo toldo hablaron a su mezuquino público, se dispersaron sin hacer comentarios. Un fracaso, arar en el agua, arrojar margaritas a los pingüinos. Y la anonadante sensación de fracaso mantenía ahora a los amigos en silencio. Arturo tratando de sorber su refresco a través de los popotes inservibles. Efrén meneando el café que se había enfriado. Galdino contemplando el sedimento repugnante de su taza.

—Por lo menos Rendón estuvo en el mitin.

Efrén esperó una respuesta, una observación de sus compañeros, pero sus palabras fueron solamente para hacer más denso el silencio, para reafirmarlo.

Escuchaba María Rocha la respiración pausada y suave del Innombrado, un murmullo apenas perceptible, ahogado por los ruidos de la calle. Declinaba la tarde y María, aburrida, repasaba mentalmente nombres y lugares y se daba cuenta de que esa tarde, esa noche, tendría que pasarla en casa y no en el cine o en alguna reunión de baile y trago, porque nadie había venido a requerirla, porque a nadie halló, minutos antes, en los lugares en que solían reunirse los amigos y las amigas de la unidad Tlatelolco.

Tendida en la cama, con los ojos cerrados y los brazos alineados con el cuerpo, escuchaba el tranquilo ritmo respiratorio del Innombrado, ahora, antes de Marcela y Galdino y el ramo de flores. Porque fue Marcela, habría que achacarle a Marcela el inicio de esa relación en cuyos momentos más difíciles, unos meses después, el mismo niño, igualmente sin nombre y sin apellido, dejaría escuchar estertores, silbidos roncós, desgarramientos, mientras María, sentada en la cama, impotente, se preguntaba si debía solicitar ayuda a los vecinos, echarse a las calles o dejar que su pequeño muriera sin remedio, sin paliativos.

Porque había sido Marcela quien llegó una mañana a pedirle que la acompañara. Una mañana de aquellas en que el Innombrado, acicateado por el hambre, despertaba entre chillidos estridentes. María escuchaba el llanto, se hundía entre sábanas, almohadas y frazadas desesperándose, desentendiéndose de gritos y gemidos, deseando que hoy, por una vez, cesaran y la dejaran dormir una hora más, unos minutos más. Pero no iba a ser así por-

que nunca era así y finalmente la madre del Innombrado emergía desnuda del revuelto montón de ropa de cama y se levantaba. Permanecía unos minutos sentada en el borde, mirando a la cuna y la movía, no para tranquilizar el cuerpecito carne de su carne sino para poner en el movimiento un poco de la rabia contra sí misma, contra la ignorancia y el descuido y los impulsos que la llevaban a la cama con Héctor, Manuel o Federico. Y su estúpida madre que nunca le habló de los anticonceptivos quizá porque no imaginaba a su hija en tales pasos a sus quince años. María se inclinó sobre la cuna, acarició la frente del Innombrado, dijo dos palabras cariñosas y después fue a la cocina a preparar el biberón.

Más tarde, cuando el Innombrado dormía de nuevo, dormía cerca la madre, abandonada a un sueño en que se representaba una realidad más suya, más apropiada a sus gustos y pareceres, sonaron los toquidos en la puerta y Marcela acompáñame a la refi, manita, no tardamos nada, qué le va a pasar al niño. Aceptó María y en esa fecha, semanas antes de que comenzaran los líos en que se involucraron los muchachos, conoció a Galdino.

No te preocupes, María, no le podemos sacar el cuerpo al destino. Cada quién tiene que luchar por lo suyo. Yo estoy en lo mío. Tú estás haciendo lo tuyo. ¿Verdad que sí? Y María, es decir, yo, diciendo sí, estoy en lo mío, Galdino, aunque no acabo de entender qué es lo mío, y si te lo pregunto sé que vas a decir: lo tuyo es la vida, tu hijo, ser así como eres bonita y dulce, no tiene por qué interesarte la política, ¿por qué habrían de interesarte las cosas que a mí me importan?

¿Y cuáles son esas cosas tan importantes, Galdino? Entonces esos ojos que se te van para todas partes, que miran tan poco, avergonzados. Y en vez de una respuesta vienen tus manos a mi vestido, se pasean por el pecho, acarician, batallan con los botones y me dices que te gusto, que me quieres. ¿Y qué esperas, Galdino, que me sienta orgullosa? No, Galdino, no me siento orgullosa, porque sé que después de esos minutos en el parque, en vez de proponerme el hotel menearás la cabeza, tienes reunión, tienes que ver a tus amigos. Me siento despreciada, Gal. Tu respeto, tu amor de lejos, me valen madre. El día en que me conociste, la boca abierta. Qué niña. Corriste a comprar una flores por allí y la niña las aceptó. Después el café, el cine, la banca del parque y por fin, el día aquel en que mi mamá se fue de fin de semana, aquel domingo, la cama y el amor y tú vistiéndote en seguida, de prisa, por que se te había hecho tarde para recoger un volante. ¿Adónde vamos a ir a dar, Galdino?

No hay mal que dure cien años, se decían los compañeros ante la evidencia que ahora (después de día tras día de mítines desolados, de ausencias que pesaban en el ánimo de compañeros estudiantes y compañeros petroleros; de una repetición que ya se antojaba monótona de conceptos, ideas, líneas políticas y lineamientos sindicales) en la imaginación los hacía saltar de entusiasmo. Había llegado el momento de que en torno del autobús politécnico se reuniera si no una multitud por lo menos un sólido auditorio que iba más allá de los quince trabajadores de rostros secos y ajenos de los primeros días; que iba más allá de la docena

y media de muchachos que, después de cumplir su jornada en la refinería, partían con libros y cuadernos bajo el brazo, a escuchar a uno de los oradores, a la escuela politécnica o universitaria; que superaba la cincuentena de trabajadores que Galdino, Efrén y Arturo soñaban reunir alguna vez. Ahora estaban allí unos cien trabajadores que escuchaban atentos. Cien obreros de rostros comunes y corrientes, jóvenes, viejos, de edad madura los más, que recogían las palabras de un orador con el que nada, quizá, tenían en común: costumbres, religión, modo de vida, diversiones. No sabían si ese orador era hijo de un abogado, de un empresario de provincia, de un campesino, de un obrero, de un militar, pero se identificaban con esas palabras magníficas, magnificadas, que surgían del altavoz.

—¡Compañeros trabajadores!

Observaba el orador los rostros inexpresivos de los obreros que, con los brazos cruzados sobre el pecho, cargando portaviandas, en la bolsa trasera del pantalón el periódico de nota roja que leerían a gusto en casa, permanecían separados cuatro o cinco metros del autobús. Observaba el orador esos rostros que se negaban a revelar el mínimo secreto, aspiraba profundamente, arremetía.

—Ustedes, compañeros, son los hombres que han dado a este país la riqueza. Ustedes y los campesinos son cotidianamente explotados para llenar las bolsas de empresarios y terratenientes, de funcionarios y toda laya de parásitos que viven a costillas de ustedes, del trabajo de ustedes.

Por allí, mezclados con los trabajadores, se veían alegres Efrén y Galdino, espejeándoles el ánimo ahora que

la presencia masiva —y para ellos un centenar era la masa, lo mejor de la masa— los incitaba a continuar la batalla, a seguir peleando por un mundo mejor, a trabarse diariamente en conversaciones y redacción de volantes, haciendo sacrificio de las horas que podrían pasar con la esposa, los hijos o la novia.

—Ustedes, los obreros, mueven las máquinas, dan los martillazos, dejan la sangre y la vida en los tornos y los aparatos.

De sobra comprendían los trabajadores allí reunidos, puesto que se refería a hechos que formaban parte de su circunstancia, las palabras que vertía machaconamente el orador. Mas lo importante, en ese momento, no era que un estudiante hablase de miseria, explotación y malos tratos, sino el hecho de que los trabajadores se congregaran en desafío a las autoridades —sindicales, empresariales, de gobierno— que los habían condenado a aceptar sin protestas un género de vida que ellos juzgaban mezquino, irrazonable, injusto, cruel. Así, la presencia proletaria se convertía en un acto de insubordinación.

Pero Abundio no derrochaba el tiempo. Mente despierta, ojo avizor detrás de la gafas de cristales oscuros, no perdía de vista la salvación de la industria petrolera. A las tres en punto dejó su asiento de agente de trabajo y se dirigió a la puerta para contemplar, gratificado, la realización de otro mitin miserable, donde podían contarse con los dedos de las manos los trabajadores que, recargados en la alambrada, a buena distancia de los estudiantes, simulaban leer el periódico, o bien los que paseando de un lado a otro

miraban hacia la puerta de la refinería, miraban el reloj de pulsera, cómo ha tardado mi compadre. No engañaban a Abundio aquellas torpes estratagemas. Se dirigió a la puerta y una vez que terminó el mitin, apresurado y con gesto de preocupación volvió a su oficina. Sacó del resguardo la libreta de los apuntes confidenciales. Escribió.

10 de agosto de 1968

La maquinación comunista comienza a dar frutos en la Refinería. Hoy, cerca de cien trabajadores (96, para ser exactos) asistieron a un mitin que los estudiantes organizaron frente a la puerta principal. Este servidor elaboró una lista casi completa de los trabajadores que estuvieron en el mitin (se adjunta por separado). Y también, en virtud de que me resulta difícil tomar nota taquigráfica de las palabras de los oradores, se me ocurrió la idea de llevar bajo la chamarra una grabadora y tengo grabados los discursos que se dijeron en el acto. De la lista que adjunto al reporte, puedo decir que casi todos los trabajadores que tengo anotados son gente buena, sin antecedentes nefastos en la gran Industria Petrolera. Sin embargo debo señalar algunos nombres de los trabajadores que a mi parecer humilde son de los peligrosos, de los que andan agitando a los demás. Se trata de Leoncio Cadena, ficha 34804, que presta servicios como Mecnógrafo en el Departamento de Personal. Efrén Villanueva, ficha 28066, que presta sus servicios en la contaduría. Galdino Arrieta, ficha 36529, que es Ayudante de Primera en el taller de Tubería. A estos tres elementos constantemente los he visto manifestar opiniones favorables a los estudiantes. Leoncio Cadena a cada rato se levanta para secretarse con otros trabajadores por una ventanilla del Departamento de Personal, me

consta porque lo he visto. Efrén Villanueva y Galdino Arrieta eran de los más animados en el mitin, gritaban, aplaudían, y además los he visto platicando sospechosamente a la hora de la comida. Yo creo que a estos tres elementos hay que cuidarlos mucho. La superioridad puede tener la seguridad de que este servidor no los perderá de vista.

Se hallaban reunidos el superintendente, el jefe de personal, el jefe de vigilancia y el empleado Abundio Rosales. El superintendente caviloso detrás de su escritorio, los otros frente a él. En el centro del escritorio, al lado de expedientes, ceniceros, revistas técnicas y un juego de plumas de escritorio, la pequeña grabadora de Abundio. Los cuatro personajes miraban fascinados el artefacto. El agente de trabajo había acabado de dar lectura a su reporte y luego se habló de los riesgos, amenazas, peligros y turbulencias que representaba, o que podía representar en un futuro cercano, el grupo aquel de trabajadores que el día anterior asistió al mitin. Abundio Rosales le echó una mirada al jefe de personal. El jefe de personal le echó una mirada al jefe de vigilancia y éste miró al superintendente. El superintendente, como por mirar a alguien, fijó la vista en Jesús Reyes Heróles, Gustavo Díaz Ordaz y Lázaro Cárdenas, cuyas coloridas fotografías se hallaban alineadas en un muro, circunspectos tales personajes, investidos de gravedad, como si a la vez estuviesen conscientes de su calidad de iconos de la religión sexenal petrolera y de la seriedad del asunto que trataban las autoridades menores. El jefe de personal, al fin, hizo una seña a Abundio y éste echó andar la grabadora.

—¡Compañeros trabajadores!... Ustedes, compañeros, son los hombres que han dado a este país la riqueza. Ustedes y los campesinos son cotidianamente...

Mañana florida del mes florido de mayo. Diez de mayo. Jesús de la Cruz llegó a su escritorio con un manojo de cables en la mano. Abrió los cajones para sacar el Cuyás y las hojas blancas. La oficina se veía abandonada y Jesús recordó que era el día dedicado a honrar a las madrecitas, por lo que todas las señoras, con excepción de la señora Guerrero (señora en el sentido de dama, en el sentido feudal que aludía a su condición de jefe, de amo), gozaban de día libre. La señorita Ruiz no se hallaba tras de su escritorio y eso provocó comentarios viles, malévolas alusiones. En defensa de la joven Jesús observó que tal vez alguna inesperada fiebre, pero también se refirió con acritud a las fotos del sobrinito que la muchacha mostraba. Los compañeros celebraron el chistecito y agregaron variantes. Lo corriente en una oficina donde hay hombres y mujeres. Eso y las fiestas privadas y las frases de doble sentido que dan a las mujeres ocasión de mostrar su capacidad para el rubor. Jesús odiaba ese trato, pero se dejaba conducir por él. A Dorita, por ejemplo, que con frecuencia lo reprendía por beber tanto, le achacaba amarguras: “Corrómpase un poco, Dorita. Lo mejor de la vida es gratis”. Uno de los redactores jóvenes, enamorado de Dorita, pedía consejo al experimentado, al viudo De la Cruz. Dora Luz Antúnez, 20 años, estatura regular, piernas atractivas si se las mira con benevolencia, labios quizá demasiado carnosos, ojos, nariz, orejas y frente como tra-

Gerardo de la Torre zados a cincel, obra violenta de un escultor inspirado por alguna pesadilla. Una muchacha simpática, buena y, allí la tienes, muy trabajadora. Cuando hablaban de ella percibía semejanza con esas situaciones en que el padre o la madre presentan orgullosos a un bebé y piden una palabra, un adjetivo amable. Imposible decirles que el chamaco es espantoso y entonces qué gordito está, se ve sano y fuerte, seguro que va a ser igualito a su papá/su mamá. Y los padres felices, sin preocuparse mayormente por la suerte del niño destinado a parecerse a uno de ellos. ¡Pinche vida!

Si le hubiesen dado la mañana, Jesús podría haber llevado flores a la tumba de su esposa. A su madre mensualmente le adornaba la lápida Irene. El buen marido y buen médico no escatimaba el dinero para las flores. Además, le prestaba el coche a Irene. Si en ese instante le echaba un telefonazo a su hermana, conseguiría sin duda que Aurora recibiera una ofrenda. Pero no, no deseaba oír la voz que, aun hablando de cosas tan intrascendentes como un partido de bádminton, parecía reprocharle su estilo de vida. Definitivamente no.

Era 10 de mayo y en la oficina solamente circulaban figuras masculinas y ausencias de mujeres que habían pasado por sanatorio y parto, aunque en algún rincón cierta muchacha de rostro espinillento se atarease tristonamente. Algunos empleados procuraban mostrar sus más dolorosos rasgos, rostros que su deterioro reflejaban el del alma, quizá con la esperanza de que algún jefe de sensibilidad dulce y despierta observara —¡ay, mi pobre madrecita!— el terrible sufrimiento y, con todo, el empeño que ponían en los

Muertes de Aurora quehaceres: “Tómense el día, muchachos. En la cantina bebían una copa fúnebre por las viejas desaparecidas”. Buenos muchachos. Se crucificaban en cada frase que componían, en cada párrafo que aderezaban. No les preocupa escribir con estilo abisal o marfileño o ígneo sino redactar trabajos aceptables para la señora Guerrero. Así era eso del oficio.

Jesús miró el reloj que desde la pared lo desafiaba en un juego de tiempos cautivos. Faltaban veinte minutos para las once. Las máquinas de escribir repicaban y la sed comenzaba a torturarlo.

El mitin, el entusiasmo, ahora sí, Jesús, vamos bien. Efrén y Galdino relataban el mitin de dos días antes y Arturo compartía la exaltación y las ganas de ir más allá, llegar a lo más alto, a la serenidad utópica del mundo feliz. Jesús, escéptico, atrincherado en el vaso de ron con agua, frenaba las frases arrebatadas, interrumpidas, manigua de verbos y sustantivos que no era capaz de penetrar. El orador dijo y éramos como doscientos y una corrección a ciento cincuenta y dejarlo solamente en cien y tú no estuviste y otros me han dicho y continuó el orador y los líderes charros que se arrastran ante el patrón y los obreros aplaudiendo y los aplaudidores Efrén y Galdino y todos los trabajadores y vamos a decir buena parte y al fin la coincidencia en que, eso sí, fue un mitin sensacional, chingón, a toda madre.

—Momento, momento —escéptico y medio borracho Jesús—, platiquenme desde el principio, uno por uno, cada quien su versión.

Las versiones de Efrén y Galdino concordaban en una cifra de cuando menos ciento cincuenta frenéticos y entusiasmados oyentes. Arturo habló de cien a lo sumo. Jesús exigió una tregua para solicitar una nueva ronda de tragos y la conversación, después, se desplazó a los territorios de la manifestación del día siguiente.

Invitaron a Jesús a marchar con la tropa petrolera y el golpe le dio sólido en el pecho, en las tripas. Le parecía insustancial, vano y aun repugnante compartir la caminata con un puñado de rebeldes sin esperanza mas sin conciencia de la desesperanza, marchar con ellos como uno de ellos y al mismo tiempo saberse un infiltrado del caos y la derrota, actor que representa una tragedia como si de una farsa risueña se tratara. Más de dos ocasiones rechazó la invitación y se burló del tono conminatorio de sus camaradas. Pero el rechazo no le impedía ayudar en la confección de un volante. Échanos una mano, Jesús, nos hace mucha falta.

Jesús le echó una mano al vaso recién servido por el mesero de La Castellana, esquina de Insurgentes y Antonio Caso (antiguamente calle de las Artes), y otra mano a su bolígrafo. La primera de aquellas manos torpes llevó el vaso a la boca, lo devolvió a la mesa y se desplazó luego con pasos de araña para apoderarse de una servilleta. Redactemos.

Un volante sencillo y directo. Manifestación del Movimiento Estudiantil y Popular. Partirá del Casco de Santo Tomás a las 17 horas (cinco de la tarde), hoy, 13 de agosto de 1968. Invitamos a todos los trabajadores petroleros a unirse a esta magna manifestación. La cita es a las 15:30 en la esquina de Camarones y Nonoalco, frente a la capilla. Allí estaremos, todos como un solo hombre. La Comisión.

El verdadero peso de la soledad se percibe cuando circulas entre una multitud y no encuentras a los tuyos. Observas rostros alegres o cavilosos, rostros duros, indescifrables, bellos rostros de muchachas que se han dibujado con lápiz labial una estrella roja en la frente, pero ninguno de aquellos rostros te dice nada, ninguno refleja o devuelve tu mirada estremecida, inquieta.

Temperatura máxima 25.9 mínima 11.8.

Son casi las cuatro de la tarde, Galdino, y estás imaginando por qué no asistieron a la cita los compañeros. Leoncio Cadena prometió estar puntual, a las tres y media, en el cruce de Camarones y Nonoalco. Salió Leoncio Cadena del trabajo a las tres, diez minutos más tarde estaba en casa, pidió de comer, acompañó los alimentos con una cerveza, después se quitó los zapatos, desabrochó su cinturón y fue a tumbarse en una mecedora desvencijada. Qué cansado estoy, vieja. ¿Quieres otra cerveza? Bueno, dámela. Iba a ir con los muchachos a la manifestación, pero...

Leoncio Cadena, el soldador Rendón, apalabrado esa misma mañana, Jesús de la Cruz, renuente arrepentido.

A las cuatro de la tarde Jesús de la Cruz bebía en la cantina de Insurgentes y Antonio Caso su segundo ron. Pensaba en los muchachos petroleros que seguramente se habían reunido —aquellos tres y quizás un par de amigos— y ahora se tronaban los dedos, se miraban afligidos, por qué no vienen los demás, qué les habrá ocurrido. Arturo mostraba la manta con letras toscas, chorreadas: LOS PETROLEROS PRESENTES, y Galdino y Efrén decían que estaba

bien, pero cómo iban a atreverse a levantarla si eran apenas unos cuantos y no podía siquiera sugerirse que se concentrara en ellos la esencia del sindicalismo petrolero.

Casi las cuatro de la tarde y continuas vagando entre grupos entusiastas. Universitarios, politécnicos, que tunden el aire con porras al Che, a Demetrio Vallejo el ferroviario, exigen a gritos la libertad de los presos políticos. Como si fueran a hacerles caso. ¿Quién escucha el desgañite? ¿A quién hacen daño esos gritos? Contemplas un entorno de rostros jóvenes y sonrientes. Descubres en mantas y carteles las consignas: obreros y estudiantes unidos venceremos, libertad presos políticos, mueran los granaderos, el pueblo al poder, los obreros al poder. Y los obreros, ¿cuáles pinches obreros? Ni siquiera Arturo que siempre tan puntual, que siempre con los volantes a las seis y media de la mañana en la puerta de la refinería. Y Efrén, ese desvergonzado Efrén seguramente se había metido a comer frente a la refinería, en la fonda de La Toña, donde vendían más cervezas que alimentos, y para comenzar una cervecita, después entre sopa y guisado una segunda cerveza y al final, luego de la inevitable mirada al reloj, la tercera cerveza, algunos resoplidos, ¡jijuela!, ya van a ser las cuatro. Te dices que ha de venir en el camión y supones que no bajará en la esquina de Nonoalco y Camarones, pues a esta hora quién lo va a esperar. Pero supones mal.

Faltando quince minutos para las cuatro, Galdino, que desesperado veía movimiento allá en la plaza del Carillón, abandonó el lugar de la cita. Apenas se había ido, llegó Arturo a ese sitio cargando una manta y acompañado por dos sobrinos y un compañero de la planta de alquilarilo.

Efrén se presentó a las cuatro en punto con Leoncio Cadena y en seguida asomaron Rendón y otros compañeros. A las cuatro y minutos, renegando de Galdino, el cabrón que no apareció, doce petroleros como doce apóstoles se dirigieron a la plaza del Carillón. ¿Tú crees que la permitan? ¿La manta? La manifestación, pendejo. Y la manta, enrollada en dos tirantes de madera, permanecía bajo el brazo de Arturo. No la sueltes, Arturo, que no se te escape. Y a la hora de encontrarse con la multitud y confundirse entre los grupos dejó caer la manta Arturo y el miedo, el miedo, está viva esa manta. Pero Arturo, sin vacilaciones, recogió la manta y la puso de pie, sin atreverse a desplegarla. Y en torno de esa manta, de ese trozo de tela y esas dos tiras de madera basta, los petroleros se apretaron, solos y solidarios en ese mar de gente que no era la suya, silenciosos, tímidos, asustados.

Un estudiante se acercó al grupo y preguntó de dónde eran. Arturo y Efrén, aprestando las credenciales, somos petroleros, de la refinería, queremos unirnos a la marcha. El estudiante señaló el foro plantado a un extremo de la plaza, donde en ese momento se apelotaban muchachos y muchachas, representantes, y sentado tras una mesa un jovencito con anteojos circulares agitaba los brazos. Las manos, la pluma fuente despidiendo ráfagas de tinta negra que ametrallaban camisas, rostros, dientes: uno por uno, no puedo hacerle caso a todos, si me gritan no entiendo nada, no hablen al mismo tiempo, por favor, vociferante, organización, compañeros, organización. Otros dos jóvenes, ella y él, escribían la lista, atentos a las disposiciones del de anteojos circulares, pero sin inmiscuirse. ¿Cómo vamos, Teresa? Y Teresa con una mano se apartaba el largo y

Gerardo de la Torre
pajizo cabello del rostro y con la otra recorría la lista: Economía del Poli, antes la coalición de Maestros, luego Medicina Rural y Arquitectura.

—¿Arquitectura de dónde?

—De la Universidad.

—Arquitectura, Escuela de Comercio del Poli, la Normal.

—¿Dónde vas a meter a los ferrocarrileros?

—Momento, momento —plañía el de los anteojos—, los que ya se anotaron por favor retírense, hagan campo a los demás, no se apelotonen, ya dijimos que por el altavoz vamos a ir llamándolos para que ocupen su lugar en la columna.

—Aquí Prepa Siete.

—Anota, Toño, Prepa Siete... ¿Cuántas escuelas hay en la lista?

—Veinticinco, veintiséis, veintisiete —Toño, ese muchacho pálido, anotaba los grupos, escuelas y sindicatos como se presentaban, para que después Tere los acomodara en el orden dictado por el organizador.

—Veintisiete escuelas y dos sindicatos.

—Nosotros también somos de un sindicato.

—¡Orden, compañeros, orden! ¿De qué sindicato?

—Petroteros, sección 35, refinería de Azcapotzalco —a todo pecho.

—Perfecto. Anótalos, Toño.

—Gracias, compañeros, pueden retirarse. Por el altavoz les vamos a dar su lugar en la manifestación.

Efrén y Cadena volvieron con los petroleros, que ahora se hallaban sentados en el pasto, fumando, mientras Arturo, abrazado a su manta sin desplegar, inquieto, exci-

tado, observaba los bulliciosos grupos de estudiantes ágiles y gritones que se movían con la seguridad que les daba hallarse en sus terrenos. Por qué me siento tan pobre diablo.

Pensabas que ninguno de tus hijosdeputa correigionarios había llegado, con esa gente qué iba a poder hacerse. Paulatinamente, Galdino, te alejaste del Casco de Santo Tomás hacia Instituto Técnico. Después, por Instituto Técnico te dirigiste a la calzada México Tacuba. Por lo menos dispondrías de una magnífica perspectiva para ver la manifestación, porque llegando a la calzada se elevaba la calle y allí apostado verías como trepado en una loma. Ojalá que pasen esos desgraciados para irme con ellos.

Después de besos boquiflojos, de recorrer tu piel a labio húmedo sencillamente recorriendo tu piel. Después de desnudarnos yacemos juntos jadeantes y apretados bendiciendo las ganas, María niña. Entonces me abro paso entre tus muslos, penetro meandro a meandro y al final te me quedas mirando como vacía de premoniciones y reminiscencias, ojos brillantes tus ojitos, María carne. Eso es el amor, pero también... También el mundo que yo quiero, más bello y más completo, sin putasmadres de patrón y bocas calcinadas. El mundo que queremos Efrén y Arturo y los demás y que se nos empaña cada noche. Vamos a conseguirlo, pero si no podemos, si no puedo, de todos modos voy a estar en eso, duro, cabrón, rebelde, artesano y caudillo. Aquí te lo prometo, María gleba.

—¿Quieres que me sincere, Efrén? ¿Quieres, Arturo? Tú lo vas a entender, De la Cruz.

—Yo lo voy a entender si nos echamos otra.

—Pide las otras, las que quieras, pero déjame hablarte con la piel en tiras, en carne viva, María es una niña preciosa, bien bonita, pero yo no la quiero nomás para acostarme con ella.

—Nomás para que te agarre de pendejo —dijo Efrén.

—Esta niña tiene un niño, De la Cruz, tiene un hijito. Me llevo a toda madre con ella, Dela, voy a vivir con ella, y en la cama, donde ella quiera, la vamos a pasar perfecto. Yo no la quiero para hacerle más hijitos ni para que alivie la calentura, no.

—¿Por qué no?

—Porque así nomás con las putas, para eso son.

—Qué pendejo eres, Galdino.

—Está bien. Que se burlen, pero ahora que la conozcas vas a ver que no es de esas, Dela. Tú dices vamos a su casa ahorita mismo. En este momento quiero que la conozcas.

—En este momento histórico, a las once de la noche y borracho, te van a dar una patada en el culo.

—Vamos por ella, vamos a tomar una copa con ella. Yo invito.

—Yo invito —dijo De la Cruz. ¿Estás seguro de que no te va a pintar una calavera y sus dos bolas?

—Para celebrar que la manifestación estuvo a toda madre. Vamos.

En el camino pensabas que nada tenía que ver la madre del Innombrado con tus amigos. Antes de tiempo

la imaginabas en el Tenampa, ella y tú con las manos trincadas bajo la mesa, ella con cara de aburrimiento hablándote al oído mientras Efrén y Arturo discutían si se había ganado ya la mitad de la lucha, si no habían triunfado sino en una escaramuza. Jesús, los ojos vidriados, se pondría en un momento de parte de Efrén, en el siguiente de parte de Arturo, y los espolearía para que se golpearan más a profundidad, pero no iba a dirigirle una frase, una mirada a María. ¿Por qué tuviste que clavarla en esto?

En tanto, en el asiento trasero Efrén escuchaba el relato de Jesús. Imaginaba Galdino que las palabras iban no dirigidas al atento Efrén, apoyado más que en el respaldo en la portezuela del viejo ruletero de Arturo, sino a María, María echada de codos sobre la mesa del bar, María interesada en las oleadas de muchachos que desfilaban agitando banderas rojas, aullantes, toda la calle para ellos, el tráfico interrumpido, los conductores de autos y autobuses odiándolos, toda una ciudad para ellos, un mundo por ganar. Jesús, en el relato, a las puertas de un teatro esperaba el paso del contingente petrolero, temeroso de que aquellos cuantos, menos de cinco, cinco a lo sumo, se le perdieran entre la multitud de manifestantes. Abriéndose paso entre los mirones, Jesús logró apostarse en lo alto de una pequeña escalinata a la entrada del teatro. Trepado allí, oteaba entre la masa encrespada de pancartas y banderas, mientras en su derredor los comentarios aludían a cierta avioneta que volaba en círculos seguramente esparciendo sustancias químicas para provocar un aguacero y dispersar a los manifestantes. Entonces la imaginación, un deseo muy fuerte de que así fuera, le hizo ver una manta blan-

Gerardo de la Torre ca con chorreadas letras negras: LOS PETROLEROS, PRESENTES. No era posible. Delirio, chinches, vampiros, en la piel violentos círculos del color de la sangre seca. Pero eran ellos: Efrén, Galdino, Rendón, Leoncio, los petroleros, dos de ellos luchando a contraviento para sostener la manta, algún otro elevando muy alto una bandera roja.

—Hay que hacerle agujeros a la manta para que no haga resistencia —fue el comentario de Efrén, ahora, camino de Tlatelolco, en uno de cuyos edificios habitaba María.

—Será la próxima —dijo Arturo, fijos los ojos en la iluminada cinta del pavimento.

Y Galdino, en ese momento, olvidada María, se dedicó a relatar cómo allá, en la esquina de Instituto Técnico y calzada México Tacuba, perdida la esperanza de que aparecieran los compañeros, esperaba el momento de unirse a cualquiera de los grupos para manifestarse entero, en cuerpo y alma. Allí venían, sin embargo, los muy cabrones. Rendón y Arturo con la manta, Efrén agitando con flamante orgullo una bandera roja.

—Ya llegamos, Galdino, vete por la muchacha —lo interrumpió Arturo, aquí, en el coche estacionado en No-noalco, frente a los cubos enormes, oscuros, habitados por seres llenos de egoísmo y maldad, mezquinos y dolorosos.

Galdino dijo que no demoraba y desapareció. En lo que caminaba buscando un pretexto para sacar a la novia de la casa, en caso de que se hallara mamá, y echándose aliento en el cuenco de las manos para detectar el grado de emanaciones étlicas, en el auto los demás encendían cigarrillos y comentaba incidentes que, a partir del momento en que se les unió Jesús, eran ya materia colectiva.

María en camisón y descalza, bostezante, abrió la puerta. ¿Cómo estás? **Un beso. Vienes borracho. No, borracho no, tomamos una copas después de la manifestación. ¿Qué manifestación? Tuvo que explicar lo de la marcha, preguntar por el Innombrado, en ese instante extraviado en el sueño, y hablar de los amigos que esperaban abajo y tantas ganas tenían de conocerla.**

—¿Pero a estas horas? ¿Y así? —aludiendo a su indumentaria.

—Cámbiate. Ponte cualquier otra cosa.

—Claro, cualquier cosa, si no tengo otra cosa.

Otra cosa que no fuera cualquiera, entendió Galdino.

—Nadie se va a fijar.

Cosa de quince minutos esperó Galdino en la salita a oscuras (mejor así, para que no despierte tu mamá), pensando no vayan a largarse los amigos. Pero los otros, abajo, evocando pormenores de la marcha, no percibían el paso del tiempo.

—Ya vienen —dijo Arturo.

Efrén pasó al asiento delantero para hacerle lugar a Galdino y la novia. Jesús le preguntó su edad a la muchacha y le dijo que era muy linda, cómo fue a relacionarse con alguien tan feo. A María le dio mucha risa y el feo soltó una carcajada y en un ratito estaban en Garibaldi rodeados de mariachis que ofrecían sus canciones, dos guitarras, dos trompetas, dos violines y un cantante que valía por dos, sin contar al del tololoche que cargaba por cuatro, pero lo que deseaban era tomar una copa allí en el Tenampa y las canciones, a ver si después. Mi no ser turista, compañero, mi venir a emborracharme.

Rumbo a la boca tenebrosa del Tenampa, Galdino y María caminaron adelante y los demás los siguieron a respetable metro y medio, Jesús pensando a ver si dejan entrar a esta muchachita al baile, ya me conformo con que no nos consignen por corrupción de menores. Y lo pensaba con sobrada razón, porque María era una niña a pesar del Innombrado: rostro de niña y cuerpo de niña; niña de la cintura para arriba y de la cintura para abajo; firmes pechos de niña, apetitosas piernas de niña. La broma se le tornaba seria; aquella niña era demasiado mujer para Galdino.

—¿Qué le servimos a la señorita?

Para la señorita y acá para sus servidores una botella de tequila de medio litro y cervezas, sal y mucho limón. ¿Estás de acuerdo, María? Y expresado el acuerdo de María, servidas las cervezas y el tequila, la conversación se abrió hacia todos los rumbos.

—¿Cómo se dice, el tequila o la tequila?

—Usted diga como le acomode y quiera.

Todos, en mayor o menor medida, se empeñaban en entretener a la novia, de hacerla sentir que no le eran hostiles: los amigos de Galdino somos tus amigos. Jesús le preguntó si el tequila no le pegaba fuerte. Respondió María que la tequila era una bebida noble y satisfactoria: en sus dominios de Tlatelolco, en prados y jardines, ella y sus compañeros acostumbraban gustarla y ascendían a paraísos de condición caliginosa y deleites ásperos.

—Pues yo prefiero el ron con agua mineral —dijo Jesús.

—¿Y por qué no lo pediste?

—Porque hoy es noche de petroleros.

Después de la primera copa, y como si volvieran de una caminata nocturna, María preguntó a De la Cruz a qué se dedicaba. Entre sorbos de tequila y tragos de cerveza Jesús explicó que actualmente paliaba el hambre con la venta de libros, y habló de su oficiar lejano de traductor, reportero, actor de teatro y los años largos de mecánico tornero en la refinería.

—Allá por el año cincuenta y nueve.

—¿Y ya no eres artista? —preguntó María.

—Mi vocación era el periodismo. Puedo afirmar que soy un reportero fracasado.

Efrén interrumpió la flagelación de Jesús para gloriarle su pasado petrolero, intrépido peleador sindical, hombre de estudios que sabe abrirse paso en la intrincada y oscura historia de nuestro movimiento obrero.

—De eso tendrías que platicarnos, Jesús —expresó Galdino.

Jesús dibujó en el aire un círculo acostado, aludiendo al gentío y al bullicio. Los demás entendieron la seña como una acotación de acercamiento, inclinaron las cabezas dispuestos a escuchar. No, Jesús quería decir que era imposible historiar, y ahora lo dijo, en ese ambiente ruidoso, poco propicio para la seriedad, el debate o la cátedra. Sin embargo inclinó la cabeza hacia el hombro derecho, elevó el rostro, entornados los ojos, en una actitud que parecía indicar disposición a la charla compleja.

Mas cuando abrió la boca fue para ordenar ron con mucho hielo y agua mineral. Entonces sonrió y aguantó la sonrisa hasta que le trajeron la bebida. Paladeando el ron dijo que en este país agonizaba el orgullo de sentirse obre-

Gerardo de la Torre. Mueven a los trabajadores como a marionetas, los congregan en actos que son de otros, arman huelgas ficticias, los agotan en luchas fratricidas. Así desde muchos años.

Mencionó, haciendo pausa para beber el ron, las primeras organizaciones sindicales. En tiempos de Maximiliano hicieron los obreros mexicanos su primera huelga importante. Dos fábricas textiles, La Colmena y San Ildelfonso, en 1865 se fueron a la huelga. Y el príncipe europeo, ese que quieren vendernos como liberal, creó la gendarmería y arrojó los caballos contra los obreros. Y había obreras madres, obreros niños. Una y otra vez las cargas de caballería pretendieron romper la huelga y las mismas veces fueron rechazadas por los trabajadores. Lanzaban piedras, hubo quienes se tiraron bajo los animales, pero al fin la fuerza imperial los doblegó y tuvieron que volver al trabajo. Pero volvieron de mala gana, despechados y amargados, con ánimo de continuar la lucha en la primera oportunidad.

Permanecían atentos los compañeros, aunque no descuidaban sus bebidas, y Jesús se refirió al Gran Círculo de Obreros de México, a la compra que de sus dirigentes intentó el presidente Juárez. Logró comprar, es cierto, a algunos líderes. Pero los de abajo resistieron siempre. Más hábil, Lerdo de Tejada, sucesor de Juárez en la presidencia, subsidió al Gran Círculo, pero los trabajadores, en múltiples ocasiones traicionados, seguían luchando en la sombra, se oponían terminantes a la explotación. La mano dura de Porfirio Díaz, después, condenó a la ilegalidad a sindicatos y asociaciones obreras. Salarios miserables, jornadas de sol a sol, niños que perdían las manos y las piernas en el trabajo industrial. Pero los obreros, agazapados, resistían.

Se levantaron en armas en Acayucan y Minatitlán, golpearon al enemigo con las huelgas de Cananea y Río Blanco y por fin hicieron la revolución. ¡Carajo, la revolución!

Se refrescó Jesús la boca con el ron aguado y muy frío, dijo que por entonces se creó la Casa del Obrero Mundial, de inspiración anarcosindicalista, y otra vez estuvieron allí los proletarios, exigiendo su lugar en el mundo. Carranza se ganó a los dirigentes, siempre traidores, siempre corrompidos, y envió a los llamados batallones rojos, hileros, metalúrgicos, panaderos, electricistas, albañiles, a combatir contra los hermanos campesinos que peleaban bajo las banderas de Villa y Zapata.

Pidió una nueva bebida Jesús antes de mencionar que la primera gran central proletaria se formó en 1918 y que pronto sus dirigentes se acogieron a la protección de Obregón y Calles y éste llegó a controlarla por completo con la complicidad de Luis Morones. A pesar de las traiciones, los obreros textiles de San Ángel y los tranviarios de la capital hicieron huelgas que fueron reprimidas con mucho gasto de sangre trabajadora. Pero los trabajadores jamás arriaron sus banderas y allá por 1936 las fuerzas que se hallaban en dispersión lograron fundar la Confederación de Trabajadores de México, la ce-te-eme.

—Me suena, me suena —dijo Arturo, a quien el agua mineral que no dejaba de beber le había hecho efecto semejante al del alcohol.

—La vieja ce-te-eme, al principio digamos que de izquierda, con Lombardo, a quien luego expulsaron Fidel Velázquez y sus compinches. En los primeros años el presidente Cárdenas le dio alas a la confederación, y miren en

Gerardo de la Torre lo que ha venido a parar. Miren lo que son ustedes, lo que somos, obreros dóciles, sin espíritu de lucha —concluyó Jesús antes de darle fin al helado y magnánimo ron.

—Lo que yo entiendo —aventuró Efrén— es que las organizaciones obreras siempre han estado controladas por el gobierno. Pero entonces, ¿cuál es el papel de los patrones, de los empresarios?

—Deveras que eres pendejo. El gobierno es siempre la expresión de la clase dominante, de la burguesía. Te lo pongo más claro: de los patrones, de los ricachos —dijo Galdino, y en adelante, dando por zanjada la discusión sindical, dedicó sus atenciones a la novia. Los demás, hartos de tan majestuosa palabrería, eligieron escuchar al maria-chi que a escasos metros interpretaba una canción tequile-ra y lloricon.

14 de agosto de 1968

Sacaron un volante invitando a los trabajadores de la refinería a reunirse a las 15:30 en la esquina de Nonoalco y Camarones. Por allí estuve vigilante. El único que llegó a esa hora fue Galdino Arrieta, ficha 36529, ayudante de primera en el Taller de Tubería. A las 15:44, hora de mi reloj Seiko, Instamat, 7 joyas, Galdino se dirigió al Casco de Santo Tomás. Lo seguí porque pensé que se habían puesto de acuerdo para tomarnos el pelo con el volante y en secreto habían quedado de reunirse en otro lugar. Galdino no encontró a nadie y yo no vi a nadie conocido por allí. Tuve un titubeo, Galdino se fue caminando por el Instituto Técnico, la calle que pasa al lado oriente del Casco de Santo Tomás, y yo no me decidía a seguirlo o esperar, a ver si veía a cualquier otro de los trabajadores de la refinería por aquí. Pre-

Muertes de Aurora

ferí seguir a Galdino, porque como ya dije podían reunirse en otro lugar. Pasamos siete calles hasta llegar a la calzada México-Tacuba, donde queda el cine Cosmos, en el que pasaban las películas *El deporte favorito del hombre* y *Días de vino y rosas*. Allí, en los escalones, estuvo Galdino Arrieta hasta que se metió en la manifestación con un grupo de Petroleros. Venían los dichos Leoncio Cadena, Efrén Villanueva, Arturo Rodríguez, que trabaja en la Planta de Alkilación, Fernando Rendón, del Taller de Soldadura y otros que no conozco y voy a tratar de identificar. Por cierto, Efrén Villanueva traía agitando una bandera roja que Galdino Arrieta le arrebató cuando se incorporó a la manifestación. Me fui por la banqueta, en paralelo con los Petroleros, y precisamente en las calles de Florencia y Paseo de la Reforma por poco me atropella el coche Volkswagen placas 415- KI. Pensé entonces que era mejor de plano irme con la manifestación, cerca de los que andaba vigilando, y para ese efecto intenté colarme en un grupo que llevaba una manta donde decía que eran artistas y escritores. Quise meterme y no me dejaron, y eso que iban gritando únete pueblo. Por más que dije que yo también era pueblo, me contestaron que me uniera pero a la cola. Me fui otra vez a la banqueta y seguí a los trabajadores de la Refinería. Iban casi todo el tiempo callados, pero a veces le echaban una porra a un tal Vallejo o a los Chimales. Llegaron al Zócalo y la gente se disolvió. Yo me disolví también, pero fui detrás de Galdino. Él, Arturo, Efrén y un desconocido entraron a una cantina y estuvieron tomando. Para no parecer sospechoso si no tomaba nada, tuve que tomarme unas copas, y en un momento que fui, con perdón de la superioridad, a orinar, los perdí de vista. Escribo esto a las 7:20 de la mañana. Seguiré informando.

—Creí que ibas a venir ayer —dijo María a Galdino, mientras Galdino se acercaba a la cuna y meneaba la sonaja que pendía de un mecate atado a los barandales y hacía un gesto, una mueca simiesca, mandíbula hacia delante, labio inferior prominente, ceño fruncido, y veía reír, patear y manotear al Innombrado.

—¿Cómo le vas a poner?

—Ni modo que Galdino. Sólo a una retrasada mental se le ocurre ponerle Galdino a su hijo.

Galdino sintió aproximarse la catástrofe, el insulto, la bofetada que le venía naciendo en el fondo del estómago. Dejó de menear la sonaja y se fue a la ventana: ilumíname, Señor.

Moría el sol y Galdino, observando desde la alta ventana los encabalgamientos de rosas y añiles, dejó que le muriera la cólera. Se dio vuelta, se plantó firme apoyando las nalgas en el muro.

—Está bien. Ya sé que estás furiosa porque no vine ayer. ¿Cuál era la urgencia? ¿Querías ir al cine?

—Eso es lo de menos —repuso María, desafiante.

Galdino se le acercó y quiso tomarle la cara, acariciarla, plantarle un beso en la nariz, en los labios trompudos, pero ella echó el rostro a un lado con un movimiento brusco y se dirigió a la cuna para arropar al Innombrado. Allí permaneció arrullándolo.

Al principio Galdino parecía dispuesto a afrontar el conflicto con espíritu noble. Aquel enojo, irrazonable y sin duda pasajero, podía disolverse con unas cuantas explicaciones ofrecidas en tono desmayado. Pero se le fue agriando el humor y ya no estaba para dar explicaciones. En cambio,

la cólera antes contenida y desbaratada le renació envuelta en ropaje sarcástico.

—De veras, ¿cómo le vas a poner al niño?

María no respondió.

—¿Lo vas a dejar sin nombre para toda su vida? Pobre muchacho, imagínate cómo le van a decir en la escuela: a ver, Sin Nombre, al pizarrón... ¿Y qué tal si acaba en artista? Muy pronto, el debut de Sin Nombre en nuestra gran carpa. Sin Nombre bailará y cantará acompañado por el trío de los hermanos Sin Apellido.

María se dio la vuelta con violencia, el gesto fiero, las manos empuñadas.

—La madre de Sin Nombre va hacer pedazos al que se burle de su hijo sin nombre —dijo todavía Galdino en tono francamente alevoso y burlón.

El gesto de fiera desapareció para dejar paso a una sonrisa coqueta, inmensamente lúbrica, de mujer en celo que se aproxima al macho. Se acercó a Galdino con lentitud, trazando pasos de danza sicalíptica, echado al frente el pecho breve. Galdino la esperó sosegado, seguro, y ella soltó una bofetada sobre ese rostro en que únicamente sonreían los labios. En cuanto sintió el impacto Galdino supo que el enojo había acabado, y en un acto que quería mostrar su disposición plena a la vez a la penitencia y la concordia, alzó los brazos y el rostro para suplicar clemencia a las fuerzas todopoderosas del cielorraso salitroso.

Sólo un momento, un instante que compendia la suma de diferencias y abyecciones de una y otra parte. Galdino con los brazos en alto, María con la mano todavía quemante a medio camino entre el rostro de Galdino y su

Gerardo de la Torre
propio rostro. Galdino al fin dejó caer los brazos mientras
María se miraba la mano.

—¿Esto es el amor, María? —inquirió Galdino. Y María se preguntaba exactamente lo mismo.

Vino después la reconciliación. Los besos con la lenguas trabadas como habrían de trabarse más tarde los cuerpos. Los pequeños pechos pasados y repasados con la lengua, los húmedos mordiscos en los pezones, al final los actos acrobáticos del goce carnal. Satisfechos, descansaron desnudos sobre la sábanas, ella con la cabeza apoyada en el pecho de Galdino. El Innombrado, entonces, comenzó a gemir, derivaron sus quejidos en llanto.

Galdino saltó de la cama y fue a asomarse a la cuna. María se demoró envolviéndose en una bata de franela. Movi6 Galdino el cuerpecito tratando de aportarle consuelo, pero el Innombrado no dejaba de llorar.

—Le toca comer —dictaminó sabia María y se fue a preparar el biber6n.

La mano de Galdino se desliz6 hacia la garganta del ni6o. Comenz6 a apretar, apretaba, apretaba. El llanto del Innombrado se convirti6 en un gimoteo sordo, un estertor. El Innombrado clav6 los ojos aterrorizados en los ojos de Galdino. ¿A qu6 pueden temerle los ni6os de seis meses? En esos ojos había miedo, angustia, confusi6n. ¿Qu6 sentirá una cucaracha cuando la aplastan, qu6 un borrego cuando el cuchillo lo degüella? No lo mires de frente, no lo mires a los ojos. Galdino afloj6 la mano y el Innombrado (su cuerpo, su mera carne) llen6 los pulmones y desat6 de nuevo al llanto. Galdino tom6 la criatura entre los brazos y comenz6 a pasearla por la habitaci6n.

María, con el biberón en la mano, se detuvo en el vano de la puerta. Galdino, al verla, dijo con dulzura:

—Por más que hago, sigue llorando.

Y le entregó el niño a María, quien enseguida lo hizo callar con el chupete.

—¿Te gustaría ser su papá, Gal?

—Me gustan los niños. Sí, me gustan.

Tu lucha, ¿lo recuerdas?, es por un mundo en que no existan el dolor, la miseria o la muerte para ninguno de los niños.

Pero aquella mañana de 10 de mayo, ya vieja en el recuerdo, Jesús se levantó a eso de mediodía para remojarse la boca en el baño. En las bolsas del saco llevaba la anforita de brandy y el vaso plegable que le había regalado el mensajero.

En el espejo del cubículo se examinó la cara. Hoy no estaba mal, se defendía. La cara pálida y ojerosa, pero los ojos limpios gracias al baño de colirio. Bonitos ojos: castaños, con un fondo de estrías de un verde aceitunado si se los veía con luz de frente. Pestañas que ya las quisieran muchas de sus compañeras. De atreverse a rizarlas se verían perfectas, pero era incapaz, su vanidad iniciaba el repliegue donde empezaba el afeminamiento. De vez en tanto, es cierto, empujaba las pestañas hacia arriba para que perdieran un poco de tiesura, de esa terquedad que las apuntaba hacia abajo y las hacía parecer fusiles disparando al infierno, y nada más. No se había afeitado bien esa mañana y en el mentón aparecían algunas cerdas duras y brillantes. Jesús pasó los dedos una y otra vez sobre ellas, como queriendo devolverlas a los poros originarios. ¡Al diablo! Lo había llevado allí la sed, sed de otra especie: alcohólica y no

Gerardo de la Torre narcisista. Sacó la anforita, vertió un poco de brandy en el vaso desplegado y completó con agua un buen medio vaso. Bebió un pequeño sorbo y después, de un tirón, el resto de la mezcla. Quedó frente al espejo pasándose la lengua por los labios y con muchas ganas de tomarse otro trago.

—¿La hora de la medicina?

Desde el fondo del espejo lo miraba Ordóñez sonriente, comprensivo, afectuoso y satisfecho de no ser ese borracho que necesitaba tragos en horas de oficina: un alcohólico al borde de la ruina. ¿Cómo no oyó a Ordóñez abriendo la puerta? Ahora tenía que sonreír y no darle mayor importancia al hecho.

—Parece que ayer se me pasaron las cucharadas.

—Qué raro que siempre —dijo Ordóñez, sonriente siempre, y salió. ¿Había entrado nada más a vigilarlo? Jesús no lo creía. Ordóñez era un tipo fatuo, egocéntrico, con impecable apariencia de figurín, pero no un soplón. ¿Entonces? Era posible que Ordóñez tuviese buen rato en aquella habitación, ocupado en alguna solemne tarea, pero de ser así Jesús hubiese oído correr el agua en el excusado, a menos que Ordóñez fuera de esos que a pantalón puesto se sientan en la tapa del excusado a leer las noticias deportivas. Jesús retornó a la hipótesis del espía y al final la desechó para quedarse con la del lector. Se miró por penúltima vez en el espejo. Ojos brillantes y labios húmedos. Se sentía mejor. La inesperada aparición de Ordóñez lo disuadió de beberse un segundo trago, aunque de cualquier modo se hubiese obligado a no beberlo: aún le resultaba sencillo controlarse: vicio controlado, alcoholismo limitado. Guardó la botella, enjuagó el vaso y ya

plegado lo guardó con la botella. Se miró por última vez en el espejo. Si tuviera la nariz un poquito más quebrada se parecería a Rocky Marciano.

En su escritorio, Jesús volvió a los atosigantes cables de cada día. Traducciones al minuto para que usted pueda enterarse mañana de las tragedias que el mundo ha vivido hoy. Y además la traducción de largos y farragosos artículos científicos, educativos, técnicos, que Jesús enviaba pródigos en tachaduras y borrones a las eficientes secretarias de manos manicuradas y sonrisas de papel aplastadas contra sus caritas tristes. Eran las doce y pico. La luz solar entraba por las ventanas y bañaba los escritorios y las niqueladas máquinas de escribir y los pisos encerados y resbalosos. Cien, quinientas veces había deseado Jesús que la señora Guerrero o cualquiera de los jefes resbalara en aquellos pisos. El sisear de las suelas contra la cera, un chillido terrorífico y las carcajadas incontenibles de los sometidos. Gracioso espectáculo: uno de esos jefes gordos y campanudos resbalando de culo por el piso de la oficina mientras los empleados se retuercen de risa. Después hay que levantar al jefe, limpiarle el traje, ¿no se lastimó, no se hizo daño?

Jesús cerró los ojos un momento. Plop plop plop, tecleaban las máquinas, y en alguna parte se levantaba un rumor de voces misteriosas. Jesús intentó **descifrar las palabras**: fracaso. Hizo un esfuerzo para identificar las voces: nuevo fracaso. ¿Eran acaso la señorita Antúnez y el contralor Jiménez? ¿La pequeña y modosa Luisa Verástegui y el mensajero? ¿Dos mujeres? ¿Dos hombres? Daba lo mismo, pero le gustaba jugar ese jueguito idiota. Abrió los ojos no para buscar a la pareja cuchicheante sino para observar el

Gerardo de la Torre reloj. Cuarto para la una y un largo viaje hacia las tres de la tarde. A las tres en punto había que abandonar el edificio, correr a la cantina a saludar al cantinero y acomodarse en la barra. Una cerveza muy fría, helada. La cerveza, un par de tacos de chicharrón y el vaso con caldo de mariscos. Primero dos cervezas y después suficientes rones con agua mineral. Catorce para la una. Mejor dejaba de soñar en esa realidad cercana y por el momento fuera de su alcance.

Tomó de la resma de papeles un artículo técnico y comenzó a teclear: en el planeamiento y en las fases de acción de un programa de extensión rural existen cinco elementos principales: el primero, el segundo y así hasta el quinto, y si esto no fuera una monserga podríamos añadir un sexto y...

No se podía. El calor. Y aquella sed maldita sed que de nuevo lo agobiaba. Pero iba a contenerse, esperaría que dieran las tres: no era ningún alcohólico. Podía, podía, podía. Podría. El bulto de vaso y anforita en el saco le incomodaba. Tomó los dos objetos para esconderlos en el escritorio, bajo papeles y revistas en desorden.

Ganas de nada. Anular el tiempo. Anularse a sí mismo. Quién fuera como la señorita Verástegui, que tecleaba aprisita sin volverse a mirar el reloj, sin parpadeos, sin gestos. La mujer sin párpados. Luisa Verástegui, el tipo de aristócrata que se hundió en el pantano con todo y abolen-go y árbol genealógico. Porque ella en colegio particular y amistades de lo mejor y lástima que a su padre lo hubieran desheredado. ¿Su abuelo? El viejo, uy, tenía tierras como para rellenar un océano. No lo dice, pero podrías apostar a que lo piensa. Claro que la piel blanca, los ojos claros y

ciertos modos elegantes que le daban aire, pero mejores pieles habían resbalado bajo el cuerpo de Jesús. En realidad la Verástegui nada tenía de apetitosa, a no ser que se considerase apetecible la carne mórbida y blanca, tallito de aguas profundas. O bien esos ojos grises que no se atrevían al guiño. Quizá la Verástegui no parpadeaba porque eso es de gente baja. En los colegios particulares muy bien podrían enseñar a tener siempre los párpados levantados, los ojos al acecho, el meñique extendido mientras levantas el vaso, la taza o la copa. Jesús se imaginó empuñando la botella de cerveza con el meñique extendido. Seguro que hoy iba a enseñarle al cantinero esa gracia. ¡Ah!, el maldito calor apretaba y las cervezas yacían acurrucadas entre bloque de hielo.

Jesús de la Cruz abrió el ojo izquierdo y lo cerró. Abrió el ojo derecho y también lo cerró. Abrió los dos ojos y se agitó en el sillón. La luz de los fanales de la calle le llegaba débil a través de las cortinas. En el tocadiscos la aguja pasaba y repasaba los surcos finales de una grabación de jazz y producía un chirrido áspero. Pero no lo había despertado el chirrido, como no lo despertó la luz ni la resequedad de la boca. El timbre sonó nuevamente. Tres timbrazos cortos. Tres timbrazos cortos. ¿Quién se anunciaba con esa clave? Quien fuera, se podía ir al diablo. Tres timbrazos cortos. Los petroleros. Jesús de la Cruz se levantó, fue a la ventana, la abrió y descubrió allá abajo a Efrén y Galdino. Quiso silbarles pero el silbido se le enredó en el bulto de estopa que le llenaba la cavidad bucal.

—¡Efrén! —gritó entonces— ¡Efrén!

Jesús de la Cruz les arrojó las llaves y fue al baño a refrescarse el rostro. Se apoyó en el lavabo, los brazos temblorosos, las venas resaltadas en las manos. Miraba directamente el agujero del lavabo, a lo hondo, a la oscuridad impenetrable, como si allí buscara la conciencia extraviada en la borrachera. No la halló y levantó la cara. Se miró en el espejo, que le devolvió su figura enmarcada en azogue carcomido: como todos los días. Oyó los toquidos en la puerta, gritó que abrieran, para eso eran las llaves, y comenzó a frotarse la cara con agua helada.

—¿Qué tal la siesta? —preguntó Efrén. Galdino había apartado el brazo del tocadiscos y guardaba el disco en su funda. Jesús salió del baño con una toalla en torno al cuello.

—Sí, me quedé dormido —dijo. Pensando en un cuento que quiero escribir.

—Pues yo voy a darte el argumento. Había una vez unos muchachos petroleros que formaban su comité de lucha clandestino y al día siguiente los mandaban llamar para regañarlos.

—¿De veras formaron el comité de lucha?

—Y para nada. Tuvimos que disolverlo en menos de 24 horas.

—Vamos a la cervecería y allá platicamos. Me muero de sed.

A eso de las ocho entraron a una cervecería en la avenida Chapultepec. Pidieron tarros de clara, se enzarzaron en la conversación.

Nada relataron que en lo esencial no conocieras, aunque fuesen distintos lo hechos, diferentes los tiempos,

otros los protagonistas. El día anterior, en un local del Politécnico un grupo había elegido una directiva integrada por cuatro trabajadores jóvenes y fogosos: el comité de lucha petrolero, con carácter clandestino. Y a la mañana siguiente, en cuanto sonó el silbatazo de las siete, el secretario general de la sección se echó a reunir a los cuatro dirigentes y los condujo a la oficina del gerente administrativo de Petróleos. Nada que te asombrara: ni los regaños, ni las recriminaciones, ni los consejos vertidos por la sabia boca del subgerente.

—Ni honores de gerente les concedieron.

—Y no hubo más remedio de disolver el comité, que de clandestino ya no tenía nada. Son chingaderas —dijo Galdino, que había sido uno de los convocados.

Aconsejaste más tarde, cuando ya habías vaciado cuatro tarros, que formaran una comisión secreta encargada de analizar los hechos, lanzar consignas y redactar hojas volantes. Propusiste, con tino, que aquellos dos y Arturo integraran la comisión.

A las doce de la noche, una vez que cerraron las es-pitas, emprendieron el camino de vuelta al departamento. Tus amigos se despidieron en la puerta del edificio y subiste peldaño a peldaño, con una sensación de hastío, de cansancio, de opacidad, que allá arriba, en el claustro materno, en la penumbra tibia de la sala, comenzó a desaparecer con el primer trago de ron.

Marco Lérido, en esos tiempos de revolución y escándalo, de alborotos callejeros y declaraciones trepidantes, más que nunca se esforzaba en hallar la frase doblemente salvadora, la que por una parte lo rescataría de la miseria y el anonimato, y por otra constituiría su aporte a la salvación de la patria. Hundido en su sillón de asistente, apoyados los codos sobre el escritorio donde en promiscuidad yacían oficios, memoranda y estados financieros, Marco Lérido examinaba los diarios en busca de discursos, aun los de funcionarios menores, en busca de materia para crear su frase, la salvadora, la perfecta. Pensabas y repensabas, decías, y en el proceso la batería se te cargaba y surgía de improviso el chispazo, la llama. ¿Cómo escribías, Marco Lérido, aquellas cartas estremecedoras que amanecían, sobre y papel perfumados, en el escritorio de la señora Guerrero? Inspiración, la luz intensa que se apoderaba de tu cabeza y la hacía brillar como una lámpara. Escribías entonces de corrido la fluyente prosa que el redactor Jesús de la Cruz aprobaba después de una lectura cuidadosa. Está muy bien, Marco, tu carta no necesita correcciones.

Ana Rosa:

Me habría gustado decirte mi relato cara a cara, para que vieras mis ojos y escucharas la sinceridad de mi voz. Pero no puedo esperar hasta el momento en que me reconozcas. Así pues, decidí escribirlo. En encontrar una respuesta se me ha ido el tiempo, pero ahora que sé quién soy veo el tiempo correr más

deprisa que nunca. La primavera vuela y pronto vendrá el verano y sucederán cosas que unos cuantos saben y muy pocos aceptan, entre estos algunos de ustedes, mortales.

He sido torpe, es cierto, y había dejado las cosas al tiempo para que sucedieran por sí solas, pero he recibido el mensaje y ahora veo que en mis manos están los dones con que un día fui creado. Dones que me han sorprendido y para ti han de resultar increíbles, quizá.

Ya te he dicho que soy a manera de heraldo que anuncia la Próxima Venida de Jesús, que un día cercano ha de aparecer en el cielo con todos los Ángeles. Será tremendo y la gente deberá estar preparada o al menos enterada de tal acontecimiento. Mi misión es, pues, enderezar los caminos, cubrir los baches y anunciar la cercana visita del Rey, tal como sucedía en los tiempos antiguos, pues cuando un Rey salía a visitar sus provincias, enviaba a sus siervos a anunciárselo a la gente y a tapar brechas y baches.

Otra cosa es que he de cantar al amor, el amor verdadero que muchos saben mora en mí y por el cual me buscan. Y no sólo eso, sino que el mismo diablo lo codicia. Estas cosas y otras más las sé porque, aunque no lo creas, por el camino de la sabiduría he sido encaminado.

También una mujer fue creada con otro tanto de dones maravillosos. Tiene una capacidad de dar amor como lo harían 220 mujeres, pero todo esto en una mujer, una sola. A ella se le llama la Hija de Príncipes, porque es Princesa Hermosa en verdad, interiormente. La llaman afortunada o bienaventurada todas las mujeres, reinas y doncellas, y la miran con envidia. Ella es la única con la que puedo ser feliz y fuerte. Tiene en su paladar sabores de frutas nuevas y añejas.

Ella y yo hemos de estremecer el mundo e instruirlo. Somos codiciados por el mundo y por el mismo diablo, así que ten mucho cuidado, porque esa mujer, la princesa, la que posee todos los dones que no tiene precio, eres tú. Sí, no te sorprendas ni escandalices, procura callarlo. Si has de preguntar, hazlo conmigo.

Mi alma se retuerce y gime por ti. Y tu alma, que aún duerme, lo sabe. Dime pues si he de seguir llorando en mi vagabundeo, si se ha de ajar mi corazón aún más. Dame una señal para conocer tu respuesta. Lee esta carta a solas, en la noche y a puerta cerrada.

Tuyo y tuyo nada más.

El Enviado.

Marco Lépidio guardó la carta con otras que conservaba en el escritorio. Se mordió las uñas. Enviado o no enviado, ahora tenía que hallar la frase. Si antes había fracasado en la misión, por cuanto que ella no lo reconoció y echó a perder su vida de Anunciador o Herald, ahora tenía otra crucial tarea por delante. Su puesto de burócrata sencillo no le permitía hacer el bien en grande, pero si venía de nuevo el rayo, si recuperaba los antiguos dones, escribiría la frase que lo llevaría a lo alto, a la tribuna desde la cual sus palabras serían escuchadas, sus órdenes acatadas, su sabiduría reconocida. Viejo cabeza dura Marco Lépidio, concéntrate, escribe esa frase.

Señor cantinero, mire mi meñique de diez de mayo. Todos los diez de mayo este meñique se levanta, se pone muy vivo y cada vez que empuña un vaso o una botella se deja ver así, erecto, gracioso, lleno de vanidad el desvergonzado porque aprendió a mantenerse erguido hoy diez de mayo. El cantinero lo miraría sonriente: ah qué señor De la Cruz tan bromista. Y le prometo, señor cantinero, que para el próximo diez de mayo este meñique de la mano derecha aprenderá a hablar. Entraremos juntos a la cantina y el meñique le dirá buenas tardes, qué calor, sírvame un ron con agua mineral. Y usted, señor cantinero, va a servírselo y el meñique se meterá al vaso para agitar la mezcla, así.

Jesús se dio cuenta de que el meñique giraba en el aire cuando una sombra se interpuso entre la ventana y su escritorio de traductor.

—¿Mucho trabajo? —sonó la voz metálica.

Jesús alzó la cara y encontró el rostro burilado por un artista de la señora Guerrero.

—Felicidades —dijo.

En el rostro de la mujer no se movió ni una pestaña.

—¿Hoy vino de talante burlón?

—Hablo completamente en serio. ¿Cuál es la equivalencia exacta de *scruffy*?

—Para eso tiene los diccionarios, la enciclopedia.

Jesús acercó los dos volúmenes del diccionario a la jefa.

—¿Quiere hacerme el favor de encontrarme esa palabra?

La señora Guerrero se dio vuelta y se alejó taconeando sobre el piso reluciente. Hermosas pantorrillas desa-

Gerardo de la Torre provechadas. ¡Carajo! Si esa mujer le permitiera maniobrar diez minutos, cinco, la arrancaría de su sarcófago de hielo para hacerla arder hasta la consunción. Por lo pronto, esa noche, tendría que conformarse con la manoseada foto de Claudia Cardinale.

Al fin, siete minutos para las tres. Jesús guardó los dos volúmenes del Cuyás y echó llave a su escritorio. Certo que no guardaba más que el lexicón, resmas de cuartillas impolutas, varios lápices, revistas sin valor y algunas monedas de baja denominación, pero cerraba para dificultarle el trabajo a quien quisiera hallar una botella escondida bajo las cuartillas. Dos minutos antes de las tres, la señora Guerrero salió de su despacho: reloj en mano observó, a las tres en punto, el veloz movimiento de los empleados hacia la calle.

Trabajaban en el segundo piso y a la hora de salida los compañeros se arracimaban frente a los elevadores, que ya venían cargados con gente de los pisos más altos. La horda se desbocaba cuando se abrían las puertas y a los de dentro no les quedaba más que comprimirse, apretar el esqueleto contra las paredes del artefacto, hundirse en los cuerpos blandos y calientes de los vecinos.

Jesús despreciaba el elevador y prefería bajar a saltos las escaleras. Así llegaba más rápido, cumplía con su programa cotidiano de ejercicio y evitaba el obscuro contacto de las tres de la tarde. Todos los días, a las tres con diez minutos en punto, el cantinero de su cantina favorita servía un plato con dos tacos, un vasito con caldo de camarón y una cerveza muy fría. Y a las tres con diez minutos en punto, Jesús se precipitaba sobre la cerveza y bebía no solamente permitiendo que el líquido abandonara la bote-

lla sino succionándolo. Al fin depositó la botella vacía sobre la barra de cedro barnizado.

—¿Qué tal, Juanito? —dijo Jesús.

Juan Igor Arriaga, manipulando bajo la barra vasos y trozos de hielo, sin alzar la vista, calmo, dijo:

—Pues aquí como todos los días, don Jesús, esperando a la clientela. Y a usted, ¿cómo le va?

Jesús hizo un gesto agrio, se chupó los labios, bebió un poco de caldo, se chupó los labios por segunda vez.

—Mientras estoy aquí, perfecto.

Hubo una sonrisa cómplice en Juanito. Después Jesús pidió la segunda cerveza. Juanito le dio la botella y se alejó para atender a un parroquiano igualmente sediento.

Era la cantina un lugar fresco y agradable. En ninguna parte se sentía tan a gusto. Afuera pegaba duro el sol y la gente, esquiva la mirada, corría y se atropellaba. ¿Adónde iba tanta gente? ¿Por qué tanta prisa?

—¿Qué hace la gente en las calles, Juanito? ¿Adónde diablos van todos esos idiotas que corren de un lado para otro?

Juanito se esmeraba en la confección de un blodimeri.

—Al trabajo. No sé.

No, no tenían cara de gente que acude a un trabajo específico. Los obreros y los empleados que a esta hora abandonaban oficinas y fábricas caminaban como aletargados, hoscos siempre, aburridos, amargos. La gente que llenaba las calles era de otra catadura. No la que viajaba en automóvil sino los pobres diablos de rostro preocupado que zigzagueaban en la aceras y bajaban al asfalto para adelantarse a sus rivales. ¿Qué carajos hacían? ¿Adónde iban? Impenetrables misterios de las grandes urbes.

—Será porque hoy es día de las madres. Corren con las flores y los regalos para llegar a tiempo al mole —dijo Juanito.

Jesús permaneció silencioso unos minutos, fumando, arrojando el humo, aspirando de nuevo.

—Hoy puede que sea por eso —dijo con los labios acercándose a la botella—, pero todos los días es la misma premura.

Eran tal vez cobradores, mandaderos, desempleados que buscaban una oportunidad, agentes de ventas, abogaditos que aún no daban con la llave que les abriese las puertas de la política, seres humanos carcomidos y derrotados por el tiempo, angustiados, veloces. Jesús detuvo apenas el impulso de salir a la calle, detener a uno de aquellos apresurados transeúntes y gritarle en la cara: “¿Adónde vas? ¿Por qué tanta prisa? ¿No lo entienden? Corren, se acaban, mueren y ¿qué pasa con su vida? Deténganse a respirar un momento, beban una cerveza, sujétense de la botella como si fuera la última que ha de atravesarse en su camino”.

Jesús miró a su doble, un Jesús azulenco reflejado por el espejo más allá de las botellas alineadas. ¿Y tú, adónde vas?

¿Adónde te dirigías, Jesús?, te preguntabas aquella mañana, años después, mientras en camisa tomabas el sol en una banca del Paseo de la Reforma. ¿Qué día era el elegido para iniciar la recapitulación? ¿Qué número circulado en el calendario? ¿Qué recordatorio monstruoso? Ese 10 de mayo. Ese 10 de mayo del doble azulenco en el espejo, ese día que, quieras que no, te trajo las imágenes entrañables de la madre, de la esposa; ese día de recuerdos terribles que precipitaron el despido en la agencia. ¿Adónde ibas, Jesús?

Quizás en esa mañana de recapitulaciones te dijeras que entonces marchabas en busca de la salvación, y ahora la salvación había llegado o cuando menos se abría paso, taldraba, combatía, intentaba quebrar.

Porque ese 10 de mayo tal vez solamente el ambiente seductor de la cantina impidió que salieras a la calle, detuvieras al primer viandante y, luego de abofetearlo, le invitaras una cerveza. Después de beberla saldrían los dos a la calle y allí abofetearían a un par de peatones que en seguida invitarían a beber. Repetirían la operación dos, cuatro, ocho, dieciséis veces.

Jesús miró a su doble, y en la frente del reflejo, como en una máquina calculadora, comenzaron a aparecer los números: 32, 64, 128, 8192, 262144, 33554432, 2147483648.

La humanidad entera borracha después de treinta tandas de bofetadas. Treinta cervezas y todos en el mundo borrachos o en principio de borrachera, tumbados en el piso, confundidos los miembros de unos con los de otros, y entonces a todo podía llevárselo el demonio: guerras, preocupaciones, úlceras, infartos, aristocracia, metalurgia, conceptos.

Borrachera. No habría nada más. Posiblemente ni cervezas. Jesús le dio la vuelta en sus manos a la botella vacía.

—Un ron, Juanito. Un ron con agua mineral.

Eran casi las cuatro de la tarde. Se le había ido buen rato en el ejercicio de duplicación. Que pensarán los demás lo quisieran de su persona: borracho, inútil, desahuciado. Se sentía bien, perfectamente bien. No cualquiera puede tomar el número dos y duplicarlo treinta veces en la mente. Nada sencillo. Se requiere una mente entrenada y fuerte,

Gerardo de la Torre calculadora y retentiva. Se hallaba mejor de lo que creían, a pesar de alcohol y el insomnio, de la nutrición deficiente. Además era una idea brillante. Treinta esfuerzos pequeños y sencillos y liquidarían para siempre el mal.

Después del primer ron Jesús se sintió en forma, exuberante: podría comenzar una duplicación a partir del número tres. Extinguida la pesadez del cuerpo, ausente la sed, a Jesús le entraron unas ganas inmensas de vivir.

—Uno igual, Juanito, por favor, idéntico.

Juanito le acercó el vaso con ron y hielo, la botella con agua mineral. Jesús preparó la mezcla.

—¿Otro caldo?

Jesús asintió. Frente a él tenía la imagen cordial del amigo con quien hablaba sin emitir sonidos, sin siquiera mover los labios. Comunicación estrictamente telepática con aquel Jesús de color azul suave que lo miraba desde detrás de un mostrador azulenco con un azuloso vaso de ron en la mano. Era buena persona Jesús azul: se entendían de maravilla.

¿Te encuentras bien?

Muy bien.

¿Tienes algún problema?

Uno: la humanidad.

Gentuza, gentuza. No nos dejan vivir tranquilos.

Por ejemplo, los tipos que van en sus coches y tocan el claxon y maldicen y no les importa nada más que el camino libre.

Y los tipos que ocupan media hora el teléfono público.

Y los que llegan tarde al cine y te pisan y se ríen cuando el payaso se cae del caballo y se rompe la columna vertebral.

Y los que le pegan al débil y cuando llega la policía muestran la credencial y se largan tan tranquilos.

Y la policía.

Y los tipos que jalonean a las putas indefensas.

Y las putas que se dejan jalonear si les pagan bien.

Y los padrotes que permiten que jaloneen a sus putas.

Y nosotros los callados, mirando desde nuestro rincón.

Que nos dejen eso. Que nos dejen nuestro rincón.

Las estadísticas no le dejan nada a nadie. Estamos perdidos.

En efecto, estamos perdidos.

Jesús encendió un cigarro y se dio vuelta. La cantina estaba llena. Grupos de amigos. Gente que conocía de tantas veces que la había visto allí contándose los mismos chistes y refregándose los mismos rencores. Un hombre solo en el extremo de la barra. Un hombre tan sin amigos como Jesús y quizá con la misma necesidad de obtenerlos en ese instante para después temerlos o despreciarlos. Miedo de aventurar la palabra que podía acercarlos. Y acercarlos para qué. Mejor dejar las cosas como estaban. Jesús en su sitio y el desconocido en el suyo, dueños de su intimidad, arcángeles prestos a descargar la espada flamígera sobre el intruso. Sin embargo, Jesús se preguntaba si tendría valor para invitar un trago al otro y comenzar un intercambio de ideas, recuerdos, anécdotas, obsesiones. ¿Y si aceptaba el trago? ¿Y si lo aceptaba simplemente como un acto de humildad? Puedes ser humillante, Jesús. No confíes en los demás, Jesús. No les dejes ver, jamás, un pedacito de los que eres. Tienes siempre presente una escena de la pe-

lícula *Perro mundo*. Las pequeñas tortugas, extraviadas, sin sentido de la orientación, se adentraban cada vez más en el desierto, alejándose del mar, y ellos, tus prójimos, muertos de risa ante el boqueo desesperado, las patitas empujando trabajosamente, la muerte lenta y sin remedio. No digas nada, Jesús, piensa en las carcajadas que despertará el borracho que narra sus aflicciones.

Jesús y el otro solitario. Dos rostros apagados en la cantina mientras los amigos ponían fichas de dominó, celebran chistes. Al día siguiente los otros tendrían que soportar siete, ocho, diez horas de trabajo rutinario; después los cuatro tragos, el dominó y a casita. Besos a la mujer, cariños a los hijos, dos horas de televisión antes de acostarse y como en aquella película que vimos en el cine Prado, ¿te acuerdas, vieja?

El otro solitario de la barra había desaparecido y con él la oportunidad de invitar una cerveza, un buen ron. Aun los solitarios se confabulaban para desprepararlo. Aparecían unos momentos frente a él, pálidos, anhelantes, y cuando al fin decidía invitarles el trago, entablar conversación, ya no estaban allí, gatos sonrientes, sonrisas gatunas de Alicia en el país.

—¿Qué ron me dio, Juanito?

—El de siempre. ¿Por qué?

—Por nada. Curiosidad malsana.

Mañana de llamadas. La primera de Marco Lévido. Ahora sí, tenía la frase. Muy bien, Marco, dime esa frase, me estoy muriendo de ansiedad. Marco explicó primero el proceso creativo. Los ociosos y pensativos trazos con crayones de

colores en cualquier hoja de papel. La consulta en el archivo de frases pronunciadas y una y otra vez mezcladas y reelaboradas. Y de golpe la cabeza irradiaba una luz blanquísima cuando acudía la primera palabra. Hoguera. Hoguera es una bonita palabra, Marco, pero eso no puede ser todo. Hoguera indestructible de la que nace el fuego prístino... ¿Te gusta la palabra prístino, Jesús? Sí, sí, me parece una bonita palabra, pero no veo la frase completa. Que ilumina todos los rincones del suelo patrio, es la revolución. No es una mala frase, Marco, pero... Aquí una pausa. Cómo decírselo a Marco Lépido. En el otro lado de la línea silencio. Adivinaba la boca abierta de Marco, la ansiedad que lo mataba y la esperanza que lo hacía renacer. Pero creo que la he oído en muchos discursos. ¿En qué discurso, dime en qué discurso? No puedo decirlo con exactitud, Marco, pero estoy seguro de que la he oído. Me gustaría que me dijeras dónde. Voy a tratar de recordarlo, llámame un día de estos. Clic.

La segunda llamada, de Efrén. Una reunión muy importante con los muchachos del Politécnico en la escuela de Economía. ¿Y para que la reunión, Efrén? Iban varios petroleros, un grupo selecto, nada de soplones, gente escogida. Hablaremos con dirigentes y maestros para ver qué podemos hacer los petroleros, cómo ayudamos al movimiento. ¿Y para qué tengo que ir yo? Titubeos. Pensé. Creí. Imaginé. Carajo, pensé que te gustaría ir. ¿A qué hora es? A las siete. ¿Te parece bien que nos veamos a las cinco en la cantina? Un silencio brevísimo. De acuerdo. Clic.

De manera que me tienen en lista de los entusiastas. Me consideran uno que vale, uno que todavía puede dar de sí. De manera, Jesús, que no estás perdido, no se te ha acaba-

Gerardo de la Torre do la cuerda, sueñas, te agitas, top tup top tup top tup te late el corazón, chirrín chirrín te rezumba la cuerda si giras los brazos hacia delante hacia atrás. Toma tu portafolios, Jesús, y vete a la calle a cumplir con la diaria cuota de ventas, pues de algo tienes que vivir. Y más tarde hay mucho que hacer.

Un mundo por ganar.

Antes de las cinco estaba en la cantina frente a un vaso de ron con agua, enzarzado de nuevo en las recapitulaciones. Viejo militante perdido transitoriamente para la militancia y recuperado luego de sufrir despidos, atravesar océanos de alcohol, enfrentarse a la muerte de los seres queridos, empantanarse en imágenes y nombres sin sentido. No se hacía muchas ilusiones acerca de la nueva militancia, pero se daba cuenta de que a pesar de todo no estaba aniquilado. Maravillosos procesos de la vida, encadenamientos inesperados, deslaves, acumulaciones. Las cosas comienzan a rodar, pero no es que comiencen a rodar sino que en cualquier momento uno se da cuenta de que ruedan y se suelta a rodar con ellas. Dejémonos rodar, Jesús mío. Estás, de nuevo, siendo mi persona favorita.

Y solazándose con la figura de la persona favorita lo encontró un trío de petroleros: Efrén, Rendón, Alonso. Efrén le presentó a los compañeros, probados, aguerridos. Y nos vamos a las seis y media en punto, Jesús, en la car-cacha de Rendón. Y a las seis y media partieron hacia el Casco de Santo Tomás. Jesús malencarado, molesto por la negativa de los compañeros a beberse la última. Entiéndelo, Jesús, nos citaron a las siete, hay que demostrar que sabemos ser puntuales. Me cago en la puntualidad, me cago en la puntualidad, me cago cinco veces en la puntualidad.

Las palabras le bailaban en la punta de la lengua mientras doblaban en San Cosme para tomar Instituto Técnico. Le había tocado en el asiento trasero con Alonso, hombre de pocas palabras, de muchas risas y violentas exclamaciones. A Jesús le hubiera gustado tomarse una más y ahora viajaba enfurruñado, no quería charla, así que ni él la emprendía ni el otro se la daba. Rendón, en buen punto de copas, manejaba con velocidad, pero con destreza. Efrén se empeñaba en moderarlo, no seas loco, tenemos tiempo. Sí, la puntualidad. Jesús hubiese preferido la copa aquella que no pidieron aunque después viajaran como endemoniados para hacer el trayecto en diez minutos. Mas no iba a quedarse así: en cuanto despacharan la reunión les invitaba un trago en la taberna más cercana.

Con ojos muy atentos a semáforos y autos, Rendón narraba una anécdota de trabajo. El ayudante había hecho la lista de materiales y se la dio a leer, no fuera a faltar algo. Varillas de soldadura, tubería de pulgada y media y al final alambre de “maya”. Rendón, en la anécdota, pendejeó al ayudante, no era maya así, como los indígenas de Yucatán, sino con doble ele, y le ordenó hacer otra vez la lista. El ayudante, manso, obedeció y en la segunda versión todo estaba en orden, pero al final venía una nota: lo que me falta de ortografía me sobra de reata. Todavía no se les acababa la risa cuando llegaron a su destino y Rendón estacionó el chevroleto viejo y echaron a andar hacia la escuela de Economía. En el pasillo principal hallaron a una docena de petroleros, entre ellos Anzúres, viejo conocido de Jesús, veterano de las batallas de los años cuarenta, de los días de combates de 58 y 59, del tiempo de la última derrota.

—¡Hombre, Jesús! ¡Qué milagrote!

—Pues ya ves. Aquí, invitado por Efrén.

—No cabe duda, los años no pasan en balde. Te ves acabado, ya no eres aquel muchacho.

—Pues tú te ves bien, Eduardo.

—Después de los cincuenta los años no se notan. Ya cumplí cincuenta y cuatro, me falta uno para jubilarme.

—Dichoso tú.

Uno de los petroleros se acercó a Efrén para informarle que por allí andaba Abundio Rosales.

—¿Cómo que Abundio? ¿Qué anda haciendo aquí ese güey?

—Pues el muy cabrón seguramente vino a espiar.

—¿Qué hacemos?

—Desorejarlo. Soplón hijo de puta.

—Hay que avisarle a los muchachos y que le manden una brigada.

Efrén fue a dar aviso y los demás se ocultaron en uno de los salones, donde una muchacha vestida de negro y un compañero fabricaban bombas molotov.

Ella indicaba: gasolina, aceite, estopa. Y a fabricar otra.

Jesús se detuvo frente a ellos.

—Para qué andan con esas tonterías. A la mera hora no las van a usar.

La muchacha levantó la cabeza, abrió los labios:

—Gasolina... aceite... estopa.

Memorable reunión. En una de las aulas del segundo piso se hallaban ya dos maestros de la escuela cuando entraron los petroleros, guiados por un estudiante. Sa-

ludos apenas musitados, ruidos de sillas, toses, amables rostros magisteriales. Ya acomodados todos, uno de los maestros mostró un ejemplar de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos.

—Este librito es nuestra salvaguarda. Este librito debemos conocerlo por que en él están escritos los derechos de todos los mexicanos, las garantías individuales. Es decir, en este librito se nos garantiza el derecho de reunión, el derecho de expresión, el derecho de manifestación...

Hablaba el catedrático y los petroleros escuchaban.

—Tenemos que darnos cuenta de que no cometemos acto ilegal cuando nos reunimos en el local del sindicato, cuando salimos a la calle a expresar nuestras demandas, cuando publicamos nuestras opiniones en el periódico sindical...

El profesor te explicaba qué era la Constitución Política, señalaba tus derechos, te decía que no era un crimen salir en manifestación y tú morías de ganas de tomar la copa. Ese pendejo de Efrén que te había inmiscuido, te había arrastrado a la escolita constitucional. Lección que les hubieses atizado al calor de los tragos. A mí, maestros, a mí, las calaveras me pelan los dientes.

—Porque los derechos que consagra la Constitución son irrenunciables, son sagrados...

Eduardo Anzúres levantó la mano.

—Dígame, compañero.

—Hágame el favor de prestarme ese librito, maestro, y si puede regálenos uno a cada uno, porque, si como usted dice, es tan bueno y tan sagrado, pues vamos a salir a la calle cada quién con el suyo y cuando el granadero o el sol-

Gerardo de la Torre
dado nos quieran arrear un culatazo o un golpe de macana,
le enseñamos el librito y se acabó.

Memorable reunión. El maestro reconoció que, si bien era saludable conocer derechos y obligaciones, el mero hecho de saberlos no los garantizaba. Cambió de tema. Habló indistintamente de partidos políticos, problemas sindicales y actos represivos, pero su encanto se había desvanecido. Ángel caído. Santo milagroso incapaz de hacer que llueva. Santo que te vas y te son arrancadas las piernitas, los bracitos, los pequeños corazones de metal que te condecoraban.

Jesús se fue caminando por las calles oscuras de la colonia Santa María, llenas de puestos de fritangas y futbolistas nocturnos. Solo, porque los petroleros esgrimieron el pretexto de que entraban a trabajar temprano, entró a la primera cantina y pidió un ron con agua. Mañana amanecería pidiendo ayuda al mundo. Hasta mañana.

Entre trago y trago, perros de presa; entre trago y perros, Sibelius; entre Sibelius y perros, tragos de presa. Quinta sinfonía de Sibelius in E flat mayor, memorízalo, con la filarmónica de Berlín dirigida por Herbert von Karajan. Perros de presa de Sibelius deslizándose por heladas extensiones finlandesas. Inclinado, acercaba Jesús la oreja a la bocina del aparato. Quería oír a los perros aullarle al viento, ladridos de perro entre ron y borrachera. Esos ladridos, ahora estaba seguro, ahora que en la cocina se servía un trago más, no estaban en el disco. Estaban allí cerca, en algún rincón de la cocina, bajo la cama,

ocultos entre los resortes del sofá. Se tapó los oídos y supo entonces que los perros le aullaban dentro. Perros hijos de perra que nada tenía que ver con Sibelius o Finlandia. Aurora volvió el rostro. Ahora se percibían claramente sus jadeos y llegaban distantes los ladridos. En aquel bosque húmedo de árboles nudosos, con el agua a la altura de los muslos avanzaba Aurora sosteniéndose de los matorrales, de las raíces que sobresalían en el cieno. En el agua los perros perderían la pista y poco le faltaba para alcanzar de nuevo tierra firme. Aurora, negra joven de caderas anchas, se detuvo a escuchar. Sujetos por las traíllas, los perros aullaban allá lejos, gemían rabiosos por la presa perdida. Unos pasos más, Aurora, y a salir del pantano, a correr, sentirte libre, negrita voladora. Solamente unos metros. Aurora avanzaba hundiéndose hasta la barbilla cada dos pasos y tragando lodo del color de su carne. Al fin se halló en la orilla del pantano. Al fin salió arrastrándose, acezante, y se tendió a dormir sobre la hierba húmeda. No te duermas, Aurora, levántate, corre, ya vienen los cherifes y los perros. Los perros tienen ya tu olor en la nariz, saltan alborotados, ladran alegres. Aurora, inocente, tendida a la orilla del pantano, dejaba que su cuerpo se entibiara al sol. Los alguaciles soltaron a los perros. Ya no duermas, Aurora. Las bocazas entrenadas buscaron la garganta, clavaron los colmillos, desgarraron la carne. Aurora despertó tirando manotazos, pataleaba, de su garganta ahogada en sangre brotaron gargarismos, pompas color de rosa que se elevaban más allá de las copas de los árboles. ¡Déjenla, perros, déjenla!... Déjenla... Por amor de Dios, déjenla.

Sin abandonar el trago recién servido, Jesús se dejó caer en la cama. Sus puños golpearon el colchón. Atrapados por las sábanas revueltas, sus gritos se convirtieron en gemidos. Déjenla, por favor, por favor. El llanto humedeció las sábanas y Jesús halló consuelo en esa frescura. Lágrimas que olían a ron, que sabían a ron. Eres una bestia, Jesús, una bestia, volcaste el trago en la cama. Jesús se levantó, fue al aparato de sonido y quitó el disco de Sibelius. Quiso romper aquel disco irrompible. Lo llevó a la cocina y lo expuso al calor sobre la parrilla eléctrica. Ese Sibelius no le volvería a traer perros de presa.

Me enteré que el día de ayer un grupo de petroleros iba a reunirse en la escuela de economía del Poli con los estudiantes. Esto lo supe por que Adrián Cevallos, uno de los oficinistas, se hizo amigo de Leoncio Cadena y Leoncio le dijo lo que iban a hacer. Así a eso de las siete de la noche me dejé caer por la escuela de economía. Para que no me reconocieran me puse un sombrero y unos anteojos oscuros, y tuve la precaución de dejar mi coche a varias calles del Politécnico. Como venía diciendo, me acerqué por allí entre los grupos de estudiantes. Me daban ganas de entrar a la escuela, pero siempre da miedo, uno no sabe lo que pueda pasar. Hubiera sido mejor no ir, de plano, pero el sentimiento del deber me obligó a estar allí, y esto no lo digo, conste a la superioridad, para alabarme sino solamente como información sobre el desarrollo de los hechos. No sin ciertos temores, como ya he dicho, paseaba de

Muertes de Aurora

un lado a otro por la acera de enfrente y trataba de distinguir a los agitadores que se están reuniendo con los estudiantes. Me pareció ver a Efrén Villanueva, ficha 28066, que presta sus servicios en la Contaduría, a Samuel Alonso, ficha 38214, que trabaja en el Departamento de Materiales, a Galdino Arrieta, ficha 36529, que presta sus servicios en el Taller de Tubería, a Odilón Arreguín, ficha 37022, que labora en planta Catalítica, y a otros elementos de los cuales por el momento no puedo dar más detalles, pero ya los averiguaré. Estaba yo paseando por allí cuando se me acercó un grupo de cinco estudiantes. Uno de ellos me preguntó mi nombre y di el primero que se me ocurrió, Ignacio Allende. El estudiante me dijo que no me hiciera pendejo con perdón de la superioridad, porque ellos sabían que yo era Abundio Rosales y era espía de la administración. Les dije que, efectivamente, así era, no que era yo un espía, sino que me llamaba Abundio y estaba interesado en el movimiento estudiantil y había acudido allí por curiosidad. No me creyeron y se dirigieron a mí en forma soez, usando palabras altisonantes, por lo que opté por retirarme, ya que eso era lo que deseaban.

No estoy en posibilidad de aportar mayores informes por el momento, pero quiero recomendar que se llame a Leoncio Cadena y se le interrogue para saber más sobre lo que traman ciertos trabajadores contra la Empresa. A este Leoncio Cadena podemos amenazarlo con un castigo porque comete muchos errores en el trabajo. Últimamente me he puesto a revisar sus trabajos de mecanografía y he encontrado frecuentes taches y borrones y hasta una que otra falta de ortografía. Si se asusta con la amenaza de castigo, podemos prometerle perdón si nos dice algo de lo que están planeando los agitadores.

Para no comprometer a la Administración, este servidor puede tomar la iniciativa de citar a investigación al trabajador arriba mencionado.

Persistente rin rin del teléfono. Jesús ocultó la cabeza bajo las sábanas, bajo las dos almohadas —usaba dos para evitar el retorno a su boca de una mezcla quemante de jugos gástricos y alcohol barato—, pero los timbrazos aprovechaban cualquier resquicio para entrar y lo acosaban insolentes e inevitables. Cesaron al fin los timbrazos y Jesús intentó dormirse tras echarle una mirada al reloj: unos minutos después de las ocho. Tenía que dormir una hora más, con una hora le bastaba para sentirse bien, listo para salir a la calle, buscar a posibles clientes en oficinas públicas y privadas, ofrecer caramelos —llevaba siempre repleta una bolsa del saco—, mostrar catálogos, convencer de las virtudes de Faulkner, mire usted, novelas ciertamente complicadas, pero dan una imagen fidedigna del sur de los Estados Unidos, claro, se tata de un premio Nobel, ahora que si a usted le gusta la historia, tenemos Mommsen, Nobel también, espléndido, una autoridad en historia de Roma, la época de los césares, interesante de verdad. Así que tenía que dormir una hora más. Cerró los ojos y trató de concentrarse en el sueño. Ahora tenía ruidos dentro de la cabeza, pero sabía como transformarlos en imágenes y cualquier imagen era buena. Por ejemplo la cara de un mono. La cara de mono risueño rápidamente se convertía en una mancha de colores que paulatinamente iban tomando la apariencia de una flor un paisaje una playa azotada por las olas un

helicóptero en vuelo, y el sueño iba viniendo, venciendo las imágenes, apoderándose de ellas para sumergirlas en una noche sin alternativa. Pero allí estaban de nuevo los timbrazos, maldita sea, y Jesús optó por levantarse y contestar con voz áspera. ¿Quién?

—María Rocha... ¿Te acuerdas de mí?

María Rocha, jodido nombre. Podía ser el de la casera, de una clienta, de alguna ociosa que desde que se anunciaba el amanecer se prendía del teléfono para llamar a gente ociosa sin problemas de insomnio dominados apenas en la madrugada. María Rocha, María Magdalena o María Candelaria, quienquiera, para lo que fuere, lo más seguro es que hubiese marcado mal.

—¿Con quién quiere hablar?

—Con Jesús de la Cruz... Ya no te acuerdas de mí, ¿verdad?... María, la Galleta, la novia de Galdino.

Galdino comenzó a corporizarse en la mente de Jesús. Galdino, un obrero como de veinte años, luchón, agradable, con una novia jovencita de no malas carnes. De modo que tú eres la del hijo de padre desconocido. Pero no dijo eso.

—María... Estuvimos en el Tenampa hace unas noches...

—Sí, María, ¿en qué puedo servirte?

—Tengo un problema.

Un problema, qué felicidad. Jesús tenía miles de problemas.

—Caray, yo qué más quisiera que ayudar a la novia de una amigo, pero... —se disponía a mencionar sus dificultades económicas y se dio cuenta de que sonaría vulgar, pedestre, mezquino; y hablar de su permanente tristeza re-

Gerardo de la Torre
sultaría francamente lastimero; y eso sí, por ningún motivo
mencionar el alcoholismo, la salida trágica—... pero no creo
que pueda serte de gran ayuda.

—Se trata de Galdino.

—¿Qué le pasó? —imbécil, imaginándose que la
muchacha deseaba arrancarle algo. Miserable.

—No, nada. Tengo problemas con él y me gustaría
que platicáramos.

Dispuesto siempre a la especulación, fantaseó so-
bre algunas perversiones y perversidades de Galdino. Te
embarazaste y a ver cómo te las arreglas, eso le pasa a las
mujeres por tarugas. O los golpes. O la pretensión infame
de prostituirla.

—Tú dices cuándo.

—¿Puede ser hoy mismo?

—En la noche, sí. ¿Te parece a las ocho?

—¿Dónde?

—En un café, en un bar, en un parque. Prefería un bar.

—¿No puede ser en tu casa, para hablar en confianza?

Bien, en su departamento a las ocho de la noche, lo
que suponía el trabajo de dar una desempolvada a los mue-
bles, tender la cama, levantar vasos, colillas, botellas infe-
lizmente vacías, poner decente esa cocina inmundada. Y hasta
podría hacer algo de ejercicio persiguiendo cucarachas.

Decidió darse un baño. Fue a la cocina y le dio vuelta
a la llave de gas del calentador. Luego se sentó en la sala
a fumar un cigarro y echó una mirada alrededor. Polvo y
ruina. Desganadamente comenzó a acarrear vasos y bote-
llas al fregadero. Después barrió la sala con una escoba que
era más bien el esqueleto de la escoba. Y al fin se metió a

la ducha y se afeitó y se dio una buena rociada con lociones y desodorantes que ayudaran a disimular las emanaciones del alcohol sudado. Por la noche volvería a las siete para terminar la limpieza, sin muchos tragos dentro, pensó mientras se vestía, y también pensó cambiar la ropa de cama que había bañado la noche anterior. Pero volvió con más tragos de los programados y a eso de las siete cuarenta y cinco. Apenas tuvo tiempo de cambiar las sábanas, meter al refrigerador un queso y dos cocacolas y guardar en la alacena el medio litro de ron. Le hubiera gustado meterse de nuevo a la ducha, pero qué tal si encerrado en el baño, enjabonándose las orejas, sonaba el timbre y no lo oía. Qué tal si la muchacha, tímida, oprimía el timbre una sola vez, esperaba y, en ausencia de respuesta, se iba a su casa y se pegaba un tiro. Nadie se pega un tiro por tan poca cosa. ¿Te lo pegarías tú, Jesús? Jesús, mientras se quitaba el saco, la corbata y la camisa de cuello almidonado, decidió que él no tenía espíritu, carne o vocación de suicida. Los que se suicidan no tiene oportunidad de pensarlo dos veces. Se quitó la camiseta manchada en las axilas, fue al baño, la empapó en el lavabo y con ella se aseó el torso, con especial cuidado en las axilas. Después se frotó abundante loción, la de buena marca, y se puso una camiseta deportiva, amarilla, con una pequeña tortuga bordada sobre el corazón. Las tortugas me traen buena suerte, el color amarillo me sienta, me hace ver pálido, y en las fiestas lucen hermosos y distinguidos los seres pálidos, apariciones draculonas. Se preguntó por qué esperaba buena suerte si solamente conversaría con la novia de un amigo, de un conocido, tendría que decir. De lejos llegaba el sonido contundente de una máquina de

Gerardo de la Torre clavar pilotes, enorme martinete que introducía en la tierra trozos de madera para apuntalar el futuro de un edificio.

Sonaban tuam tuam tuam tuam los golpes en su corazón, válvulas que se abrían y se cerraban, golpes de la sangre que acompañaban el choque del martinete mientras Jesús se miraba en el espejo, magnífica en el rostro la palidez que le prestaba la camiseta. Eran las ocho y la niña no llegaba, y ahora estaba perfectamente bien, definitivamente sobrio. Pero la sobriedad era un estorbo, ¿o habría que decir un factor adverso?, si quería aconsejar a la niña algo que pareciera valioso. Y Jesús decidió entonces que era necesario un trago. Uno solo. Un trago que bebería lentamente, sentado en su sillón de tragos, de frente a la ventana que daba a la calle, la sala a oscuras, apenas iluminada por el resplandor de de los faroles callejeros. Arbotantes, Jesús. Si puedes decir tres veces la palabra arbotante, puedes tomar otro trago. Dijo tres veces la palabra, sin falla, y fresco y radiante en su camiseta amarilla, fue a servirse ron con agua y cuatro cubos de hielo.

A las ocho y diez Jesús se levantó para servirse una dosis más, luego de repetir varias veces la palabra arbotante. Volvió a sala con el vaso en la mano y fue a poner un disco. Eligió primero a Mendelssohn porque el concierto para violín seguramente impresionaría a la mujercita de las piernas bellas. Mucha mujer para Galdino, pensó, y se dio cuenta de que para él, experto, viudo, sicalíptico galán, quizá sería demasiada niña. Después de quince o veinte giros del disco lo cambió por uno de Beny Moré, magia antillana que se fue tarareando hasta que pudo cantar, gangoso, cómo fue, no sé decirte cómo fue, no sé explicarme qué

pasó. Eran casi las nueve y qué importaba ya si se bebía otro trago, si al fin la niña se había quedado en casa, hubo un encuentro con Galdino, a la cama y en santa paz. Tercer trago. Lo importante no era beber sino darle fin al trago que tenía enfrente. Era un enemigo que sostenía un reto permanente, búbeme, búbeme, termina conmigo. La galleta de Alicia: cómeme, cómeme. Creces, eres un gigante. Bébeme, búbeme, búbeme. Algo semejante le ocurría cuando se sentaba en la mesa familiar frente a un plato de lo que fuera y comenzaba a pensar en algo repulsivo. No podía alejar ese pensamiento, las imágenes se le venían encima, lo atropellaban: Cordones umbilicales que se constituían, sin remedio, en lazos entre aquello que comía y aquello que le repugnaba. Sin dar explicaciones se levantaba de la mesa y en el baño se enjuagaba muchas veces la boca. Un cuarto trago a las nueve y media, sin que para entonces le importara que alguien viniera esa noche a tocar a su puerta. Más tarde, pero no mucho más tarde, un quinto trago arrancado a la botella con dolor, botella que te acabas. Le quedaban dos posibilidades: echarse a buscar cuanto antes otra botella y dejar ese trago abandonado, o acabar con la botella y sentirse finalmente abandonado por el trago.

A las once de la noche sonó el timbre.

Jesús de la Cruz, desnudo entre las sábanas revueltas de su cama, estiró los miembros, bostezó. Puntadas lacerantes se multiplicaron en su cerebro. Oprimió sus sienes para que el dolor cesara y con las manos tratando de apresar el dolor,

Gerardo de la Torre de arrancarlo, se levantó para sentarse al borde de la cama. Si no se tomaba una cerveza el dolor iba a seguir allí eternamente y entonces Jesús puso todo su empeño en recordar si quedaron cervezas en el refrigerador: una sola. Con los pies buscó las pantuflas y se las puso. Había divisado por allí sus calzoncillos y retiró las manos de la cabeza para alcanzarlos. Las pobres manos temblorosas obedecieron la orden y Jesús, en calzoncillos, fue al baño y, apoyado en el lavabo, se miró en el espejo.

Estaba seguro de que había cervezas. Se lo dijo al espejo: había cervezas porque él y María bebieron únicamente de la botella de ron comprada después de la medianoche en un bar cercano. Las cervezas no pudieron desaparecer, no eran seres que tomaran la decisión de irse y se largaran, como se fue María. Porque también estaba seguro de que había sido María la mujer que lo acompañó a comprar una botella de ron que después bebieron en la sala mientras hablaban del amor desdichado.

Jesús echó andar hacia la cocina completamente seguro, ahora, de la existencia de cervezas. Pero el problema era que ninguna certeza tenía de que la amiga hubiese partido. Tal vez se hallaba debajo de la cama, oculta en el clóset, echada en un sofá o estrangulada en la cocina. No valía la pena asomarse al clóset o mirar debajo de la cama, de modo que continuó el trayecto hacia la cocina y de paso pudo cerciorarse de que María no estaba en la sala. En la cocina descubrió que no hubo estrangulamiento. De un tirón bebió la primera cerveza y con la segunda fue a tenderse en un sofá.

Pensándolo bien, ni siquiera estaba seguro de que María hubiese mencionado a Galdino, si es que había hablado con María, si es que había hablado con alguien, si es que no se trataba de cualquier otra mujer que había expuesto sus penas con Jorge o Francisco, si es que alguna mujer bebió con él aquella madrugada. Mas la cerveza le iba aclarando los pensamientos, dibujaba los contornos de una mujer joven que reía, volcaba vasos, se quitaba la ropa, lo abrazaba, cuerpo desnudo y demoniaco, besos de boca abierta, fauce quimérica. María, sí, la novia de Galdino.

De pronto Jesús sintió la necesidad de hablar con alguien, de llamar a Efrén, inyectarse diez o quince cervezas frente a él y soltar todo eso que comenzaba a pudrirsele dentro. ¿Cómo pudiste Jesús? Decirlo todo, sin ocultar el hecho de que María, aquella noche del Tenampa, le gustó desde el principio, desde el momento mismo en que apareció con Galdino para reunírseles y partir a la plaza Garibaldi. Decirle que poco después del telefonazo comenzó a deleitarse con la idea, o con la esperanza o con un súbito anhelo, de que fuese María a su departamento no para hablar de Galdino sino para regalarle una noche de amor. Decirle que habían hecho el amor, experiencia bellísima. Loco, exaltado, con desesperación, le pedí a María un poco de amor, Efrén, unos instantes que me resarcieran de tantas amarguras, dolores y tristezas. Se lo supliqué llorando, de rodillas, borracho, hundida la cabeza entre sus muslos, hipando allí, dejándome caer después al suelo derrotado por una negativa y amenazando con suicidarme, con hacer una locura. ¿Y sabes cómo reaccionó María? Se echó a reír, se desnudó, se arrojó sobre mi cuerpo y dejó que hundiera

yo la boca en su sexo. Lo hice todo el tiempo que quiso y luego nos fuimos a la cama.

¿Iba a confesarle todo aquello a Efrén, para que Efrén se lo comentara a Galdino? ¿Para que Efrén intercediera por ese pobre diablo De la Cruz? ¿Para que Efrén convenciera a Galdino de que esa mujercita no valía la pena, la dejara, la arrojara al olvido?

Jesús marcó un número telefónico.

—¿Alfredo?... Te hablaba para invitarte a los toros.

¿Qué sabía de corridas de toros Jesús de la Cruz? Nada. Ni le importaban. Su única experiencia en esas artes consistía en la lectura a medias de un libro de Hemingway, aunque también, muchos años antes, había visto por televisión una corrida de El Cordobés, en la que más le emocionaron los desplantes del espada que los hechos taurinos. Pero ahora sentía unas ganas enormes de hablar con alguien lejano, con un espíritu que ni lo entendiera ni quisiera entenderlo. Alfredo era ideal, vendedor de libros, aficionado a la fiesta, apologista de una estética deshilvanada pero muy torera, faenón ayer el de Manolo, y Pepillo genial, pero con mala suerte a la hora de matar, arte y sangre, arte verdadero en cuanto que el artista y su material, arriesgan el pellejo. ¿Te gustan los toros, Jesús? La verdad, nunca he ido a una corrida. Vamos un día de estos, la vas a pasar muy bien. Así que ahora iba montado en un camión rumbo a la plaza. Alfredo tenía los boletos y dos puros en la mano. Mientras avanzan por un túnel, dijo:

—El puro dura lo que la corrida. Están calculados. Hora y media.

Se sentaron en el lado soleado de la plaza, encendieron los puros y pidieron cervezas. Alfredo le explicaba, con amabilidad de experto, que las barreras para esto y la puerta de toriles es aquella, antes hay un sorteo y los cambios de tercio. Ya vas a ver lo bien que la pasas. Jesús veía a toda aquella gente alegre, derramando entusiasmo y se preguntaba qué estaba haciendo allí, qué demonios lo obligaba a seguir sentado, escuchando, atendiendo, moviendo la cabeza para indicar que había comprendido. Por qué no le dices que vas al baño, sales, huyes, abandonas y mañana, a la hora de encontrarse en los pasillos de la editorial, explicas que te perdiste y comentas que fue una corrida estupenda. No se atrevió. En cambio, pidió otras cervezas. Y cuando aparecieron los matadores ya tenía la tercera cerveza en la mano y Alfredo había dicho que iba demasiado rápido, eres una bestia.

Comenzó la corrida, creció la algarabía. Alfredo lo animaba para que gritara, esa violencia sonora era parte de la diversión. Jesús, ajeno a lo que sucedía allá abajo, pendiente de los movimientos de su alma, luchando por contener el torrente de palabras, todas referidas a María, que estaban por desbordarlo, respondía con sonrisitas, con muecas que querían decir ahora, nunca, tal vez.

El primer toro rodó en la arena convulso, arrojando sangre. Un hombre se acercó para darle el puntillazo y el público comenzó a aplaudir, a agitar pañuelos blancos.

—¿Traes pañuelo blanco, Jesús? A la fiesta hay que venir siempre con pañuelo blanco.

Jesús no tenía pañuelo blanco. En cambio comenzó a observar detenidamente el rojo líquido, la mancha oscura que crecía en la arena, a partir de la cabeza del toro. En esa mancha estaba toda la estupidez del mundo, la crueldad del hombre, su calidad sanguinaria. ¿Por qué agitan un pañuelo blanco? Jesús apuró su trago de cerveza y le dieron ganas de vomitar mientras el matador, el asesino, daba vueltas al ruedo mostrando las orejas del animal. Y el cuerpo del burel, quieto ahora, perdida la fuerza de los músculos, agotado para siempre el vigor, era arrastrado hacia un rincón donde anónimos carniceros afilaban los cuchillos para convertirlo en trozos.

Era el primero de la tarde. Cinco más entrarían arrogantes al redondel y pasearían la belleza de sus cuerpos poderosos ante el conglomerado de agitadores de pañuelos. Vendrían luego unos hombres que los aguijonearían con banderillas, los obligarían, a fuerza de pica, a doblar la cerviz; los engañarían colocándoles ante la cara un trapo rojo y escabullendo el cuerpo en el momento del ataque; y por último, a sangre fría, para deleite de esa gente que miraría asustada a una vaquilla, incluso a una vaquilla que los mirase con ojos dulces, le hundirían el estoque. Se aprovechan de tu escasa inteligencia, amigo toro. Te matan porque envidian tu arrogancia y tu valor.

—A ver qué hacen el Viti y Eloy para superar a éste.

—¿Para qué matan al toro, si lo que le gusta a la gente son los pases y las banderillas? —preguntó incómodo Jesús.

—El momento de la muerte es la hora de la verdad. El torero se planta frente al toro y los dos arrancan. Ahí, en ese instante fatal, es donde se conoce al buen torero.

—A mí el toro me parecía más bien cansado. Deberían permitirle reponerse.

—Ya vas a ver cómo te va a ir gustando la fiesta, Jesús.

¿Era eso lo que tenía que gustarle? Ese público que ahora, de pie, tranquilizaba sus nervios conversando y exigiendo cervezas. Esa matanza, esa explosión de emociones primitivas. El hombre mata bien para certificar su naturaleza asesina o bien para impedir que se atrofie su capacidad de matar. Así que bebe, Jesús, para que no se atrofie tu capacidad de beber.

Jesús bebió unas nueve cervezas durante la corrida. Odiaba el espectáculo, odiaba a los matadores, odiaba a esa gente estúpida y cruel, además satisfecha de serlo, y el odio englobaba a su amigo Alfredo, que no se cansaba de repetirle que era una bestia, que bebía como polaco, y debía querer decir como un polaco muy borracho. Pero en el último toro Jesús estuvo genial: gritó, aplaudió y agitó un pañuelo de un desvaído color azul tras la muerte del toro.

—El Viti estuvo peor que nunca, Jesús, no hay que sacar pañuelos.

—Pero lo revolcó el toro. A ese toro hay que darle las orejas, las patas y el culo del torero. Si lo dejan descansar un poco hubiera podido acabar con el matador.

—Estás borrachísimo, Jesús.

—Y a nadie le hago daño con estarlo. Además, Alfredo, ¿hay otra manera de soportar esto?

—A la larga va a gustarte la fiesta. Cosa de que entiendas su significado, ya verás. Hay un sentido de sacrificio muy singular, en el que la víctima propiciatoria tiene la oportunidad de eludir su destino.

—Es mejor el alcohol. Eres el sacerdote y la víctima. Te juegas tu destino y el de nadie más.

Cómo iba a gustarle cualquier cosa que pasara dentro o fuera del ruedo si todo el tiempo tenía presente esa mancha de sangre cada vez más oscura que se extendía en la arena, subía a los tendidos y amenazaba con ahogarlos a todos. No importaba que luego de la muerte de cada animal vinieran unos hombres y removieran la arena para ocultar las manchas. La sangre estaba allí, empozada bajo el coso, un mar de sangre de seres vivos asesinados para deleite de un montón de criminales reprimidos que podían pagar el boleto.

Mientras la gente abandonaba sus asientos, el último matador se detuvo en el centro del ruedo y elevó el brazo para despedirse. Jesús comenzó a despojarse de la chamarra para arrojarla a la arena y Alfredo se lo impedía. Qué locura.

—Déjame tirarla. Es un valiente, mató a dos buenos animales indefensos. Es un cabrón, un hijo de puta que sabe matar a los toros que han perdido la fuerza. Si de veras les gusta que maten a los toros, ¿por qué no los matan al principio, los dos frescos, enteros?

—Estás borracho, Jesús. Vámonos.

—Vamos a tomarnos otras cervezas. Pídelas.

—Las tomamos allá afuera, Jesús, en un bar. Se acabó la corrida.

—Quiero tomármela aquí. Quiero tomármela viendo esa arena bañada de sangre, la sangre de toros y toros que han venido a morir aquí para nada.

—Esos toros mañana te los vas a comer, Jesús.

—Desde mañana me haré vegetariano.

Jesús salió de la plaza borracho y enardecido. Alfredo se reía y le aconsejaba que no fuera loco. Se metieron a un bar. Jesús pidió ron con agua mineral y comenzó a pensar en María, en Galdino y en el asco que se estaba dando él mismo, un ser tan mezquino y perverso como los demás.

Alfredo enfrente, con una cerveza miserable, humilde junto al dorado ron, hablaba de Hemingway y las corridas y la cantidad de libros que el Viejo vendía.

Así era. Ahora el Viejo servía nada más para vender libros, para que este cretino aficionado a los toros venda sus libros y sobreviva, pueda dar el gasto a la mujer, compre boletos y puros para la corrida. Pero, Jesús, de algo tiene que vivir Alfredo, quién es Alfredo sino uno como tantos que tiene mujer, hijos, un pequeño departamento y la preocupación de que no le falte dinero para el pequeño detalle de los alimentos. Qué bueno que los libros del Viejo se vendan.

—Desgraciadamente, Alfredo, vivimos de nuestras comisiones —dijo Jesús grave, con los ojos puestos en los del amigo.

—¿Qué comisiones? —inquirió extrañado el otro.

—El nueve por ciento sobre cada libro vendido, siete por ciento en enciclopedias y libros de texto.

—Joder, Jesús, ¿por qué hablas del trabajo? Nos estamos divirtiendo, vinimos a los toros y vimos una buena

Gerardo de la Torre
corrida. ¿Por qué esas malditas ganas de hablar de libros y
echar a perder el momento?

—¿Sabes qué? Algún día voy a escribir un buen libro.
La historia de una chamaca de diecisiete años de nombre
María y un carpintero de nombre José. ¿Conoces la historia
de María y José?

Alfredo dijo que la conocía, pero se estaba haciendo
tarde y era mejor que se fueran.

—¿Pido de una vez la cuenta? —preguntó Alfredo.

—Pide unas copas, cabrón.

—Mañana hay que trabajar, Chucho.

—Escribiré la historia de Jesús, María y José. Si quie-
res cámbiale el nombre a José y ponle Galdino. Te voy a
confesar una cosa, Alfredo... Mesero, un ron con agua mi-
neral para mí... ¿Qué vas a querer, Alfredo?

—No, nada. Yo me voy. En serio.

Alfredo se largó satisfecho con su tarde de toros y
tú, Jesús, a lo largo de cuatro rones comenzaste a referir a
un oyente invisible la historia de María, y al llegar al pun-
to en que tenías que platicarle a Galdino los detalles de la
noche pasada, temblabas, incapaz de alejarte de esa idea.
Pagaste la cuenta y echaste a andar por la avenida de los
Insurgentes repitiéndote mañana se lo tengo que decir a
Galdino, mañana se lo tengo que decir, mañana.

—Mañana se lo tengo que decir a Galdino.

—No sabemos quién es Galdino, pero por nosotros
se lo puedes decir a quien se te pegue la gana —dijo uno de
aquellos dos, que luego echó a reír y luego los dos estaban
riendo y le hicieron chocar su vaso con los suyos.

—A tu salud y a la de Galdino —dijo uno.

Jesús, después de beber, preguntó por Alfredo.

—¿Quién es Alfredo?

—Alfredo, el que venía conmigo.

—Estás soñando, compadre, estás ebrio. Nadie venía contigo.

Jesús examinó a los dos que estaban sentados frente a él. Examinó el lugar, lentamente, como en un acto adivinatorio. No era el lugar donde estuvo con Alfredo ni tenía idea de quiénes eran los dos risueños bebedores.

—¿Desde qué horas estoy aquí? —preguntó.

—Desde hace media hora —dijo uno—, y venías solo, solitito.

—Salud, compadre —dijo el otro, y de nuevo lo obligó a chocar el vaso.

Llegué hace media hora, solo, y ahora estoy con estos dos. ¿Me invitaron? ¿Los invité? ¿Y qué demonios hacemos juntos? Reflexiones con los labios en el borde del vaso. Tengo que averiguar, tengo que averiguarlo ahora mismo.

—Cómo caballeros, permítanme preguntarles.

Hizo una pausa y aquellos se le quedaron mirando, sonrientes, descarados. La pausa se alargaba y no decidía cómo preguntar, qué preguntar.

—Pregúntale aquí al joven —dijo uno de los extraños al otro— por qué nos invitó las copas.

—A ver, ¿por qué?

No sabía por qué les había invitado una copa y apenas ahora se venía enterando de que él invitaba, ahora, con aquellos dos rostros echados sobre el suyo, interrogándolo, exigiéndole una respuesta. Comenzó a atemorizarse.

—¿Quiénes son ustedes?

Los dos echaron a reír, insolentes.

—¿Eres maricón o qué?

Para la pregunta formulada con dureza, agresivamente, tenía respuesta: se equivocan señores, no soy maricón. Pero estaba seguro de que tales palabras no iban a salir de su boca puesto que nada lo obligaba a dar explicaciones. ¿O tenía que darlas? Se esforzaba en hallar apoyos en la memoria, hallar una grieta por la cual colarse al recuerdo de la totalidad, días, horas, minutos o semanas transcurridos desde el momento en que entró con Alfredo a un bar cercano a la plaza de toros. ¿Y si tenía que dar explicaciones, si había cometido algún acto inconveniente? La memoria se negaba a ayudarle y entonces se propuso elaborar una frase que lo sacara del aprieto, una declaración mesurada y digna: señores, me confunden. No había dignidad ni medida, sólo torpeza.

—Eres puto.

La afirmación le dio como una pedrada. No era puto, por Dios, no tenía nada de maricón. De hallarse allí, María hubiese podido explicarlo, mas abandonado por amigos, Marías, constelaciones, memoria, se descubrió desabrigado, inerme. Puto.

—Por favor, retírense de mi mesa.

—¿Ves? Te lo dije. Puto y de los que se rajan. Vámonos.

Los desconocidos se levantaron y salieron del establecimiento. Cuando Jesús estuvo seguro de que no volverían palpó la bolsa trasera de su pantalón. El pequeño bulto de billetes le devolvió cierta tranquilidad. Sacó los billetes y pidió la cuenta. Le cobraban cuatro tragos y disponía de dinero de sobra. Pidió uno más.

Ahora, sereno, dueño de una minúscula lucidez, trató de descubrir en qué lugar se hallaba, qué bar de tantos en qué rumbo se le había atravesado. Era un sitio oscuro de bancos y mesas bajas, risas, conversaciones, voces jóvenes. No reconocía el lugar y empezó a acosarlo la angustia. Calma, calma, tómate otro trago y sales firme a la calle. Terminó con el ron, llamó al mesero para pedirle la cuenta y en vez de hacerlo pidió otro ron. Otro ron y voy a estar bien. Le trajeron el alcohol, lo bebió muy rápido y se sintió mejor. Pagó y se dirigió tambaleante a la salida. Afuera se dio cuenta de que ya era tarde, quizá demasiado tarde.

Comenzaba a llover, pero en vez de agua el cielo derramaba polvo. En el trayecto a casa cada vez se le hacía más difícil la marcha. Caminaba sobre arena, sobre una capa de diez o quince centímetros en la que se atascaban automóviles y viandantes. Era difícil respirar, el polvo se introducía en las fosas nasales, escocía en la garganta y provocaba una sensación abrasiva en las vías respiratorias, en los pulmones. Jesús se cubrió la boca y nariz con un pañuelo, pero tenía que luchar contra un viento impetuoso que barría las calles en remolino y colaba por las aberturas de la camisa un polvo caliente, cáustico. Las últimas tres calles, inusitados médanos, las recorrió Jesús apoyándose en las paredes, hallando asidero en los enrejados, alféizares, maineles y postigos de las construcciones. En el zaguán de su vivienda encontró una acumulación de arena que casi obstruía la chapa de la puerta. Entró, subió los dos tramos de escalera y en sus habitaciones abrió todas las ventanas y ventanillos. Si la lluvia de polvo iba a cubrir toda la ciudad,

Gerardo de la Torre
que lo ahogara también. Sin desnudarse se dejó caer en la
cama. Comenzó a roncar.

A las nueve de la mañana Leoncio Cadena estaba en la oficina del agente de trabajo.

—Espérame, ya voy a terminar —le dijo Abundio Rosales, y siguió dictándole a una secretaria de ancho culo. ¿Dónde nos quedamos?... Bien. A su vez el jefe del taller mecánico expuso que las herramientas que el quejoso daba por desaparecidas fueron halladas en poder del acusado quien manifestó que las había encontrado en el baño y las guardó para devolverlas al propietario una vez que éste se identificara y por su parte el jefe del taller mecánico hizo saber que el acusado Carlos Rodríguez Castillo ha sido siempre un trabajador de buen comportamiento obediente laborioso y limpio y en esa virtud y en razón de que no tiene malos antecedentes empresa y sindicato han convenido en que se le haga un extrañamiento y en caso de reincidencia se proceda de acuerdo con lo que disponen las leyes y reglamentos respectivos Azcapotzalco de efe a 27 de agosto de 1968 firman la parte sindical el acusado el quejoso el jefe del taller y por la empresa el jefe de personal licenciado Varela.

Abundio Rosales se quitó los lentes oscuros y comenzó a limpiarlos con un pañuelo.

—Ahora vamos a ver el caso del compañero Leoncio Cadena. ¿Está la representación sindical?

—No quiero ninguna representación. No hay acusaciones contra mí y no acepto la investigación.

Estaba nervioso, pero no iba a dejar que lo pisotearan.

—Vamos a ver, vamos a ver —dijo Abundio, y sacó de su escritorio una carpeta con papeles. Puso los papeles sobre el escritorio y con un lápiz rojo comenzó a marcarlos.

—Aquí tengo guardado algo de lo que has hecho este mes.

Leoncio comenzó a sospechar que algún soplón había reportado sus entrevistas con los muchachos.

—Soy muy libre de hacer lo que quiera mientras cumpla con mi trabajo.

—Precisamente se trata de tu trabajo. ¿De qué otra cosa? Acércate, ven a ver.

Leoncio se aproximó y descubrió que los papeles eran nóminas, oficios y contratos que había mecanografiado. Las marcas rojas señalaban los borrones, tachaduras y faltas de ortografía.

—Febrero con ve chica —mostró Abundio—, servicio con be grande y todo está lleno de taches y manchones. ¿A eso le llamas cumplir con tu trabajo?

—Tengo derecho a equivocarme —se disculpó Leoncio. Hay que trabajar muy rápido porque falta personal en contratación y el señor Varela es muy exigente.

—Vamos a tener que castigarte. A lo mejor hasta te cambiamos de plaza por ineptitud. ¿Quieres que venga tu representante sindical o lo arreglamos aquí económicamente?

Lo estaba asustando. No podían hacerle nada, nada. No permitas que te vean descolorido.

—Que venga el representante y que se haga la investigación —dijo Leoncio firme, contundente.

—¿Estás seguro de que quieres que se haga la investigación?

—Seguro y medio.

—Lárgate. Yo te mando llamar cuando venga el representante. Pero cuídate, cuídate mucho, no te me vas a escapar. Te lo prometo.

Leoncio se fue convencido de que no habría investigación. Quería asustarme ese desgraciado.

Esa mañana María llamó a Galdino. Ya estoy harta, nunca nos vemos, ni para ir al cine. Tengo mucho que hacer, chatita, después te explico. Sí, claro, y ni madres que me digas chatita, soy una pinche narizona, crees que vas a cambiar el mundo con tus juntas, y yo ¿qué? Tenme un poco de paciencia, nena, un poquito. Te estoy teniendo mucha, mejor búscate otra pendeja.

Largo rato vagabundó María por las calles de No-noalco asoleándose, aburriéndose, y volvió luego al departamento donde el Innombrado dormía en su cuna junto a la ventana, entre frazadas tibias de sol. Tenía que darle de comer en una hora y después seguro se iría a buscar a Marcela y Julieta y juntas buscarían en el parque a los muchachos, tal vez se bebieran una botella o con un poco de suerte alguno habría conectado mota, yerba, mariguana.

Por el momento se aburría, lentamente se aburría echada en la cama y leyendo por tercera o por cuarta vez alguna fotonovela, repintándose la uñas de pies y manos, escuchando en la radio las melodías que le daban gusto.

Hacía calor. Se desnudó y fue a la cocina a preparar el biberón. Sabía que por una ventana la espiaba el vecino viejo que una vez le ofreció dinero en la escalera. Sólo tienes que darme un beso, niña, nada más un beso. Viejo cochino, vaya a pedirle besos a su puta madre. El viejo se quedó temblando mientras ella bajaba las escaleras alegre, a risa plena. No le importaba que figoneara el viejo, que la viera el mundo. Por el contrario, le otorgaba cierto placer malsano la idea de que el viejo estuviese agazapado tras la persiana levantando alguna hoja para mirarla, deseándola, muriéndose de ganas de poseer lo que no tendría nunca, lo quizá nunca había tenido.

De frente a la ventana miró hacia el departamento del viejo. Cayó instantáneamente una hoja de la persiana. Allí estaba ese desdichado. Dio la espalda a la ventana unos segundos y se volvió de prisa y sus manos trazaron una obscenidad. Con grandes carcajadas terminó de preparar el biberón. El viejo estaría en su habitación humillado y lloroso, distraendo su lascivia con un libro de estampas zoológicas.

Eres una desvergonzada, decía su madre, y María echaba a reír. Seré una desvergonzada, pero no traigo mis amantes a la casa, como tú. Eres una hija de perra, una maldita, pero vas a pagar, yo te lo digo que vas a pagar.

¿Pagar qué? Si ya estaba pagando amarrada a ese hijo que no había deseado, que parió obligada por las buenas costumbres. Las buenas costumbres siempre en boca de los viejos. Y allí estaba Jesús, borracho inútil que en vez de aprovecharla pasó la noche lloriqueando, hablándole del

Gerardo de la Torre
amor y la felicidad. Ni para eso sirven esos pinches viejos, hablan todo el tiempo de las hembras y de lo que van a hacerles y a la hora de la verdad nada. Odiándolos mucho se fue a darle de comer al Innombrado, que ya estaba poniendo a rezongar al vecindario con su llanto.

Jesús, recargado en la barra, metió la mano en la bolsa del saco para buscar cigarros. Los animalitos se pegaron a la piel, las trompas diminutas chupaban, extraían.

Al percibir el repugnante contacto retiró la mano y agitó con ella la atmósfera tibia de la cantina, como en un afán desmesurado de arrancarse los bichos, hemípteros tenaces que presagiaban desastre. Jesús se miró la mano oscurecida por las chinches. Golpeó con ella, primero con la palma, luego con el revés, la madera de la barra, pero las chinches sostuvieron el acoso, imperturbables, invictas. Rascó entonces con furia y las uñas fueron más allá de las chinches, atravesaron a los seres incorpóreos, penetraron la piel y abrieron surcos que abrumó la sangre. Desaparecieron las chinches. Sobre la piel resplandecían cuatro hendiduras sanguinolentas. Jesús fue al lavabo y dejó que el agua corriera sobre la mano herida. Después le dio vuelta a la bolsa del saco: cayó la cajetilla de cigarros, una moneda, menudas borlas de hilo y polvo.

Era día de manifestación. Jesús había entrado a la cantina de la calle Humboldt a las cuatro de la tarde. Eran casi las cinco y en la explanada del Museo de Antropología los muchachos se disponían a marchar. Efrén y Galdino,

Arturo con una manta que proclamaba la presencia de los petroleros. Grupos de estudiantes con banderas y pancartas, nombres de las escuelas, los estudiantes de medicina con alba vestidura. Orden, compañeros, tomen su lugar, agrúpanse con sus escuelas. La vieja rutina de las manifestaciones. La espera entretenida con la plática, la premonición, las especulaciones. Arriba, zumbantes y amenazadores, los helicópteros policiacos.

Jesús bebía su trago sin preocupación, ajeno a las materias que comentaban los vecinos: carros repletos de granaderos, el ejército acordonando la zona, habrá problemas, muchos cabronazos, los estudiantes que no escarmentan. Semanas habían pasado desde la última conversación con Irene, cómo estaba, Irene y los niños muy bien y lo mismo el doctor, pero imaginaba ella que no le iba del todo bien a Jesús si hablaba a esas horas, deshoras, y en tal estado. Después, los ruegos y las súplicas, ya no bebas, te estás destruyendo, estás acabando con tu vida y con la mía como acabaste con la de nuestra vieja madre.

Era mentira lo de su madre. La anciana murió porque la atendieron mal en la clínica y eso lo sabía bien la descarada hermana. Pero el marido se hallaba vigilante en aquel hospital y de ninguna manera reconocería Irene que su madre fue mal atendida, porque sería reconocer que se había casado con un pobre diablo estúpido y criminal y padre de sus hijos. Pobres niños, los pobres niños que nada compartían con el pariente borracho.

En Chapultepec los grupos comenzaban a abandonar la explanada y marchaban por Paseo de la Reforma entre aplausos de la multitud congregada en las aceras. Se

Gerardo de la Torre elevaba un grito y respondía un coro. Presos políticos / ¡libertad!... Presos políticos / ¡libertad!... Presos políticos... Recuperaban las calles, percutían en el aire nuevo las viejas consignas, ilusiones y demandas de esos días de guerra. Los manifestantes asaltaban el cielo y eran completamente felices. Brazo con brazo, codo con codo, auténticos y solidarios. Tres petroleros, cuatro más, otros ocho que se unieron durante la marcha. Al cabo quince. Entreverados los quince con las oleadas de muchachos, muchachos también algunos de ellos, pero otros, distintos, señalados por cierta ajenidad. Galdino Arrieta, veinte años, estrecho pantalón de mezcilla y camisola de caqui con la leyenda Pemex impresa en la bolsa izquierda. Los trabajadores se manifestaban silenciosos y solemnes. Querían gritar Poli Unam unidos vencerán, pero se los impedía cierto dolor en el pecho, un agarrotamiento repentino de la garganta, la humildad y el desamparo de su condición. De pronto una consigna se elevaba allá adelante, entre quienes encabezaban la marcha. Libertad Vallejo / Libertad Vallejo / Libertad Vallejo. Se humedecían los ojos de los petroleros. Se trataba de uno de los suyos, Vallejo, ferroviario, preso político. Ponían entonces lo mejor de sus gargantas, pisaban con firmeza, levantaban agresivos puños. Como que las manifestaciones —comentaría meses más tarde Galdino— no eran nuestras, pero las tomábamos prestadas cuando se gritaba Vallejo.

A falta de marchas propias, en las estudiantiles participaban petroleros, ferrocarrileros, maestros, algunos electricistas. Viejos trabajadores que revivían las caminatas de diez años antes, del 58, del momento de los sindicatos. Estragados proletarios que en su hora demandaron liber-

tades y emancipaciones y en los nuevos días, contagiados por el entusiasmo y la exaltación de los jóvenes, tornaban a las calles y desfilaban con un júbilo profundo que no se reflejaba en los rostros roqueños y tensos. Esta vez vamos a llegar lejos, esta vez no será fácil derrotarnos.

Jesús se miró la mano herida por las uñas, luego tendió esa mano hacia el vaso cercano. El tío borracho, el delirante hermano, bebía tranquilo el ron con agua mineral. Era allí, o así lo aparentaba, hombre que no rompe un plato, gente de paz, bebedor solitario que nada quiere saber de lo que acontece en su derredor. Se hallaba, y quién iba a saberlo si no él mismo, inmerso en los recuerdos, mustio, apesadumbrado, con esa hermana pequeña se iba alejando, que lo abandonaba al silencio de su vida. Entonces entró a la cantina un hombre grande y agitado, se acercó a la barra, pidió un tequila y una cerveza muy fría.

—Uy, mi amigo, viene la manifestación.

—Sí, eso parece —dijo Jesús, amable y neutro.

—Miles de muchachos. Estaba yo en el quinto piso de un edificio y se ven calles y calles llenas.

—¿Muchos?

—Muchísimos. El asunto se le está poniendo duro al gobierno.

—El gobierno siempre gana.

Bebió el hombre tequila, un sorbo de cerveza, se apoderó de un puñado de cacahuates que iba arrojando uno a uno en su boca.

—Eso sí, el gobierno siempre gana. Me decía un amigo que en el Zócalo tienen ametralladoras. ¡La que se va a armar!

—A los más los dispersan los granaderos con gases.

—¡Qué va, hombre! No es un grupito, son miles.

Llenan la calle del Caballito a la Diana, veinte o veinticinco cuadras. Si yo fuera el gobierno, no hubiera permitido la manifestación.

A Jesús se le colmó el alma de temblores. Resoplaban las bocas de las ametralladoras, volaban las balas hacia la multitud. Carreras, llanto, el asfalto sembrado de cadáveres. Pidió otro ron.

—No puede ser. No pueden hacerlo.

—Le digo que vienen a montones.

—No pueden ametrallarlos, no se van a atrever —el hombre no parecía darse cuenta de que Jesús hablaba consigo mismo, se refería a las imágenes que lo asaltaban.

El hombre liquidó el tequila y la cerveza. Pagó.

—Nos vemos, amigo, voy a curiosear.

De afuera llegaban rumores, estrépitos. Uno de los meseros anunció que iban a bajar las cortinas metálicas pero dejarían entornada la puertecita. Chirriaban las cortinas en descenso, de fuera llegaba un zumbido monótono. Jesús buscó refugio en el ron.

Los quince petroleros entraron al Zócalo sin permitir que su manta perdiera verticalidad. Marchaban erguidos, con un aire de dignidad que no se conocían. La plaza estaba llena y las campanas de la iluminada catedral repicaban. Desde un camión ubicado en el centro de la plaza los oradores arengaban a la multitud con magnavoces portátiles. De vez en tanto, entre el barullo, los petroleros rescataban palabras aisladas, frases que fuera del discurso perdían sentido. Buena parte de los manifestantes se ha-

bían sentado en el piso, pero los petroleros se mantenían de pie en un extremo de la plaza, enhiesta la manta que los identificaba, y gritaban sí, gritaban no, llevados de plano por el impulso de los demás, deseosos de afirmarse con los demás, de formar parte de la masa, sentirse abrigados y seguros en el aplauso colectivo, en la exclamación unánime.

Disparaban todavía las ametralladoras cuando Jesús pidió un postrero ron. Discurría la manifestación por la avenida Madero y de pronto la avanzada se halló frente a las ametralladoras, quizás una docena, emplazadas en los accesos al Zócalo. Al principio los soldados hicieron unos cuantos disparos y los estudiantes iniciaron un atropellado movimiento de retroceso, asustados, incrédulos. Buscaban salida en las bocacalles, se refugiaban en los umbrales. Luego el tableteo se hizo sostenido, las ametralladoras, con el cañón enrojado, debilitado el afuste, desgranaban cananas. Caían los muchachos aquí y allá, despavoridos se atropellaban, saltaban sobre los cuerpos inertes, resbalaban en los charcos de sangre. Aciago día. Noche de terrores inusitados, de políticos asesinos y generales carniceros. La matanza, hoy, martes 27 de agosto.

A las doce de la noche cerraron la cantina y despidieron a los escasos parroquianos. Jesús echó a andar hacia la colonia Juárez y en el trayecto recogió uno de los volantes mimeografiados que denunciaban la tozudez y la sordera del gobierno de la república.

Implacables las chinches. Implacables los moscos. Despiadados los vampiros. En la madrugada las chinches

Gerardo de la Torre abandonaron los repliegues de la ropa de cama y el colchón, salieron de sus escondrijos diurnos los moscos y los vampiros penetraron por las rendijas de puertas y ventanas. Halló la chinche laboriosa un resquicio entre camisa y pantalón y se instaló chupeteante en una ingre. Voló el mosco, hizo aproximaciones, calculó riesgos y consiguió un aterrizaje espléndido en la mejilla. El vampiro, cauteloso, se acercó al cuerpo agitado por espasmos irregulares y su vuelo sordo culminó en el esternón. Clavó entonces los colmillos en el cuello y un grito espantoso salió de la garganta de Jesús. ¡Diooos!

Despierto, acuclillado, contraído en la cama, Jesús sabía que allí se hallaban los enemigos, seres malignos agazapados en las tinieblas. Tendió una mano hacia la lámpara, la luz, la salvación, y de nuevo, antes de que alcanzara el interruptor, fue atacado por los monstruos. Luchó con ellos revolviéndose en la cama y al fin se desvanecieron. A lo lejos sonaban los cascos del caballo negro del caballero de la negra armadura. El caballero negro estaba de guardia y las pequeñas bestias tendrían que dejarlo en paz. Se levantó para encender cada una de las luces del departamento. Después, reconfortado, volvió a la cama, se hundió en el sueño que cada noche era pesadilla.

Aurora, desnuda, era arrastrada en lóbregos pasillos por dos policías vestidos de civil. Y vas a decirnos todo lo que sepas, cabrona. Aurora se dejaba llevar dócil, las piernas se negaban a sostenerla. Aurora desnuda, una línea de moretones en la tumefacta zona renal. Siéntenmela ahí, ahí nomás siéntenla. Atízale unos cuantos bofetones, Joel,

que reaccione. Dos bofetadas, la cabeza a la izquierda, a la derecha, clavada en el pecho. Échenle agua fría en la mera jeta. Agua bien helada. Uno de los hombres se sentó a un lado. A ver, Aurora, los nombres de los demás, los nombres, nombres, noombres, hija de puta. Aurora abrió los ojos, se le cerraban, pugnaba por abrirlos. El hombre tiró de su cabello para echar la cabeza hacia atrás. Los nombres de tus amigos, subversiva de mierda. Los ojos entreabiertos, la mirada perdida más allá del odio y del miedo. El hombre se levantó, dejó caer los puños sobre el rostro infantil y entendió que los puños no hacían daño después de la repetida violación, los golpes de manguera en el costillar, la picana agrediendo la vagina y el recto, las dentelladas feroces en los pezones, la risa, los insultos. El hombre derribó la silla y Aurora cayó de bruces en el piso de piedra, inmóvil, yerta. Traigan agua helada, mucha agua. Jesús vio con espanto cómo arrojaban cubetadas sobre el cuerpo y el agua lo iba deslavando, lo disminuía. Los hombres se dieron cuenta de que escapaba el cuerpo frágil y maltratado de Aurora, y se echaron sobre él enfurecidos. Tiraban de los miembros, de la cabellera, pero el cuerpo se iba, más fuerte su voluntad de desaparecer que el vigor y la violencia que querían retenerlo. No te vayas, no puedes irte, putilla, putezuela, clamaban los agentes, nombres, queremos nombres, tienes que darnos nombres. Y Jesús, asido ya a las sábanas, presa de turbia angustia, le pedía que se fuera, ya estaba bien de sufrimientos, ha de quebrarse el cuerpo alguna vez, dura la vida mientras no se halla una muerte honrada.

En la refinería de Azcapotzalco los baños de talleres comienzan a poblarse de trabajadores poco antes de las siete de la mañana. Cada quien abre su casillero, desganadamente saca la ropa de trabajo, se desnuda, se cambia. Los mayordomos y los cabos de oficio entran gritones apresurando a la gente. A jalar, cabrones, dejen de hacerse pendejos. Los trabajadores que no estén jodiendo, ya van, hacen como que se dan prisa, se desentienden, continúa la conversación con el compañero, la película de ayer, qué buen programa en la tele, el cochecito barato que les vende un compadre, la vieja que anda cada vez más rara. Algunos, ya cambiados, leen el periódico: página roja, notas deportivas.

En el taller de tubería las órdenes de trabajo se distribuyen antes de las siete y media. Poner juntas ciegas en la planta catalítica, retirar válvulas en la desulfurizadora, quitar la concha de un cambiador de calor en isomerización. El oficial parte con tres ayudantes y el carro de la herramienta donde guardan las pesadas llaves stillson de 36 y 48 pulgadas, los martillos, el marro, las llaves de estrías y las españolas, la prensa para tubos, los pericos, la llave de cadena, el caimán, los cinceles, el pie de cabra, machuelos, medio kilo de estopa.

El maestro Nicolás y su tropa fueron enviados a quitar las tapas de los tanques horizontales de gas. Los ayudantes Galdino y Cirilo caminaban a su lado en la calzada central de la zona de proceso. Detrás, Dionisio empujaba el carro de la herramienta. Marchaban en silencio, agobiados por un cansancio que comenzaba a invadirlos no bien cruzaban las puertas del centro de trabajo y marcaban la

tarjeta. Lo fatigoso no es el trabajo —solía decir Galdino— sino la convicción de que es un trabajo sin sentido. Aflojar las tapas de un tanque que otros limpiarían para que el procesamiento del gas se cumpliera sin imperfecciones, y nada más. Soldados de ejército industrial, acataban órdenes, pero las cumplían a sabiendas de que no formaban parte de sus vidas, a sabiendas de que la vida, las vidas, comenzaban una vez que salían a la calle.

Al pie de los tanques horizontales el maestro Nicolás pidió las llaves de golpe de una tres cuartos y el marro. Tomó el marro Galdino, el maestro Nicolás sostuvo la llave en posición correcta, Dionisio aguardaba el momento de tomar el marro y a Cirilo lo echaron a buscar un bote con aceite para guardar las tuercas y tornillos.

Acumulábanse los golpes sobre el muy golpeado cubo sólido de la llave de golpe. Galdino levantaba el marro, lo dejaba caer zumbante una vez, otra, toc, toc, toc, hasta que el maestro Nicolás decía está bueno. Dionisio, estopa en mano, ¿qué pasó, Galdino, fuiste a la manifestación ayer? Levantaba el interrogado el marro, lo dejaba caer, claro, fuimos como veinte. El maestro Nicolás está bueno, y pasaba la llave a otra tuerca. Dionisio, empapada la estopa en gasolina, limpiaba las mordazas de una stillson. ¿Te tocaron los madrazos? Galdino colocó el marro cabeza abajo sobre el piso de cemento, apoyó las manos en el extremo del mango, apenas hoy me vine a enterar de que salieron tanques y soldados de palacio. Ándale, Galdino, ándale, ya es mucha plática, si no puedes dale el marro a Dionisio. Arriba el marro, toc, toc, toc, tlin. Cómo serás pendejo, por poco

Gerardo de la Torre y me partes la madre. Perdóneme, maestro. Dale el marro a Dionisio, ándale, Dionisio. Dionisio se echó saliva en las manos, las frotó, le buscaba la manera cómoda al mango. ¿Para qué tienes esas manos, tan grandes, Dionisio? Para madrearte mejor, toc, toc, toc, toc, toc, ahí'stá bueno. Dice el periódico que no hubo detenidos. El maestro Nicolás separó la llave del tornillo ya flojo, qué le creen a los periódicos, todos están más vendidos que mi suerte. A ver, ¿cuándo sale algo de los políticos millonarios bola de bandidos? A ver, ¿cuándo? Órale, maestro, ¿no que tenía mucho apuro? El maestro acomodó las estrías de la llave, arriba el marro, zzztoc. Cirilo llegó con un bote lleno a medias de aceite y el maestro Nicolás vayan quitando los que ya están flojos, los dos cabrones, tú y Galdino. Con llaves españolas terminaban de desenroscar las tuercas, desencajaban los tornillos y las piezas iban a dar al bote con aceite para que el óxido no las apretara. ¿Y es cierto, toc, que pusieron en el Zócalo una bandera de huelga? Yo no vi ni madres. Flojos todos los tornillos de la primera tapa, el maestro Nicolás y Cirilo se dirigieron a la segunda. Acometió Cirilo con el marro, carajo, lo malo que era no haber nacido hijo de rico. Dionisio y Galdino, allá, se morían de risa mientras desenroscaban las tuercas.

Lozano Pérez Arquímedes antes de Luque Pérez Heriberto. Urrutia de León Gilberto. Gómez Espejel Heriberto antes de Gutiérrez, animal. El montón de documentos frente a Marco Lépido, cuya primera tarea cotidiana consistía en

ordenarlos alfabéticamente para que después otro empleado de sueldo similar los archivara. No era Marco Lépido de esos empleados que dejan para después sus obligaciones aunque finjan hallarse ocupados y mantengan el escritorio cubierto de papeles. Para Marco Lépido lo primero era el trabajo: cumplir. Así lo señalaban los cartelitos diseminados en las paredes de la oficina: “Nuestro lema, cumplir”, “Cumple y la patria te premiará”, “El mejor servidor es el cumplidor”. Cartelitos y frases, dicho sea de paso, ideados por Marco. Llegaba Marco Lépido a las ocho en punto de la mañana, se ponía los cubremangas de vinil y comenzaba la tarea ordenadora. Concluía a eso de las diez, entregaba los papeles al archivista y se tomaba quince minutos para reflexionar. En estos quince minutos acontecía la parte teórica de su existencia. Una revisión escueta del trayecto histórico nacional, y de esta revisión, sumada a la voluminosa acumulación de discursos del presente, debía surgir la frase política perfecta, compendio, síntesis y explicación: México en un pellizco.

Inmerso en sus pensamientos se hallaba Marco cuando el delegado sindical se detuvo junto a su escritorio. Retornó el empleado de la etapa de los cuartelazos posindependientes y escuchó el susurro que informaba de la suspensión de labores a las once de la mañana.

—Y eso, ¿por qué?

—¿No lees los periódicos, compañero? ¿No te has enterado de los actos antipatrióticos de ayer, del agravio a nuestra enseña patria perpetrada por los estudiantes?

El delegado tomó aire suficiente para llenarse los pulmones. Con la cabeza echada atrás hizo una pausa,

Gerardo de la Torre contempló a los oficinistas escasos congregados en torno al escritorio. Tronó su voz.

—Una bandera rojinegra, símbolo de intereses políticos antinacionales, fue colocada en el sitio donde siempre debiera ondear, magnánima y espléndida, nuestra amada bandera tricolor.

Los empleados, todos, abandonaron sus puestos y rodearon al orador. Gente del público, mal servida, introdujo la cabeza por las ventanillas con intención recriminatoria, pero ante el hecho retórico guardó silencio, encarceló sus quejas.

—Los apartidas, los incendiarios, los malintencionados, provocan el desorden para llevar agua al molino de su nefasta ideología y sembrar con discordias el camino de nuestra idiosincrasia. Porque, todos lo sabemos, la mexicanidad tiene sus propios símbolos, sus héroes y caudillos autóctonos, su camino impostergable y su muy particular ideología...

Interrumpió el discurso el delegado. Al advertir Marco Lépidio, gracias al gesto desconcertado, que el orador se había quedado sin gas, que no acudían en su auxilio frases contundentes o al menos algunos adjetivos redentores, se atrevió a soplar: nacida en el fuego de los combates...

—...nacida en el fuego de los combates —logró desatascarse el delegado, y siguió, atendiendo el consejo de Marco—... por la independencia / la reforma / y la Revolución.

Los aplausos se desencadenaron, aunque hubo gritos que acusaban al orador de farsante, vendido y demagogo. El delegado pedía silencio con los brazos en alto. Marco Lépidio suspiraba de felicidad.

—Hoy, compañeros, a las doce del día, en el Zócalo, llevaremos a cabo un acto de desagravio a la bandera nacional. En vez de los colores rojinegros que quieren los apartidas, ondeará en el asta verde de la esperanza, el blanco de la pureza y el rojo del patriotismo que inflama nuestros corazones. He dicho.

El orador bajó del escritorio y se fundió en un abrazo con Marco Lépidio. La oficina volvió a la normalidad, pero el espíritu de Marco quedó conturbado. Le quedaban escasos minutos para idear una frase que elevaría como consigna en el desagravio.

A las once de la mañana cesaron las labores. Los empleados salieron de las oficinas y se les hizo formar en la calle; al frente la banda de guerra, en seguida las empleadas guapas portando estandartes sindicales, al final de la masa. Los dirigentes sindicales de mayor jerarquía marcharon detrás de los estandartes, encabezando a la masa y rodeados por sus incondicionales, pequeño grupo de apoyo que incluía a Marco Lépidio.

Las cajas y los clarines tocaron paso redoblado y se inició la caminata. Los delegados sindicales, con brazaletes azules, se mantenían en las orillas de la columna, vigilando que no se fueran a colar extraños, pero sobre todo que no la abandonaran los compañeros oficinistas que bajo el sol más ganas tenían de beberse una cerveza helada que de asistir a un acto tedioso y zonzoso.

La formación zigzagueó por las calles que llevaban al Zócalo, atareados los de la banda, impasibles los representantes sindicales, y los servidores públicos gruñones, acalorados, desganados. Así desembocó la columna en la

plaza mayor y entonces comenzó a levantarse aquí y allá un grito y al cabo cundió entre la multitud. Somos borregos, nos llevan... / Somos borregos, nos llevan... / Somos borregos, beee.

El secretario general del sindicato se dio vuelta con el rostro encendido, con ánimo de dictar allí exclusiones y castigos, y se encontró con mil bocas que gritaban: beee. Corrió el representante al frente de la columna y exigió a los de la banda:

—¡Toquen más fuerte, cabrones!

Pusieron unos mayor esfuerzo en los redobles, otros soplaron con toda la potencia de sus pulmones, mas por encima del ruido de pífanos y atabales continuaba el clamor: Somos borregos, nos llevan... / Somos borregos, beee.

Uno de los dirigentes observó las miradas que le dirigían sus incondicionales.

—Y ustedes, ¿qué me ven?

—¿Qué hacemos? —preguntó alguno.

—Canten algo.

—Pero ¿qué?

—Aunque sea El abandonado.

Con todo, sobrepasando a las voces que desgarraban —y en ese momento no valían exigencias de cuadratura o tono— la canción popular, se elevaban aquellas, en ese momento puras, liberadas, auténticas, que sencillamente decían somos borregos, nos llevan... / somos borregos, beee.

Los grupos de burócratas que convergían en la plaza pronto se contagiaron del estribillo. Cierta que cuando comenzó el izamiento de la bandera tricolor disminuyeron los gritos, aunque arreciaron y se multiplicaron cuando el ora-

dor oficial dio principio a un discurso que a nadie interesaba. Un pobre monigote enmudecido, desdibujado, suplicante.

Las puertas del palacio se abrieron de pronto y arrojaron carros de combate. Avanzaban los carros hacia la multitud y los hombres y las mujeres abandonaban los lugares que se les designaron, corrían, se desbocaban.

Imperturbable, ajeno al pánico, Marco Lépidó mantuvo su puesto. La estampida había originado la formación de grupos irregulares, circunstanciales, y en el desconcierto cargaban los carros contra ellos y los dispersaban, sólo para que en otros sitios volviesen a formarse grupos semejantes. Asustados, con razón temerosos, como desvalidas bestezuelas protegiéndose en la manada, hombres y mujeres permanecían reunidos unos instantes preguntándose sin palabras, mediante meros gestos, con los ojos desmesuradamente abiertos, hacia dónde escapar. Parecían esperar que, gracias a un milagro, apareciera una fórmula salvadora, la que fuera, mas en cuanto se aproximaba algún vehículo represivo partían a la carrera en direcciones múltiples, ciegos, sin rumbo. Únicamente Marco Lépidó permanecía erguido y sereno en el sitio que ocupó desde el primer momento, y cuando un carro de combate se le acercó, enfiló hacia él, se volvió hacia la bandera y firme, impertérrito, colocó la palma de su mano derecha en el sitio del corazón. La máquina continuaba avanzando y amenazaba con aplastar a Marco. De golpe, entonces, se detuvo a un metro escaso del devoto. La cabeza de un soldado asomó por la torreta.

—Quítese, pendejo. ¿Quiere que lo *atropéllemos*?

Eran las tres de la tarde. Los trabajadores marcaban sus tarjetas y salían con extraña prisa. Por entonces un buen número se quedaba a escuchar a los estudiantes politécnicos que hablaban de salarios miserables, explotación, infames condiciones de trabajo, la necesaria democracia y el sindicalismo independiente. Sobre la amplia calzada que corre al costado sur de la refinería, Arturo y Galdino veían aproximarse un camión politécnico. Cuando el vehículo se hallaba a tiro de piedra, de las callejuelas perpendiculares salieron un yip y dos camiones de transporte de tropas. El yip y uno de los transportes cortaron el avance del carro politécnico. El segundo transporte se colocó detrás para cerrar la retirada. Desde las puertas de la refinería cientos de trabajadores permanecían atentos. En las azoteas y ventanas de casas y edificios de la vecina colonia Plenitud, docenas de hombres, mujeres y niños observaban. Los soldados salieron de los transportes, caladas las destellantes bayonetas, y abordaron el camión estudiantil. Galdino le dio un jalón a Arturo.

—Vamos.

—¿A qué?

—A ayudarles, tenemos que hacer algo.

—Estás jodido. ¿Cómo? ¿A salivazos?

Las ventanas del camión permitían ver el movimiento de los militares, que dejaban caer las culatas de los Máuser. Algunos estudiantes, hombres y mujeres, fueron obligados a salir del vehículo y los colocaron contra una pared. En el fondo del camión, arracimados, encogidos,

los restantes muchachos eran sometidos a una trituración lenta, meticulosa. Arriba y abajo golpes de las botas claveteadas, culatazos, punciones, mofas, puñetazos, quejidos, mutilaciones.

—Son nuestros hermanos, nuestros compañeros. ¡Vamos!

—No seas pendejo, no podemos hacer nada.

Los estudiantes sacados del camión, una vez ablandados, fueron devueltos al interior. Petroleros y vecinos de la colonia Plenitud se hallaban cada vez más cerca del escenario de los hechos. A uno y otro lado de la calzada se escucharon gritos de protesta. Desde ventanas y azoteas las mujeres insultaban a los militares. Alguien gritó: ¡Asesinos!, y el grito se multiplicó en las gargantas de hombres y mujeres, coro montaraz cuya persistencia obedecía sin duda a la convicción de que la fuerza sola del ensalmo pondría fin al aporreo. ¡Asesinos! ¡Asesinos!

El oficial, que había dirigido la operación desde un auto civil estacionado a escasos metros de la puerta del centro de trabajo, dio la orden de marcha y subió al yip. El camión politécnico y los dos transportes militares avanzaron. El auto particular quedó bajo la custodia de dos soldados. Cuando la caravana desfiló ante la masa obrera los insultos se multiplicaron. En la parte trasera de los transportes los soldados mostraban las ametralladoras allí montadas y los fusiles, y señalaban a la multitud y había risas y gusto en los rostros castrenses, y la gente, amas de casa, párvulos, trabajadores, tenderos, muchachos sin oficio, pueblo menesteroso y bocabajeado no podía más que apretar los puños, gritar su rabia, llorar hacia dentro.

En cuanto desapareció el convoy los trabajadores rodearon el auto del oficial. Los dos soldados subieron los cristales de las ventanillas, abrazaron los fusiles. Inquietos, miraban las caras hoscas, tiasas, los cuerpos cargados de una tensión que adivinaban próxima a estallar. Cruzaron los soldados unas palabras y de pronto, con movimientos concertados, abandonaron el auto y se colocaron a un lado, muy juntos, espalda con espalda, un solo miedo. Los rifles apuntaban a lo alto, las manos se hallaban lejos de los gatillos, en evidencia de que no pretendían disparar. Un tiro, dos, una ráfaga y, cierto, caerían muertos o heridos algunos trabajadores, pero la masa iba a avanzar rencorosa y sin freno y con puños desnudos los machacaría. No, mejor que en los fusiles vieran inofensivos artefactos de madera y metal. Pero de más allá del círculo de los trabajadores que se estrechaba llegaron piedras. Los soldados apuntaron las bocas de los fusiles hacia la multitud, se abrieron paso, corrieron asustados.

—También saben correr —dijo Galdino, y arrojó una piedra contra los que escapaban.

Los de uniforme hallaron abierto un lejano portón en la cerca metálica y desaparecieron. La masa se volvió contra el auto del oficial. Las piedras destrozaron los cristales del auto y abollaron la carrocería, las navajas se hundieron en las llantas.

—¡Vuélquenlo! ¡Vamos a volcarlo!

Los trabajadores asieron, levantaron, empujaron. Como en una maniobra de trabajo coordinaban los esfuerzos con gritos rítmicos.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Ep! ¡Ep! ¡Ep! ¡Ep!

El auto cayó de costado, se balanceó unos instantes, quedó quieto, rojo insecto monstruoso e impotente. Una piedra certera abrió un boquete en el tanque de la gasolina y el líquido comenzó a escurrir. ¡Atrás! ¡Échense atrás! Alguien arrojó un cerillo y altas llamaradas se elevaron en el centro de la calle y crecieron los gritos jubilosos. Al cabo enronquecieron aquellos adultos transformados en niños, se fatigaron en danzas, saltos y cabriolas. Eran los dueños de la calle, dueños también de ciertos poderes confusos, imprecisos. A unos pasos, más allá de la cerca que circunda la refinería, los trabajadores eran otros, cotidianamente sujetos a horarios, reglamentos, órdenes de trabajo. Aquí, en torno a la hoguera, ¿quién iba a dar las órdenes?, ¿de dónde partirían las exigencias?

El Heraldó, 30 de agosto de 1968. ESTUDIANTES ALBOROTAN EN PEMEX. Un grupito de estudiantes incendió ayer un automóvil particular a las puertas de la refinería de Azcapotzalco, para impedir el reparto de gasolina. Después de las tres de la tarde, las pipas no salieron a repartir el combustible y en las gasolineras se formaron largas colas. El director de Petróleos Mexicanos ha solicitado protección militar para los transportes y las instalaciones de esa dependencia. No hubo desgracias personales que lamentar.

¿Cómo es que estás metido en esto, Arturo? ¿Cómo es, Arturo, que no te acosan miedos ni temblores? ¿Cómo le

haces? Pero no se crean eso de que no acude el miedo. Se siente, fuerte. Tiemblan las piernas, se te reseca la boca, el corazón brinca y rebrinca. Pero así nos tocó, en eso estamos. Desde siempre me ha gustado la lucha, participar por poco que se pueda. Uno no logra acostumbrarse y en todas viene el miedo, a veces más, a veces menos. Hace años que ando en esto de la oposición. Para qué voy a decir que una oposición siempre brava, pues a veces me toca navegar con oportunistas, sacadineros, buscahuesos, y algo les dan y se acaba el movimiento. Allá por el 62 anduve de infantería con uno muy vivo que hizo un periodiquito, *El Buscapiés*. Sacamos unos doscientos ejemplares del primer número denunciando a los líderes de entonces, Adolfo Ruiz y Ángel García. Hicimos luego el número dos y Ranulfo, mi socio, me dijo que no lo fuera a repartir. Le di dos ejemplares y guardé los demás, pero pasaban los días y Ranulfo aguántalos, aguántalos, y nada de acción. Poco después me enteré de que Ranulfo había hablado con los líderes y pedido ayuda social, dinero, pues. Me dio coraje y una mañana tomé el tambache y me fui a repartir los periódicos. A medio día Ranulfo me buscó. Ya ni jodes, Arturo, hiciste mal en repartirlos, ya Adolfo y Ángel iban a darnos terreno en la colonia petrolera, becas para nuestros hijos, préstamos si queríamos. Habían comprado al muy traidor, ahí tenga usted unos billetes y se calla. Y se acabó. Le dije a Ranulfo que se fuera a la chingada, yo iba a seguir sacando el periódico solo o a ver con quién. Seguro que fue con el chisme porque al otro día me encontré con Ángel y me lanzó amenazas, déjate de pendejadas, Arturo, te vamos a chingar. Nos hicimos de palabras y me dio una cachetada. No sé dejarme

y hasta las lágrimas se le salieron del trompón que le puse. Me dijo que iba a vengarse y trató, no crean. Una noche salía yo a trabajar vi dos sospechosos en la esquina de mi casa. Monté en la bicicleta y me fui despacito. Vi que se separaron, uno a cada lado y con no muy buenas intenciones. Pues abrí mi mochila, saqué dos botellas con gasolina que había preparado, las encendí y se las aventé. No vayan a pensar que eran botellas grandes, no, pequeñas. Los dos cabrones echaron a correr, y como siempre cargaba yo mi 22, los perseguí a balazos varias cuerdas. Ya no volvieron a meterse conmigo, pero de que da miedo, sí da, por macho que se sienta uno. Como les decía, he andado en muchos movimientos de oposición y a veces nos va mal y a veces peor, pero allí sigue uno, terco. Cuando comencé a juntarme con los muchachos del movimiento de ahora, me pusieron a estudiar marxismo. De eso no se me ha pegado gran cosa, solamente entiendo que a los trabajadores nos toca la peor parte y los patrones y el gobierno nos joden. Contra eso estoy y aquí me tienen, firme, participando.

María limpió el termómetro con un algodón empapado en alcohol y lo metió en el ano del Innombrado. Permaneció de pie junto a la cuna, mirando el cuerpecito con el culo al aire y el termómetro erguido como un mástil. Breves espasmos sacudían la ropa, agitaban la cuna. Tosió el niño y las manos de María le oprimieron la espalda para contener la violencia de las convulsiones. Acercó María el oído a la boca del Innombrado, escuchó en sordina un ronco silbido abriéndose paso entre los tejidos inflamados. El termóme-

Gerardo de la Torre marcó 39,7 grados, que a María le dijeron menos que la ardiente piel del niño.

María dejó el termómetro y fue a sentarse frente a la pantalla donde bandidos y policías se disputaban un puñado de dólares. En los cortes comerciales iba a mirar al niño, a tocarlo, segura de que la fiebre seguía allí, segura de que cualquier esperanza en contrario atraería la mala suerte.

En una o dos horas terminarían los programas de televisión. Si para entonces no cedía la calentura, una vez que el último locutor, con la última sonrisa de la jornada, diera las buenas noches, correría a buscar ayuda con los vecinos, o en la calle, o en los pasillos de alguna clínica para menesterosos. Mientras tanto, contemplaba cómo el detective revolvía los desperdicios en un tacho de basura y al fin daba con el microfilme que condenaba a muerte al jugador de golf. En la circunstancia en que se hallaba, María se hubiera entregado con gusto al viejo que antes la fisgaba si él prometiera ayudarla, pero alguna vez lo había visto salir en camilla y jamás volvió a saber de él.

Si lo supieras, madre mía; si fuese verdadero aquello de los presentimientos de una madre, las premoniciones, las punzadas en el corazón a medianoche, allá, en la pequeña ciudad a una hora de México, sin duda vendrías, madre, abandonándolo todo: el hombre gordezuelo de brazos peludos, la comodidad de la cama, el calor de la habitación. Vendrías volando si el corazón te lo dijera. Pero la víscera nada te dice, nada turba tu sueño, nada interrumpe el abrazo que los funde. No te levantas, madre mía, sobresaltada y dices: vámonos, Armando, tengo que irme, mientras tomas de la mesilla de noche las medias y el sostén. Nada, madre

mía. Y pum, pum, dos balazos y cae muerto el jugador de golf, aprisionando todavía la pistola que no pudo disparar.

María se acercó al Innombrado. Ardía, se quemaba. Lo tomó en brazos, lo arropó con cuidado y con él fue a sentarse frente al aparato de televisor. Los silbidos eran intensos y más frecuentes. El cuerpecito se convulsionaba. María lo apretó fuerte. Qué otra cosa iba a exigirle. Lo mantuvo oprimido contra el pecho. Qué más podía hacer la niña que ella era por ese niño acezante. Lo miró, miró el rostro afilado, rojo, átono, hecho como de pasta, rostro de muñeco feo. No lloraba. Ni siquiera le cruzaban el rostro rictus, arrugas, muecas, fruncimientos. No que fuera insensible, solamente que a su sensibilidad no la hería en lo profundo la consunción de un juguete, de un animalito que exigía cuidados y no le daba nada a cambio.

María se quedó dormida en el sofá y en la madrugada la despertó el zumbido del televisor. La luz de la pantalla vacía de imágenes le lastimó los ojos. Se levantó para apagar el aparato, y en el mismo movimiento colocó la cara contra la del niño. Permaneció largo rato con su piel contra la del niño. El rostro se fue agrisando, se le llenó de una gran tristeza. La fiebre había desaparecido. El Innombrado estaba frío. Muerto.

—A eso, Jesús, de las cuatro de la tarde, la calle era nuestra. Cierto que nos la arrebató por momentos el ejército, un pelotón que vino a poner orden, a someternos a un orden que, así fuera por unas horas, no estábamos dispuestos a aceptar. Ardía el coche, te digo, en el centro de la calle.

Se nos caía la baba. Aquello lo habíamos hecho nosotros. Nuestras manos volcaron el automóvil, nuestras manos perforaron el tanque de la gasolina, fueron manos obreras las que arrojaron el cerillo encendido. Éramos dueños de la calle. Permanecíamos en ella sin saber para qué. ¿Para qué carajos seguíamos allí? Perdiendo el tiempo, disfrutando del espectáculo. No es cierto y tú lo sabes y todos sabemos que no es cierto. Estábamos allí paladeando el poder. Esa clase de poder, de muchos, de la multitud. No sé, lánzate contra una reja, golpéala con toda tu fuerza, destrózate los hombros y las piernas y la puerta no cederá. En cambio si somos cien, mil, y nos lanzamos contra esa reja, la reja se va al suelo así —chasqueó los dedos Galdino, hizo una pausa, bebió un reconfortante trago de cerveza.

—Uno de los jefes ingenieros llegó en su camioneta con un pelotón, diez soldaditos encaramados allá atrás, con los fusiles listos. Venían a enseñarnos la lección, a sorrajar-nos un culatazo y aprenda, desgraciado, a respetar lo que no es suyo, la propiedad privada, pero sobre todo el orden, ¡el orden, carajo! —golpeó Galdino la mesa, hizo retemblar vasos y botellas y fichas de dominó. Seguro que el ingenierito pensaba que nomás de ver a los soldados saldríamos disparados como liebres, que de puro miedo frente a los uniformes y los rifles se nos caerían los pantalones, Jesús, y en vez de eso levantamos piedras y duro con ellos. Los soldados se cubrieron, bajaron de la camioneta atropellándose, bailaban alrededor de ella, pero las piedras venían de todos lados y las arrojábamos todos, trabajadores y niños y muchachos de la colonia Plenitud. El ingeniero echó reversa en su camioneta y escapó, jefe y todo, jefe allá adentro, y

vámonos, a la refinería de nuevo. Más tarde lo vimos por allí, de lejecitos nos echaba un ojo, tuvo el buen sentido de no acercarse porque te juro que le rompemos la madre, jefe y todo. Se escabulló, pero los soldados se quedaron allí, bajo las piedras. Nos apuntaban con los fusiles, se arrepentían, bajaban el cañón, lo dirigían hacia arriba, se apuntaban entre ellos y al fin echaron a correr hacia la puerta principal de la refinería. Allí había gente. Si los del pleito éramos trescientos a cuatrocientos, cerca de la puerta había no menos de quinientos compañeros —recordaba Galdino y sonreía—, y ven a los soldados que se les echan encima, no sabían si se les venían encima o qué carajas intenciones llevaban, pero se acercaban de frente, al parecer arremetían con los Máuser por delante. A correr entonces también los compañeros, hacia adentro, hacia el lugar sagrado. Los diez soldados qué ganas iban a tener de atacar, buscaron la refinería porque también les pareció buen refugio. Entonces allá vamos todos tras los soldados, que fueron a arrinconarse entre los relojes checadores. Ya los mirones y los peleoneros nos habíamos unificado. Rodeamos a la tropa, los insultábamos, no faltó el que intentaba arrebatarnos el arma. Te juro, hermano, que me dieron lástima los pobres soldados. Carne como la nuestra, asustados, sudorosos, ojitos de capulín llenos de miedo, la diferencia era que tenían uniformes y fusil, y al fusil se agarraban no porque en ese momento fuera a salvarlos, pues si se les iba un tiro allí se acaban, sino porque qué chinga le dan al que pierda el arma. Nos desfogamos a gritos, acabamos por serenarnos, volvimos a la calle. Unos veinte minutos después, y apuesto que los llamó el ingenierito, por el fondo de la calzada,

Gerardo de la Torre como quien viene del campo militar número uno, apareció un destacamento, ciento cincuenta, qué te diré —Galdino sacándose recuerdos, ayudando a la extracción con un sorbo de cerveza y dos fumadas—, trepados en carros de combate y con la bayoneta calada. Se acercaron y la tropa se desplegó de banqueta a banqueta y nosotros en la calle preguntándonos qué hacer. Entonces salió el superintendente de la refinería y nos pidió calma, nerviosísimo el hombre, cálmense, cálmense, no vayan a hacer locuras. Solo y su alma fue al encuentro de los soldados, lo vimos hablar con el jefe, un coronel, y de regreso no dijo que por favor nos fuéramos, daban cinco minutos, después iban a avanzar. Pasaron los cinco minutos mientras nos convencía el superintendente, que cada diez segundos veía el reloj, desesperado, y los soldados avanzaron cincuenta metros y a un grito cortaron cartucho. Vámonos, qué otra cosa nos quedaba. Así fue, Jesús, los muchachos no me dejarán mentir —Galdino, acurrucado en la silla, pequeñito, extendió las manos para mezclar las fichas del dominó.

—Vamos a jugarnos las otras —concluyó.

Igual que si lo hubieran retorcido, que si le hubieran dado en la cabeza con un pisapapeles y el alcohol que bebía se hubiese convertido en agua en ese instante. Desde el instante en que la mujer de larga cabellera negra le había guiñado el ojo una vez y otra y la tercera y Jesús se sintió obligado a responder con una sonrisa apenas dibujada, torpe, inconsciente. Fue una tarde, un anochecer, en un bar cercano al monumento a la Revolución, calle Ponciano Arriaga,

reservados penumbrosos, propicios para la conversación íntima, el manoseo de conceptos políticos o la borrachera vergonzante. Jesús se asomaba por allí de tarde en tarde y bebía sus tragos solo, haciendo la suma de los hechos que cada día lo atormentaban, amontonándolos con cierto goce. Respondió al guiño con una sonrisa desganada y a punto estuvo de darse vuelta y examinar al campo que abarcaba el guiño, por si no lo hubiesen dirigido a él. Estúpida precaución, porque sabía que nadie más se hallaba en los reservados. La mujer de la cabellera negra, treinta años largos, ¿cuarenta?, continuaba mirándolo, como invitándolo a conversar, como si algo pudieran decirse más allá de los cambios en el clima o la intensidad del tráfico. Se va haciendo imposible vivir en esta ciudad, señora. ¿La había atraído acaso la playera amarilla que siempre le daba suerte? ¿Y si se trataba de una prostituta? Jesús levantó su trago para brindar. La mujer alzó el suyo —mezcla de ron, jugo de naranja y agua mineral con gotas de granadina— en movimiento acelerado, abierta la sonrisa, los dientes castigados por la nicotina. Podría hablarse de la calidad de las bebidas, de la ventaja de las mezclas sencillas. Bebieron, distantes, y Jesús, con un ademán leve, pidió permiso para acompañarla en la mesa de ella. La mujer abrió los brazos para mostrar su plena disposición. Dieron sus nombres: Jesús, Patricia. Bebieron varios tragos sin que las confidencias rebasaran el marco de la información trivial: ocupación, edad (aproximada), ciertas inclinaciones. Guardaban para mejor ocasión la parte sórdida de sus vidas. Patricia hablaba de las prestaciones que disfrutaban los empleados de la empresa yanqui en que era secreta-

ria, y Jesús le miraba el rostro preguntándose si alguna vez besaría esos labios de movimientos exagerados. Apuntaba su pensamiento hacia los labios como podía dirigirlo hacia cualquier parte, porque no le interesaba la posibilidad de besarlos ni el hecho de que los empleados pagaran unos cuantos simbólicos pesos por la comida. No le despertaban entusiasmos Patricia la mujer, la hembra; no le atraía tampoco la plática vulgar, mero pretexto para aproximarse, pero entendía que los solidarizaba el alcohol. Jesús golpeó su vaso con un dedo y casi dijo las palabras: "Esto es lo que nos une". Eso, en verdad, pero también la soledad que los empujaba al trago. El trago como antídoto para la tristeza, la compañía como antídoto para la inmersión en los infiernos personales. Interdependencias, contracorrientes, evoluciones, tocar puertas, confusión de espejos, magma finalmente resuelto en la decencia con que se encendían el cigarro o se escuchaban. Estoy contento porque tengo mi alcohol y tú tienes el tuyo y lo bebemos juntos. Estamos contentos. Dividieron la cuenta, hicieron cita para cercana fecha y Jesús acompañó a Patricia a tomar un taxi.

Los dedos de Galdino se asían a la cuadrícula del alambreado. María se hallaba de espaldas a la cerca, gacha la cabeza.

—¿Por qué no me avisaste? Hubieras tomado un coche, lo hubiéramos llevado a un hospital.

María muda. En pocas frases había relatado muerte y funeral y nada más tenía que agregar. ¿Decirle que cómo, si estaba tan ocupado con sus mítines y juntas? No. Nada.

—¡Carajo!

Galdino sacudía la cerca y soltaba carajos. Carajo, una palabra neutra, inofensiva, que no lo comprometía. Podían pasarse allí horas, muda ella, él carajeando a la vida, porque después de todo era la vida, la simple existencia, la única culpable.

—¿Quieres ir a tomar un café?

—Vamos.

—¿Quieres ir al cine?

—Me da igual. Vamos.

Caminaron por un costado de la refinería hasta la parada de autobuses. Galdino intentó tomar la mano de María y fue rechazado. Guardó las manos en los bolsillos, enfurruñado, áspero.

—¿Para qué me buscaste si no quieres ni que te toque?

María no dijo palabra, no se dio por enterada. Caminaron en silencio hasta la esquina, donde Galdino compró un diario de mediodía. Se lo pasó a ella para que viera los cines.

—Búscale, a ver a qué cine vamos.

—A cualquiera —dijo María y devolvió el periódico sin siquiera asomarse al interior.

—Así no se puede, así no se puede —masculló Galdino mientras revisaba la cartelera. Eligió la película con cuidado, nada que pudiera deprimir a María, nada triste, nada cómico.

—¿Vemos una de vaqueros?

María se encogió los hombros.

Terminaron yendo al cine Cuitláhuac, donde pasaban *Reflejos en un ojo dorado*. Galdino adquirió los boletos, entraron, y mientras él compraba refrescos y palomitas, María desapareció. No la encontró en la sala, no la vio des-

pués de la función, no sospechaba que solamente tendría noticias de ella semanas después, cuando todos estaban hechos pedazos.

En el auto, Raúl, Fegan y Alejandro disfrutaban la presencia de María. Los cuatro, en el asiento trasero, compartían una botella, cigarros. María tomaba la botella y bebía, alguno se la arrebatava mientras otro se hallaba muy entretenido besándole las piernas y Alejandro le pedía que se quitara el brasier. Para qué, si aquél ya tenía las manos dentro. Para sacarlas, se le estaban entumiendo, y además quería acariciarle las piernas, a ver si Raúl se las besaba. La cajetilla de LM fue a dar al piso y Raúl no quería buscarla, que la buscara Fegan si tantas ganas tenía de fumar. Entonces Fegan encendió la luz y María corrió su falda hasta las rodillas, con cara de murciélago Raúl maldijo. Alejandro encogía los dedos los extendía los encogía. Por aquí se cayó, murmuraba Fegan, hagan a un lado las piernas, y al fin encontró la cajetilla, ofreció un cigarro a María, se lo encendió y arrojó la cajetilla al suelo, si quieren fumar, búsqüenla, apagó la luz. Sus manos trabajaron de prisa para bajar los calzones de María, después para abrirse la bragueta. Raúl otra vez besuqueaba las piernas, qué sorpresa iba a llevarse si se lanzaba al triángulo del diablo. Alejandro, arrinconado, se excitó respirando olor tan animal, comenzó a frotar el cuello de la botella, subía y bajaba la mano, el cuello de la botella, el cierre del pantalón vaquero, la mano subía y bajaba por el encolerizado pene. María se dejó bajar los calzones, le dieron risa los intentos de Fegan por hacerle el amor,

lo mucho que batallaba, pero al fin se puso muy seria y acarició la cabellera de Raúl, que seguía volcado sobre sus piernas. Alejandro, lloroso, suplicaba que le prestara una mano. Rechinaron los dientes de María, Fegan respiraba cada vez más fuerte, la mano de Alejandro subía y bajaba más rápido, todavía más rápido y sin una mano amiga y luego vació el semen en su propia mano para que Raúl no le recriminara la porquería, ya te conozco. Raúl levantó la cabeza, encontró, hosco, la botella reclinada en el cuerpo de Fegan, bebió el sobrante. Vámonos a Veracruz. Fegan, que se sentía el jefe, le preguntó a María si se animaba. ¿Y por qué no iba a animarse? Alejandro, echado en el rincón, sí, vamos, al fin no tenemos clases. Camino de la carretera compraron otra botella. Raúl iba adelante, con Alejandro. En el asiento trasero Fegan y María trataban de ocultar sus acciones, pero Alejandro, que los espiaba, sintió ganas de hacerse otra puñeta.

Como el prelude de una desgracia. Le trajeron el primer trago y jugando con el cubilete y los dados lo volcó. Se hizo a un lado para que el líquido no se le echara encima. El mesero se acercó con un trapo y mientras limpiaba preguntó si lo reponía. Sí, que le trajera otro. El trapo, ave de mal agüero, aleteaba sobre la mesa. Quítame ese trapo de enfrente y tráigame el salero, hubiese querido decir, pero no se atrevió, aunque no le faltaban ganas de arrojar unos granos de sal por encima del hombro izquierdo. La desgracia, posesionada del espacio en que Jesús moraba, se disponía a acometer. El mesero trajo el ron con agua mineral, sonrió,

muy mal eso de desperdiciar los tragos. Jesús hizo a un lado el cubilete y se apoderó del vaso. Ahora, a las cuatro de la tarde con diez minutos, se arrepentía del ataque de honestidad que lo llevó a concretar cita con Galdino. Tenía que hablarle del asunto (y qué de sombras, qué sombra repetida merodeaba en torno a esta sutil palabra) porque la boca cada vez se le llenaba más de un vómito viscoso. Pero mejor se lo decía otra vez, con mucho ron adentro, abierto y miserable, decrepito y lastimoso. A las cuatro quince Galdino empujó las puertas batientes de la cantina. Se detuvo en la entrada, un animal disponiéndose a internarse en zona desconocida, los nervios en tensión, el rostro apenas levantado, olfateando. Chucho de la Cruz le hizo una seña. Galdino aflojó los músculos, sonrió con sonrisa de hombre primitivo, mostrando la dentadura completa y el incisivo orificado. Galdino tomó asiento de frente a Jesús, pidieron tequila y cerveza para Galdino, otro ron para Jesús.

La mirada de Galdino interrogó a Jesús. Para qué la cita. Jesús preparaba una razón buena, pero a manera de preámbulo para una conversación que ni siquiera imaginaba hacia dónde derivaría, preguntó:

—¿Cómo están los muchachos?

Sin novedad, bien de salud, bien de estado de ánimo, enardecidos a veces, a veces temerosos, cuestiones de las cuales podrían informarle Efrén, Arturo o Leoncio. Seguramente te preguntas, Galdino, para qué te cité en este lugar, solo. Qué designios me obligaron a hacer esa llamada intempestiva. Galdino miraba hacia la barra, donde el mesero colocaba bebidas en una charola. Las manos de Jesús

Muertes de Aurora tamborilearon en la mesa, impacientes. Cómo necesita los alcoholes ese ciudadano, quiere decir algo, qué, invitarme a un círculo de estudios, ofrecerme libros a crédito o, lo que es más grave, tirotearme con historias de su vida atormentada. El mesero trajo el material y Jesús levantó su vaso para decir salud. Galdino saló una rajita de limón y chupó el jugo. La boca se le aciduló y su cuerpo se contrajo en un escalofrío. Bebió el tequila.

Trataban de adivinarse, movían preguntas y respuestas en un aire turbio, allá, en lo hondo, donde no afloraban. Te voy a decir, Galdino. Te voy a responder, Jesús. Pero las palabras escaseaban. Jesús preguntó por los muchachos nuevamente y Galdino condujo a otros terrenos su respuesta. Monzón tenía problemas con la mujer, Caballero abandonó la escuela comercial, Chávez estaba en quiebra y su mujer vendía comida frente a una fábrica en Tlalnepantla.

—¿Para qué me citaste? —preguntó Galdino.

Jesús bajó la mirada y la dejó seguir los signos que su índice trazaba en la humedad de la mesa. Hubo un silencio tenso, un breve momento durante el cual los sonidos de la cantina y de la calle parecieron adormecerse.

—Para nada —dijo Jesús.

—¿Entonces?

—Ganas de platicar.

Galdino miró el reloj. Bebió la cerveza que tenía en el vaso y sirvió lo que quedaba en la botella. Francamente, Jesús, 32 años, dedos nerviosos que repasaban figuras en la mesa, le inspiraba lástima. A los treinta años se alcanza el punto de quiebre. Llega el momento en que hay que

Gerardo de la Torre pensar menos en el presente y preocuparse un poco por el futuro. Todavía se tiene fuerza, empuje suficiente para trabajar duro y asegurarse una vejez tranquila. Una manera de quebrarse. ¿Lo estaba aplastando el momento político? ¿O estaba aniquilado desde nueve años atrás, desde el instante que lo despidieron de la refinería por motivos políticos? ¿O lo había puesto en crisis la muerte de su mujer? En todo caso, quebrado estaba, roto. Sus mecanismos sólo echaban a andar con el alcohol y ahora estaba envalentonándose con tragos, quizá para invitarlo a hundirse con él en sus llameantes infiernos.

—Vamos a tomarnos otra copa, Jesús.

—Si de veras tienes ganas, Galdino, la pedimos.

Y qué otra cosa podía desear Galdino, lleno de piedad, sino beberse todos los tragos que su estómago soportara y acompañar en su desdicha al amigo, caído arcángel de una utopía despedazada.

Sirva el presente para poner en conocimiento de la superioridad los hechos ocurridos los días 13 y 14 de septiembre del año en curso, como a continuación se describen. El día 13, como ya es de dominio público, los estudiantes llevaron a cabo una manifestación silenciosa, partiendo dicha manifestación del museo de antropología y llegando a la Plaza de la Constitución, como lo informaron los periódicos. Este servidor tuvo a bien realizar una inspección ocular durante dicha manifestación, a fin de recabar pruebas de primera mano sobre los trabajadores petroleros que estuvieron allí presentes. Tuvo este servidor la precaución de utilizar ahora sí un buen disfraz consistente en

bigotes, anteojos oscuros, sombrero de palma y bastón, además fingí una buena cojera para que no me fueran a reconocer como en la ocasión que ya tuve a bien reportar. Me llevé una cámara y tomé fotos que adjunto. Pues bien, a eso de las cinco de la tarde localicé a un grupo de trabajadores de la Refinería “18 de Marzo”, los cuales se hallaban junto a un árbol de los llamados truenos en la esquina de Paseo de la Reforma y Mariano Escobedo. Este servidor reconoció de inmediato a los conocidos agitadores Efrén Villanueva, Galdino Arrieta, Arturo Rodríguez, Fernando Rendón, a los que seguía un grupo aproximadamente de 15 trabajadores en total incluyendo a los antes enlistados. Se formaron los petroleros en la columna estudiantil y allí se les unieron más trabajadores, de manera que cuando comenzó la marcha ya había cerca de cincuenta, entre ellos algunos trabajadores transitorios. Para no despertar sospechas me fui a colocar, fingiendo todo el tiempo la cojera, por la Diana (de la que también adjunto foto) y allí esperé el paso de los petroleros. Cuál no fue mi sorpresa cuando me di cuenta de que su número se había elevado aproximadamente a ciento cincuenta. Una vez que pasaron por ese sitio me adelanté y me coloqué entonces frente a la Embajada de Estados Unidos, por donde los petroleros, en número de más o menos doscientos, pasaron con tres mantas y no solamente con una. Las mantas decían: **LOS PETROLEROS PRESENTES. LOS PETROLEROS APOYAMOS A LOS ESTUDIANTES**, y la última, **INDEPENDENCIA Y LIBERTAD SINDICAL, ABAJO LOS LÍDERES CHARROS**. Debe este servidor reconocer que la gente les aplaudía con entusiasmo a los trabajadores y yo también tuve que aplaudir no fuera a ser que sospecharan. Más tarde me fui hasta el Monumento a Cristóbal Colón, donde tomé otras fotografías, en ese momento ya

de unos quinientos trabajadores. El siguiente lugar donde me puse fue frente al edificio de Petróleos. Allí entre la multitud estaba el ingeniero López Mendoza, antiguo jefe de nuestro Taller Mecánico trasladado a las oficinas generales con motivo de los acontecimientos del día 29 de agosto en la Refinería. Pasó por allí el grupo de trabajadores de la Refinería y no faltó quien descubriera al citado ingeniero López Mendoza. La superioridad está enterada que la manifestación era silenciosa, algunos estudiantes llevaban tela adhesiva cruzándoles la boca, y los petroleros también iban en silencio pero, como digo, descubrieron al ingeniero y fue cosa de verlo y en seguida comenzaron a chiflarle ofensivamente, recordándole a sus seres queridos. El ingeniero, discretamente, prefirió entrar al edificio de Petróleos a ocultarse. Yo me fui siguiendo a los trabajadores de la Refinería hasta el Zócalo y allí se dispersaron y volví a mi casa a eso de las 21 treinta horas. Al día siguiente, sin embargo, en la puerta de la Refinería pusieron un automóvil particular que tenía los vidrios rotos y la carrocería abollada. En el coche había un letrero que decía: ESTE AUTO YA DIALOGÓ CON EL GOBIERNO. Se hizo un mitin en el que tomaron la palabra Galdino Arrieta y Antonio Chávez. Dijeron que ese coche pertenece al trabajador Manuel Paredes, ficha 24340, que presta sus servicios en la contaduría, y que había sido destrozado por gente mandada por el Gobierno en el estacionamiento del museo de antropología. Tal afirmaron calumniosamente. El mitin comenzó a las 11 de la mañana y terminó cuarenta y un minutos después. Asistieron poco más de doscientos trabajadores y muchos otros estuvieron curioseando alrededor del automóvil. Aprovecho la oportunidad para dirigirme a mis dignos superiores a fin de que autoricen que los vidrios rotos y las abolladuras que sufrió

mi coche particular, sean reparados en el Taller Mecánico de esta Refinería, pues considero que se trata de un accidente en el servicio, ya que mi auto lo dejé estacionado en el museo de antropología para seguir la manifestación.

En los últimos días del mes de agosto, en Veracruz el calor es terrible. La ropa se pega al cuerpo y acosa el deseo permanente de beber agua helada o cerveza. No dan ganas de nada, como no sea de tenderse en una hamaca en el porche del hotel, abanicarse, soñar con aire acondicionado o un esclavo negro siempre dispuesto a menear el abanico con plumas de avestruz. María renegaba del hotelucho de tercera, y de Raúl, Fegan y Alejandro que se perdieron quién sabe dónde y a ella, estúpida, la dejaron clavada en esa hamaca.

—¿Dónde puedo poner una tarjeta? —preguntó María a la empleada del hotel que la miraba desde detrás de un escritorio percutido por el salitre y el tiempo.

—Aquí nomás a tres cuadras, doblas y allí esta el correo.

María fue por el monedero a la habitación que ocupaba con Fegan, si no es que se lo habían llevado. Unos cuantos billetes de baja denominación y moneda fraccionaria. Tomó uno de los billetes y se fue a buscar el correo.

En una tarjeta con amanecer escribió unas palabras para Galdino. “Me vine de vacaciones con una tía. Me estoy divirtiendo mucho. Yo no conocía Veracruz, es muy bonito. Lástima que estés tan ocupado y no puedas venir.” Depositó la tarjeta y volvió al hotel, a la hamaca, a ver a qué horas llegaban esos desgraciados, eran capaces de dejarla

Gerardo de la Torre
sin comer. En el camino bebió agua de guanábana y con la
sabrosura de la fruta se sintió feliz de estar en Veracruz.

A las doce de la noche Galdino se puso un pantalón y una camiseta y subió a la azotea. Se sentó en el piso de cemento, apoyado en un tinaco, a un lado cigarros y cerillos, respiró profundo, muy profundo. De la calle llegaban escasos ruidos, apenas un auto que pasaba, perros ladrando, la sirena lejana de una fábrica, el pitido de una doliente locomotora. Arriba, imperturbable, el cielo oscuro y estrellado. Galdino encendió un cigarro y lanzó el humo hacia el firmamento, hacia una estrella grande y amarillenta que parecía parpadear. Le vino a la cabeza el recuerdo de su padre, el viejo. ¿De qué hablaba el viejo cuando hablaban? Hombre silencioso, trabajador cumplido, sin tacha. Siempre al margen de la política, nada de líos con el sindicato, ni hablar con esos bandidos, no tocarlos. Y a Galdino jamás se le ocurrió preguntarle por qué, aunque lo recordaba diez años atrás saliendo furtivamente de la casa después de hablar con la madre, recordaba el portaviandas de peltre azul en su sitio, vacío el sillón favorito. El viejo era de esos trabajadores que no le robaban un minuto a la empresa. Al trabajo, decía —y esto lo supo Galdino por los compañeros de trabajo de su padre, algunos de ellos compañeros suyos ahora—, hay que venir cagados y meados. Jamás se iba a los excusados a leer periódicos; los tiempos muertos los aprovechaba para limpiar la herramienta, ordenar su depósito de materiales, refrescarle la cuerda a tuercas y tornillos. Incapaz el viejo de sentirse enfermo por una gripe común y corriente, y un

poco de fiebre no lo tiraba en cama. Llegaba del trabajo, comía tranquilo y con lentitud, se desabrochaba después el cinturón y leía el periódico echado en el sillón. Cuando comenzaba a leer Galdino se iba a la calle, porque si algo molestaba al viejo era que un grito o un sonido estrepitoso lo distrajeran de la lectura. Ahora Galdino, la mirada vagabunda en el cielo, recordaba los días del sillón vacío, los días en que el viejo comía de prisa y se iba sin darse tiempo de leer el periódico. Anduvo el viejo —supo mucho más tarde Galdino— en asambleas, mítines y manifestaciones, pero en tiempos cercanos no quería saber nada de líderes y sindicatos. ¿Un reaccionario, un conservador? Mejor pensar en un hombre cumplido, un magnífico trabajador. Sus compañeros lo respetaban porque sabía trabajar, y le tenían confianza. Fue tesorero de la peregrinación anual al santuario de la Guadalupana hasta que se jubiló. Luego, jubilado, mataba el tiempo arreglando los cuatro arbustos que constituían su jardincito, leía, leía, leía y algunas noches llevaba a su mujer al cine. Con Galdino de vez en cuando una palabra, ¿qué me cuentas de Chon Becerra, ése que nunca se bañaba?, y Galdino hablaba del maestro Chon, fuerte, erguido, rápido para trabajar, pero al pobre Chon se lo estaba comiendo la diabetes. De eso murió mi padre, decía el viejo, de diabetes, ahora hay mucha medicina, pero antes no había manera de curarla, se fue poniendo delgadito mi padre, afiladito, y por más yerbas y conocimientos, nada, se fue. Anselmo Arrieta —aniquilado por el colesterol un año antes de la noche en que Galdino fumaba contemplado el firmamento— se sumergía en recuerdos, volvía al poblado petrolero de calles lodosas y angostas, la

Gerardo de la Torre
casona en las afueras, el patio donde correteaban gallinas, el tendejón en una de las habitaciones de la casa. Unos tablonés alineados horizontalmente separaban la tienda de la casa. Nadie atendía de manera permanente el estanquillo, pero el abuelo atisbaba por las junturas de los tablonés y si algún cliente se presentaba llamaba a la abuela. Él no se atrevía a salir, le tenía pánico a la gente, a la conversación, y cuando salía de compras lo hacía bien entrada la noche. Montaba en su caballo e iba a abastecerse a los pueblitos vecinos. A ese viejo le saqué lo tímido, pensó Galdino, el cigarro detenido en el aire, a unos centímetros de su boca. Le amedrentaba hablar en público, le tenía un poco de miedo a las muchachas, pero hasta ese viejo verdaderamente tímido que era su abuelo había podido conquistar a la abuela. Y ahora Galdino tenía otra mujer en la mente, a la mujer cercana, la niña de piernas bonitas y pechos pequeños, la pequeña madre frustrada que días antes le había enviado de Veracruz una tarjeta con saludos afectuosos y el deseo de que Galdino estuviese allá, en el puerto, tomando sol y bebiendo cervezas y no metido en estos líos que ya le tenían la cabeza atolondrada y dolorida. Pero se hallaba allí, junto a los tinacos, fumando mucho. Cuando María volviera de plano le propondría que viviera con él, igual iba a embestirlos la vida juntos que separados. Nada más que terminara el movimiento, porque de algún modo, por alguna razón, tendría que acabar todo ese pandemonio de manifestaciones, mítines, volanteo, combates con los granaderos. Allá les va su diálogo, muchachos, destituido el jefe de policía está, liberada una docena de presos políticos, venga el diálogo en el Hilton Acapulco con buenas bebidas

y hembras de pielecita suave y olorosa a bebé, laboratorios para la Universidad, talleres para el Politécnico, bibliotecas inmensas, casas del estudiante y becas, campo abierto a la investigación, ustedes, muchachos, van a ser profesionales, habrá buenos empleos, ustedes serán los responsables del desarrollo del país, de conducirlo a niveles más altos. Y se acabó, los obreros que se jodan, si se metieron en esto es porque querían tajada. Y entonces los trabajadores volverían dóciles a la rutina —dijo Galdino una fumada profunda—, a las tareas de cada día, entrar, salir, marcar tarjeta, comer cuando lo señalara el silbatazo de las doce, jugarle bromas a los aprendices y ¿qué les parece un aumento de salarios? Años más tarde Joaquín, la Quina, líder petrolero que implantó su hegemonía en todo el sistema, confesaría que gracias al movimiento, y sobre todo a los petroleros de la 35, los más engallados, el propio presidente de la república obligó al director de Pemex a hacer las paces con Joaquín y así controlar a los alborotadores. Tal confesión vendría seis o siete años después, pero aquí, en esta hora, no importa, María, esto se va a acabar y nosotros ya veremos qué.

Patricia se acurrucó contra el cuerpo de Jesús. Jesús le acarició la nuca. Ella tomó la palma de la mano y la besó.

—Estoy tan necesitada de cariño —dijo.

Jesús se preguntaba en qué espantosa telenovela había visto una escena semejante, pero también se preguntó si tal acto y tales palabras no tenían, a pesar de su origen melodramático, cierta validez. Si los sentimientos eran

buenos, auténticos, qué importaba mediante qué gestos o frases se expresaban, y de dónde habían sido tomadas o a quién se le imitaban. Decidió, él, que tanto le temía a las palabras sin aristas, entrar a la corriente.

—Todos necesitamos cariño, no se puede vivir sin cariño.

—Así lo pienso. Gracias.

En el momento en que dijo su frase, Jesús la sintió pedestre, falsa, pero lo dicho por Patricia, esa confirmación de que había puesto en la conversación algo generoso, saludable, cortó de tajo la angustia que comenzaba a hostigarlo. Patricia era una buena mujer, una mujer atrapada, como él, en un mecanismo satánico que con suma precisión y sin cesar los atormentaba, los condenaba al sufrimiento. Sintió que la mujer se crispaba bajo sus manos cuando la tomó de los hombros y la atrajo. La besó y siguió besándola porque en ese momento lo único que importaba era que Patricia tenía piernas, pechos, nalgas, y además era su compañera, cómplice en ésta y en otras borracheras. Patricia respondió al beso apasionadamente, con ganas animales latiéndole el vientre.

—Pues tomaremos otra y nos vamos a mi casa —dijo Jesús, ordenó Jesús, seguro de que Patricia no objetaría, no había posibilidad de réplica cuando dos solitarios, dos perdidos, descubrían que eran capaces de arrancarle un poco de goce a la vida que ya se les desmoronaba. Tomaron esa copa final y salieron del bar. Camino al departamento compraron una botella de ron que luego bebieron acostados, desnudos, entre lamento y confidencia, entre desmayo y ardor.

—Ojalá que sólo la muerte pudiera separarnos —dijo Patricia en un momento en que Jesús parecía dormir. Jesús

abrió los ojos, miró el rostro de Patricia torpe del alcohol, de sueño y de amor, levantó la botella del piso, dijo:

—Hasta que la muerte nos separe, entonces.

A Raúl le hablaron de un lugar sensacional y esa misma noche se dirigieron allá él y sus amigos, acompañados por María. Fegan no quería llevarla, pero ella se defendió furiosa, no me van a dejar sola otra vez, desgraciados, ustedes me trajeron y voy a ir con ustedes a donde vayan. Total, que vaya, a lo mejor hasta se gana unos billetes. Alejandro le sonrió a María, le guiñó un ojo; ella estaba de verdad molesta. Sí, a lo mejor me los gano con alguien menos miserable que ustedes. En el cochecito de Raúl se metieron por calles lóbregas, lodosas, y preguntando aquí y allá dieron con Mi Ranchito, un galerón de aspecto desolado, inamistoso. Uy, ¿éste es el lugar que te dijeron que no hay otro, la fiebre? Raúl apagó el motor. Huele a vicio, ya verán. Bajaron, agría María, anhelantes los otros, y dentro del local los recibió una atmósfera humosa, caliente, la música que despedía una sinfonía de sonido triste. Aquí no ha llegado la civilización, estamos en tiempos prehistóricos, dijo Alejandro al ver las mesas de madera corriente rodeadas por sillas metálicas baratas, con un anuncio de cerveza en el respaldo. El piso era de tierra en la parte principal del cobertizo; el techo alto, a dos aguas, de láminas de asbesto corrugado, traslapadas para evitar que la lluvia se filtrara; en un salón adyacente, con piso de cemento, muy pequeño, había dos mesas cuadradas y ocho sillas, la iluminación era escasa y apenas permitía distinguir los rostros. Cuatro

Gerardo de la Torre
clientes alrededor de una mesa, otros siete en el salón con piso de cemento, diez mujeres, las güilas, las pirujas, ofreciendo sonrisas falsas. Los muchachos y María se acomodaron frente a una mesa larga hecha de tablones. Una de las mujeres se acercó y muy jarocho preguntó si querían cervezas. Cerveza, pero cuartitos, ¿tú también, María? María dijo que sí y Raúl pidió cuatro, heladas como cachete de muerto. Se fue la mujer por las bebidas y comentaron los muchachos que de verdad era un lugar genial, sí, con el piso de tierra y los salvavidas colgando de los muros. Veían los nombres: Rostock, Savannah, Maracaibo, Aracajú, y uno con letras que parecían puestas al revés. Alejandro encendió un cigarro y puso cara de conocedor, griego, las letras del alfabeto griego. Fegan dijo que no con la mano mientras terminaba de encender un cigarro. Estás jodido, es ruso, así son las letras del ruso, pero Alejandro necio que era griego, los colores azul y blanco eran los de la bandera griega, Fegan sin embargo no iba a dejarse ganar, azul y blanco pueden ser los colores del barco, te aseguro que es ruso, y allí podían haberse quedado discutiendo media noche si no es porque llega la mujer, pone las cuatro botellas sobre la mesa y a una pregunta de Raúl responde que el salvavidas es griego. Alejandro sopló los labios de la botella. Griego, a huevo. A Veracruz llegan barcos de todas nacionalidades, es nuestro más importante puerto de carga, ¿verdad?, dirigió Alejandro la pregunta a la mujer. Veinte pesos, dijo ella. Ni que fuéramos a largarnos sin pagar, protestó Fegan mostrando los billetes de a cien, de a cincuenta. ¿Me pagan una cerveza? Carnosa la mujer, de muslos que se adivinaban bien torneados bajo el vestido de corte amplio.

Fegan le echó una mirada a Raúl y Raúl dijo échatela, pero te vienes a sentar aquí conmigo. La mujer se dio vuelta, fue a la cantina y de regreso traía un cuartito en la mano. ¿En tus piernas o en la silla? Raúl golpeó la silla y allí se sentó la mujer. ¿Cómo te llamas? Olimpia nomás, dijo la morena, y al cabo de varias cervezas, cuando ya se habían unido a la tertulia Laila y Rebeca, confesó que se llamaba Herlinda, pero un marinero griego le había clavado el nombre de batalla. El de Laila también era nombre de batalla, pero no el de Rebeca, así me bautizaron en Guadalajara, donde nació. Rebeca acompañaba a Fegan y Laila a Alejandro. María se tomaba las cervezas deprisita, de un solo golpe, y pedía más y exigía monedas para la sinfonola. Oye, niña, no tomes tan rápido, le dijo Laila, mientras Fegan le preguntaba a la tapatía si le gustaba el tequila y ante la respuesta afirmativa invitaba a todos a tomar tequila. Ni de chiste, con ese calor se antojaba algo muy frío, una buena cuba. Alejandro trataba de limpiar el sudor de su rostro con una servilleta de papel, pero una y otra vez se le humedecían la frente y las mejillas y a Olimpia le daba mucha risa, parece que estás maquillado, como maricón. No tomes tan rápido, te vas a poner mal, muchacha, ¿para qué la trajeron, es una chamaca? Se nos pegó desde México, dejó caer Fegan sin demasiado interés en aclarar, porque ahora le interesaban los maricas del barrio de San Juan de Dios, allá en Guadalajara, maquillados los pinches putos, decía Rebeca, y tomando tequila como si fuera refresco. Mayor razón para tomar cubas, y eso pidieron Alejandro, Fegan y Raúl. María también quiso, y aunque las tres mujeres insistieron en que era una locura, iba a vomitar, revolver era lo peor, la con-

gestión, finalmente consiguió que le sirvieran una cuba con varios trozos de hielo. En la sinfonola se repitieron las canciones que después de la primera cuba María ya no se levantaba a poner. A Olimpia le fascinaba Las luces de Nueva York y la marcó cuatro veces para bailar con Raúl. Rebeca estaba sentada en las piernas de Fegan, dejándose acariciar los muslos y besándolo. Laila le platicaba a Alejandro de un marinero alemán que se quería casar con ella y mostraba un anillo dejado en prenda, pero estaba pendiente de María, cuya cabeza colgaba, cuyo cuerpo permanecía en milagroso equilibrio sobre la silla. Terminó la cuarta repetición del bolero favorito de Olimpia y ella y Raúl vinieron a sentarse en el instante en que Alejandro aseguraba que los alemanes eran putos y por eso habían perdido la guerra. No, los griegos, todos los griegos son putos, dijo Olimpia, y en ese momento Fegan, Rebeca y la silla se fueron al suelo, a la mitad de un beso que todavía sostuvieron en el piso. Alejandro, Olimpia, Laila y Raúl acribillaron el espacio con carcajadas y en eso un golpe de tos, el choque de la cabeza contra los tablones y el vómito saliendo a borbotones por la boca de María. Corrió Laila a auxiliarla, pidió un trapo para contener los chorros, servilletas de papel para limpiar las piernas, el vestido, los brazos, el rostro embadurnado de líquidos espumosos y malolientes. Tomó de la cabelleira a María y le llevó la cabeza hacia atrás. Allí la sostuvo mientras le limpiaba la boca, la nariz cuajada de sustancias viscosas. Llévensela, muchachos, llévensela, está muy mal. Rebeca le vio los ojos entrecerrados, las pupilas vidriosas, muertas, búsqúenle un doctor. Raúl pidió una taza de café fuerte cuando ya Olimpia y Laila arrastraban a María, soste-

Muertes de Aurora

niéndola una por cada brazo, hacia el baño. Allí aliñaron su vestido, le lavaron con agua fría la cara, los brazos, las piernas, la peinaron y Laila le puso colorete. ¿Cómo te sientes, niña? La niña pidió agua y se la dieron a beber en el cuenco de una mano. María respiró profundo varias veces, ya me quiero ir a mi casa, llévenme a mi casa. La niña comenzó a llorar y Olimpia la apretó contra sus pechos grandes y blandos. Allí la dejó llorar, allí la fue tranquilizando, suavizó allí su borrachera y el malestar. En el salón le dieron café y Fegan dijo que mejor se iban, pero Raúl le tenía muchas ganas a la morena, a los muslos gruesos y acogedores de Olimpia, y quería quedarse. Olimpia le repetía que eran apenas las once y ellas salían a las tres de la madrugada, mejor mañana, moreno, vayan a cuidar a la chamaca, que se duerma. Y eso era lo único que rogaba María en la cama, que la dejaran dormir. Alejandro y Raúl la habían metido en su cuarto, invitaron a Fegan, vamos a coger los tres, pero Fegan se fue furioso y los otros pensaron que de celos, la quería para él solo. Y cuando Raúl primero, Alejandro después, hacían esfuerzos para poseerla, María suplicaba que la dejaran dormir.

3 de octubre de 1968

Habiéndome enterado de que el día de ayer los estudiantes tendrían un mitin en la plaza de las tres culturas, hice mis preparativos para vigilar la intervención de los petroleros en ese acto. Para tal fin pedí prestado su automóvil a mi compadre Juan Aguirre, de la oficina de Seguridad e Higiene, al cual me permití ponerle gasolina con autorización del Jefe de Personal. A eso del cuarto para las tres me coloqué cerca de la

puerta para ver si se reunían por allí los trabajadores que han demostrado más simpatías por el movimiento estudiantil. Y así fue. Muy pronto me di cuenta de que los multicitados Gal-dino Arrieta, Efrén Villanueva, Arturo Rodríguez, el soldador Rendón, Salvador Alonso y Melitón Galindo del Departamento de Materiales, Ofelio Luna del Laboratorio, Néstor Vértiz de Nuevos Proyectos y otros que no menciono para no fatigar a la superioridad, formaban un grupo frente a la puerta de nuestro Centro de Trabajo. Subieron en los coches de Rodríguez y Rendón y yo desde luego los seguí en el auto de mi compadre al que le puse gasolina en la bomba local con el permiso de mi Jefe inmediato. Los seguí muy de cerca por las calles de la ciudad, pero no se dirigieron a Tlatelolco, donde era el mitin, sino que fueron a meterse en el centro a una cantina conocida como La Ola. Una vez que vi donde entraron dejé el coche en un estacionamiento y entré a la cantina, donde para mi fortuna había mucha gente y pude confundirme entre ella y sentarme en un lugar estratégico, desde donde podía vigilar a los sujetos antes citados. Pidieron ostiones en su concha, pescados y tarros de cerveza negra y clara y estuvieron allí bebiendo un buen rato. Mientras tanto me comí también un pescado y pedí un refresco. Me estaba ya desesperando porque eran casi las cinco y no daban trazas de irse, sino que todavía pidieron otras cervezas, cuando uno de ellos, Salvador Alonso, de Materiales, no doy la ficha porque no he podido consultar su expediente, la superioridad ha de comprender que todavía me encuentro nervioso, se levantó y comenzó a repartir entre toda la gente de la cantina unos volantes. Me dio miedo que se acercara y me reconociera y entonces dejé en la mesa un billete de cincuenta pesos y me salí, aunque

mi cuenta no llegaba a los treinta, pero no tenía cambio. Me esperé en la esquina hasta que salieron, casi inmediatamente. Entraron al estacionamiento cercano, precisamente donde dejé el coche de mi compadre Juan Aguirre, y subieron a los autos y se fueron. Una vez que lo hicieron me dirigí a Tlatelolco, porque estaba seguro de que allí iban a reunirse con los estudiantes. La verdad es que en ese lugar había mucha gente y consideré que iba a ser muy difícil localizarlos, así que preferí dar unas vueltas alrededor de la multitud para ver si por casualidad los encontraba. Estaba yo muy cerca de la Iglesia cuando de pronto aparecieron unas luces de bengala verdes en el cielo. La gente comenzó a correr y oí que por el sonido del acto gritaban que tuvieran calma. En seguida se comenzaron a escuchar balazos y por allí salieron muchos soldados y policías. Los militares iban avanzando hacia los estudiantes, pero algunos soldados y los policías se quedaron por donde me hallaba y nos comenzaron a jalonear y cachearnos para ver si traíamos armas, con toda la razón. A este servidor un soldado lo agarró de la camisa y lo echó contra la pared. Yo le expliqué que no era estudiante, que nada más estaba viendo, y saqué mi credencial de Petróleos para mostrársela y que se diera cuenta de que yo llevaba buenas intenciones, pero ni siquiera le dio importancia y me gritó que a la pared o me iba a dar, con el perdón, mis cabronazos. Así que me repegué bien a la pared y no me atrevía yo a voltear, pero sí se oía una balacera del carajo. En eso llegaron unos policías vestidos de civil que gritaban batallón Olimpia y dijeron que nos fuéramos arrimando por el muro de la Iglesia al edificio de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Por unos radios que llevaban en las manos también se oía batallón Olimpia, no disparen, pero la

balacera seguía y vi cómo las balas hacían añicos los cristales de los autos y pegaban en los radiadores, pues veía cómo salía el agua. Uno que parecía jefe de los que iban vestidos de civil nos ordenó que nos tiráramos al suelo y tuvimos que hacerlo todos los que estábamos allí. Como quiera que sea podíamos ver lo que estaba sucediendo y alcancé a observar que los soldados resguardados en los coches disparaban sus armas y de uno como tanque no dejaba de disparar una ametralladora. No puedo decir que vi mucha gente caer muerta, porque además ya estaba oscureciendo, pero sí se oían las sirenas de las ambulancias y uno de los que más gritaban, de los que eran jefes, dijo que ya no siguieran disparando, que no fueran pen-dejos porque se estaban agarrando entre ellos mismos, que los que disparaban desde el otro lado eran los que habían llegado a agarrar presos a los líderes del movimiento estudiantil. Yo no sé, pero la verdad es que tenía mucho miedo, y no vayan a creer que por mí, pues por ahí no había mucho peligro, pero yo estaba pensando qué tal si matan o le dan un balazo a uno de los petroleros y entonces sí se va hacer un lío en nuestro Centro de Trabajo. Como pude salí de aquel revoltijo y afortunadamente esta mañana llegué a la Refinería antes de las siete y me coloqué en la puerta para esperar a alguno de los muchachos para que me hiciera saber qué pasó con ellos. A eso de las siete y diez encontré a Galdino Arrieta, le pregunté y me dijo que nada más sabía lo que había dicho la televisión, que ellos habían andado en varias cantinas. Le pregunté, para asegurarme, si ninguno de ellos estaba herido, porque la administración quería ayudarlos, y su respuesta fue que no les había tocado la balacera y todos se hallaban en perfecta salud. He leído los periódicos de esta mañana, los cuales informan

que el ejército atacó a los estudiantes y no sé cuantas cosas más, como dignos mis superiores seguramente ya estarán en conocimiento. Creo que ya es hora de que se pusiera un hasta aquí a tantos hechos que perjudican el buen nombre y el progreso del país, y al mismo tiempo me honro en informar que a los trabajadores petroleros no les ha sucedido nada y seguirán trabajando con toda normalidad.

En el momento preciso en que sonó el teléfono Jesús hizo a un lado el periódico, pero dejó que el aparato siguiera sonando porque presentía la llamada de un petrolero tan aterrorizado como él. Cesaron los timbrazos y Jesús volvió al periódico, a las fotos de los tanques ligeros, de soldados que disparaban parapetándose en los transportes militares, de estudiantes huyendo. A esa hora, las nueve de la mañana, necesitaba como nunca una copa: lo acometían ya los temblores que anunciaban una cruda dolorosa y a esos temblores se sumaban los estremecimientos del horror. Jesús fue a la cocina y rescató los residuos de varias botellas. Obtuvo casi medio vaso y mientras lo bebía sonó nuevamente el teléfono. Esta vez contestó imaginando la voz quebrada de Galdino, el relato de los pormenores de la matanza, Jesús, nos tiraban de todas partes, de arriba, de los lados y el griterío sofocando el estruendo de los estampidos, murieron cien, trescientos, dos mil, todos muertos, Jesús, estábamos todos muertos, la salvación es una mentira. Resultó, sin embargo, la voz de Marco Lévido, fresca, inocente:

—La encontré, Jesús, la tengo.

¿Qué había encontrado aquel imbécil? Jesús preguntó.

—La frase. ¡La frase!

La voz rezumaba alegría y obligaba a dar por supuesto que la frase debía interesarle a Jesús, una maldita frase política perfecta que sin duda, según las ilusiones de su autor, le abriría puertas a Marco Lépido, lo liberaría para siempre de su esclavitud intelectual y física: jamás volvería a sufrir ante la hoja en blanco.

—¿Cuál es la frase, Marco?

—La patria es primero.

Jesús refrenó un primer impulso de echarse al suelo a reír y descoyuntarse las mandíbulas en el carcajeo, pero examinó las palabras y supo que la frase tomada en préstamo por Marco Lépido era perfecta y podía escribirse todos los días y todos los días ser descubierta. La patria es primero y por encima de la patria nada y por debajo de ella sólo los restos ensangrentados de cientos de muchachos muertos.

—Tienes toda la razón, Marco, has dado con la frase política perfecta. No dejes que se pierda.

María despertó sintiéndose el ser más vil y más desdichado del mundo. Pegaba el sol en el puerto y poco a poco el calor aniquilaba toda gana de moverse, de vivir. María, abandonada en el cuarto minúsculo, desnuda, con el cuerpo pegajoso, se sentó en la cama y buscó su ropa interior. En brasier y calzones fue al baño y bebió agua de la llave, se frotó la cara con esa agua que salía tibia. Le dieron ganas de vomitar y, de rodillas ante el excusado, vomitó varias veces, al final solamente un líquido amarillo y amargo. Tenía que quitarse el desagradable sabor de la boca, pero lo único que

deseaba era dejarse caer en el piso de cemento. De nuevo le vinieron las ganas de vomitar y con dificultad se puso de rodillas. Arqueó el cuerpo y no expulsó sino escasas flemas, pero las contracciones le provocaron dolores en la espalda y en los músculos del abdomen. Volvió a la cama y allí se estuvo inmóvil hasta que se sintió mejor. Después se dio un baño y salió del cuarto preguntándose donde estarían Raúl, Fegan y Alejandro, y en la oficina la sacaron de dudas: habían pagado la cuenta, se habían ido. El cuarto se vencía a las dos de la tarde y eran apenas las diez. Volvió a la habitación y buscó un recado, una nota escrita con jabón sobre el espejo del baño, los billetes suficientes para pagar el pasaje de vuelta. Eres una tonta, muchacha, le dijo Laila esa noche, ¿crees que esos desgraciados te iban a dejar algo, crees que se puede confiar en los hombres, crees que eres algo más que una niña de la que todos quieren aprovecharse? Nomás que los encuentre y les parto la madre, musitaba María en el llanto, voy a partirle la madre a esos desgraciados, necesito para mi pasaje, mañana me voy a México, necesito para el pasaje y el hotel. Laila, Olimpia y Rebeca hablaron con las mujeres y fueron poniendo diez pesos una, cinco la otra, cinco más aquella y se reunió para el pasaje y del hotel no hablaron, puesto que María podía quedarse lo que restaba de esa noche en el cuarto de Laila, humilde pero limpio, empapelado con papel de flores, te doy la llave, chamaca y vete a descansar, y María lloraba ahora agradecida y quería besar las manos de Olimpia, de Laila, de Rebeca, que se resistían. Bañaba María la mesa con las lágrimas que no derramó por el hijo muerto, ya no llores, chamaca, ¿quieres una cerveza? María secó sus lágrimas, sonrió, pidió pres-

Gerardo de la Torre
tada a Rebeca su bolsa de cosméticos y fue a arreglarse al baño. Salió muy compuesta, con las pestañas enrimeladas, la boca roja y un poco de colorete en las mejillas, agradeció de nuevo la solidaridad y prometió vengarse de los malvados. Aceptó finalmente una cerveza y otra y al cabo de la tercera accedió a bailar con algún cliente y cuando se dio cuenta habían transcurrido varias semanas. Un día la chamaca comunicó a las amigas su inminente partida, pero no reveló que un cliente le había ofrecido una semana a todo lujo en el hotel Diligencias y después de todo a ella no se le habían aplacado las ganas de divertirse. Una semana estuvo en el hotel Diligencias con un señor cincuentón, buena persona, generoso, y una semana más en un hotelito céntrico de la ciudad de México, en donde el hombre la visitaba por las noches.

Frente a la puerta principal de la refinería, separando las veredas de entrada y salida de los automóviles, se levantaba un muro de metro y medio de altura cuya única finalidad consistía en indicar, mosaico a mosaico, que era aquella la “Refinería 18 de Marzo”. A ese muro trepó Pepe Cervantes la tarde del tres de octubre, él, que había estado en Tlatelolco el día anterior, y desde allí se dirigió a los trabajadores para referir lo ocurrido en la plaza de las Tres Culturas. Los trabajadores que con paso desganado abandonaban el centro de trabajo no parecían mostrar interés, quizás porque allí, elocuentes las presencias, se hallaban el secretario general del sindicato, el jefe de vigilancia, el agente de trabajo Abundio Rosales, que ahora no tomaba notas sino

que, sonriente, se limitaba a pasear entre los escasos trabajadores que se detenían, es hora de irse a sus casas, muchachos, para qué pierden aquí su tiempo. Y aunque Pepe Cervantes gritaba, se desgañitaba hablando de las balas que destrozaban paredes, de los inagotables minutos que pasó tendido en las losas de la plaza, de los ayes y gemidos, de la muerte y el sufrimiento, se sabía a esa hora que los vencedores no eran los difuntos ni los escapados a la muerte, no los airados ni los sometidos, no los estudiantes y trabajadores que en esos días de fiesta habían marchado orgullosos, pantalones de mezclilla y caqui, banderas y pancartas, sino estos que ahora mostraban los dientes y paseaban su vestimenta pulcra y bien planchada. No era el momento de Pepe Cervantes ni el momento de Efrén o de Galdino, sino el momento de quienes a lo largo de años habían sostenido que todo estaba bien, palmeaban espaldas, besitos a los niños. Pepe Cervantes, bájate de ahí. Pepe Cervantes, nos partieron la madre.

La llamada llegó unos días después. ¿Y ahora qué hacemos, Jesús? Jesús padecía un fuerte dolor de cabeza y le dijo a Efrén que más tarde podían platicar, a eso de las cuatro, ya conocían su cantina. Y esa mañana a Jesús le dio por arreglar su vivienda. Tendió la cama, barrió los pisos, ordenó catálogos editoriales, llevó al cuarto de la azotea las botellas vacías y lavó los platos y los vasos sucios que se habían acumulado. El dolor de cabeza comenzó a desvanecerse con las cervezas que bajó a comprar antes de mediodía y a eso de las dos se sintió bien, con ganas de un baño caliente

Gerardo de la Torre que tomó sin abandonar la cerveza, con ganas de ponerse ropa limpia. Compañeros, hemos perdido una batalla pero no la guerra. Por extraño que parezca, me siento optimista aunque nos han golpeado bárbaramente. De cada derrota debemos obtener experiencias que nos conduzcan a la victoria total. Hoy, es cierto, vemos lejana esa victoria y sólo quisiéramos renunciar a la lucha revolucionaria. Sin embargo, en estas amarguras pasajeras se han forjado los momentos luminosos en la historia de la humanidad. Yo les digo, te lo digo a ti, Galdino, que combates por primera vez; a ti, Arturo, que te has enredado en esos menesteres y has sabido sobrevivir; a ti, Efrén, que en términos marítimos eres lo que podríamos llamar un viejo lobo; les digo que una y otra vez nos han asesinado y una y otra vez hemos vuelto a nacer.

Se puso calcetines blancos, unos mocasines que ha tiempo yacían empolvados bajo la cama, pantalón de mezclilla y chamarra roja de nailon. Luego de mucho tiempo Jesús de la Cruz salía a la calle, auténtico, verdadero, arrebatado a los pantanos de soledad, ruina, desesperanza. En las situaciones difíciles, Jesús, te levantas, es ahí donde muestras tus tamaños verdaderos, tu condición legítima. Salió a la calle, el viento le abombaba la chamarra, agitaba su indócil cabellera, y se fue caminando a la cantina y poco antes de las cuatro solicitó el primer ron con agua mineral y mucho hielo.

Seres pálidos, desmayados, apócrifas representaciones de la clase obrera, de los hombres que participan en los procesos de la producción. No me digas, Efrén, amari-lento y decaído Efrén, no me digas que...

No me lo digas, lo sé.

Tú, apagado Galdino, calla.

Arturo, árido de insolencia, guárdate las palabras.

Los tres petroleros, larguísimas las caras, meneaban las cabezas de un lado a otro, silenciosos, golpeándose de vez en tanto la mano izquierda con el puño derecho. Los animó Jesús a tomar una copa, con caras tristes no se arregla nada, llamó al mesero con una palmada, ordenaron las bebidas, a ver, cuenten, ¿cómo les fue en Tlatelolco, a quiénes les mataron? Ismael Rojas tenía una esquirra en la nuca, cerca de la columna vertebral, nada grave, había salido ya del hospital petrolero y andaba por ahí. De la organización, eso sí, no quedaba ni rastro. Los entusiastas que habían acudido a mítines y manifestaciones ahora no quieren ni vernos, Jesús. Seguimos reuniéndonos a la hora de comer, y aquellos, los amigos, los simpatizantes, sacan la vuelta, nos saludan de lejos, ¿no te parece triste? Absolutamente funesto. Con dos copas más se animó Galdino a hablar de los momentos gratos de esa guerra, la pedriza a los soldados, Valerio hablando en nombre de los petroleros en un mitin en Tlatelolco, la manifestación silenciosa y ellos portando banderas rojas, la tarde aquella de manifestación en que tomaban copas en casa de Rendón y Valerio les enseñaba a lanzar un cuchillo sacándolo del calcetín o de un bolsillo trasero, y venían más copas y todos probaban puntería hasta que la mujer de Rendón los echó de la casa recordándoles que era hora de irse a la marcha. ¿Y ahora qué nos queda, Jesús?

El discurso se le había agriado a Jesús, deseaba vomitar las bien pensadas palabras de aliento, pero no allí, fren-

Gerardo de la Torre te a los tres amigos enfermos de amargura, carcomidos por la desilusión, sino en lo más profundo de su propio albañal cotidiano. De nada servían las buenas palabras, ningún beneficio acarrea una hilera de frases acuñadas en tiempos precarios por los revolucionarios sin miedo y sin tacha. Esos cuatro borrachos derrotados lo único que precisaban era alcohol, excepto Arturo, que con dos tequilas había tenido para sumirse en un silencio terco, en un perfecto estado de idiotez. El mesero trajo tequila, ron, cerveza y en esa borrachera soberbia se sentían cada vez más cerca, hermanos miserables. Jesús, sin embargo, tenía palabras para ellos. Hizo que aproximaran las cabezas al centro de la mesa y confesó que noche a noche lo asaltaban vampiros, entraban por las hendiduras de puertas y ventanas y chupaban un poco de su sangre. Pero les he hecho trampa, reveló, porque toda mi sangre está cargada de alcohol y esos vampiros ya no quieren sangre, necesitan alcohol, los he convertido en alcohólicos. Cada noche, antes de acostarme rocío el colchón con alcohol puro y los vampiros acuden a chuparlo, igual los moscos, parientes cercanos de los vampiros, y las chinches que todas las noches salen de los repliegues del colchón y vuelven borrachas a sus escondrijos, bien que lo sé, las veo buscar sus agujeros desorientadas y torpes. Arturo reía mucho y Efrén dijo que Jesús era muy gracioso, qué buenas historias contaba. No son historias, muchachos, no se rían. Pero cómo no iban a reírse con esas pendejadas, cómo no. Jesús bajó el volumen de su voz y los obligó a pegar las cabezas. No son historias, una noche vino una tortuga peluda, estaba en el baño, subida en la tapa del excusado, no me dejó orinar, tuve

que mear en el lavamanos, no son historias, digo la verdad, al principio le tenía mucho miedo a los vampiros, los moscos, las chinches, me repugnaban, pero ahora los necesito, me acompañan cada noche, y cuando Patricia viene a la casa no se dejan ver porque saben que entonces no necesito su compañía. Patricia también tiene vampiros en su casa, pero a ella no le chupan la sangre, son como pajaritos que llegan en la noche y se paran en las perchas que ha puesto por toda la recámara, habla con los vampiros, ella habla y los vampiros escuchan, porque los vampiros no saben hablar, sólo sueltan chillidos, como los ratones. Galdino dijo que ya estaba bien de cuentos, no quieras tomarnos el pelo, Jesús, y además ya es tarde, tengo que irme. Si de verdad eran sus amigos tenían que acompañarlo con la última copa, exigió Jesús, y él les platicaría de un caballero negro de armadura negra, montado en negro caballo y con armas negras, que las primeras noches llegó a rescatarlo, pero los otros ya no querían ni una copa más y se levantaron y desaparecieron después de prometerle un día de estos te echamos un telefonazo, Jesús. Y Jesús, abandonado, dejó la mesa y se dirigió a beber un ron más en la barra. Allí, invitó un tequila a un anciano tembloroso envuelto en un abrigo. No estaba bebiendo nada el viejo y sus manos permanecían asidas al borde de la barra. El anciano tomó la copa con las dos manos engarfiadas, se la llevó a la boca y la vació de un trago, y en seguida sus manos volvieron a sujetarse de la barra. Jesús pidió al cantinero más tequila. Mientras aguardaban, Jesús preguntó al viejo si conocía vampiros, si se le revelaban.

Enfriaban ya las tardes en la ciudad de México cuando María volvió a su departamento en Tlatelolco. En Veracruz, a mitad de un desayuno servido en la cama, se había enterado por los periódicos de los hechos sangrientos. Bien se lo habían ganado esos alborotadores, comentó el hombre que la rescató del cabaré y la depositó en el hotel Diligencias. María le dedicó un breve pensamiento a Galdino, ¿no lo habrían matado?, tendría que ver la lista de los muertos en el periódico de mañana, porque en el de hoy no venía lista. En este país alguien tiene que guardar el orden y era necesario poner un hasta aquí a los estudiantes, máxime que ya tenemos encima la olimpiada y no se vale que nuestro país quede mal. El hombre acababa de bañarse y se ponía corbata y un traje ligero para atender los negocios, y que en dos horas estuviera lista María porque pasaría por ella para ir a la playa y luego a comer en Mandinga. El que paga manda y no había más que ir a la playa, comer, hacer el amor gozándolo porque le gustaba y otra vez el desayuno en la cama y el viaje a México y la estancia en un hotel céntrico. Ahora todo eso había quedado atrás y María estaba frente al televisor de su departamento viendo una telenovela y preocupada porque su menstruación se había retrasado dos días. Apagó el aparato y salió a buscar a las amigas que tanto la habían extrañado, ¿dónde te metiste?, tu madre andaba como loca buscándote de hospital en delegación. Qué va, si tu madre se había desentendido de tu vida, no le importabas un cacahuete. Sentáronse pues las amigas en una banca de piedra en la glorieta y hablaron a la recién llegada del día aquél de las balas y los muertos. María relató pormenores del viaje y al final se echó en brazos de Marcela

y confesó con un matiz de angustia el retraso menstrual. Marcela dejó caer sus manos sobre la cabellera de la niña madre, ya vas a ver que no es nada, María, ya vas a ver que uno de estos días te baja, y si no, jodida, te llevo con una señora que te hace abortar en dos horas. Unos días, dos horas, demasiado tiempo para María. Se despidió, fue a su casa y, echada en la cama, esperó el regreso de mamá para decirle que la odiaba.

El aparato de radio, FM, ofrecía dulzona música norteamericana. Jesús le dijo a Patricia que bailaran, pero ella no me gusta bailar, nunca he bailado. Jesús insistía porque en muchísimos años no había bailado, Patricia tenía que darle ese gusto, no importaba que no supiera bailar, quién iba a verlos allí, en el departamento de Jesús. Pero Patricia mantuvo su decisión, no le gustaba el baile, no le llamaba la atención, y Jesús, ensombrecido, se separó y comenzó a beber tragos de ron solo. A Patricia le daba miedo cuando el compañero se ponía así, cuando enfondaba en esos silencios tercos, se sumergía en pensamientos que más miedo le daban porque no iba a conocerlos nunca. Patricia se sirvió ron con agua y quitó el vaso a Jesús. Sirvió ron puro y lo devolvió. Jesús bebió la mitad del ron de un golpe y Patricia acercó la botella y volvió a llenar el vaso, para que te sacies, Jesús, para que te emborraches y me digas que me quieres. Jesús levantó la mirada del piso y la fijó en los ojos de Patricia, ojos que no reflejaban dolor ni angustia ni querella sino serenidad. Jesús dejó caer otra vez la mirada y Patricia

se echó hacia atrás en el sillón, relajó el cuerpo, sus ojos se cerraron. La música continuaba saliendo del FM y cada tres o cuatro piezas la voz del locutor invitaba a comprar colchones, automóviles, terrenos, aquella marca de güisqui, ésta de cigarros. Largo rato permaneció la pareja en silencio, él llenando y vaciando su vaso con regularidad, ella llevándose a la boca el suyo de tanto en tanto. Jesús, con la botella vacía en la mano, se levantó, fue a la cocina y volvió con una nueva. A punto estaba de abrirla, de pie frente al cuerpo flojo de Patricia, cuando el locutor habló de las virtudes de ese ron que convertía en palacios las barracas más inmundas. Jesús se dejó caer de rodillas, apoyó la cabeza en los muslos de Patricia, la abrazó por la cintura, su mano todavía sosteniendo la botella, haciendo daño con la fuerza de su brazo, Patricia, Patricia, ¡Patricia! ¡Me han llenado de alcohol estos cabrones! Estoy lleno hasta el pescuezo por culpa de estos mercenarios desalmados. Patricia lo abrazó también, se besaron, se acariciaron sin cesar y no había en esas caricias nada más que una ternura obstinada y sin esperanzas. De nuevo sentados muy juntos, Patricia llenó su vaso con ron puro y se obligó a beberlo todo conteniendo la náusea. Para llenarme de alcohol contigo y como tú. Bebieron esa botella y parte de una más. Ingresaron a un tenebroso estadio de borrachera y Patricia habló del sueño repetido, lacerante, que le venía todas las noches, su madre arrinconada intentando cubrirse el rostro con los brazos para evitar los puñetazos bien lanzados, puta, por el marinero que le daba el gasto, maldita puta ya me contaron, su madre llorando y quejándose en voz muy baja, no me

pegues son mentiras no me pegues va a despertar a la niña, los golpes cayéndole a su madre en el rostro, en las sienes, en el pecho, mientras la niña, asustada y temblorosa, entrecerrando los ojos, se encogía en la camita del rincón, puta desvergonzada salgo de viaje y tú a la calle a buscar hombres como si no tuvieras uno que te mantiene te da todo lo que necesitas, su madre entonces se derrumbaba, el marinero salía dando un portazo y gritando maldiciones y la niña saltaba de la cama, corría hacia el sitio donde yacía la madre y a medida que se acercaba un muro de ladrillos iba creciendo, mamá, no me dejes, el muro la ocultaba, se la arrebatava y la niña arañaba los ladrillos, quería rasgarlos con sus uñas débiles y solamente conseguía destrozarse los dedos, mamá, no me dejes, llévame contigo. Patricia se dejó caer al piso derrotada. Jesús trató de levantarla y se lanzó de boca sobre ella, su cuerpo quedó tendido sobre el de la mujer, formando los dos una cruz, despojos del hombre y la mujer originales, dos fantoches que no querían eternizar su nombre ni averiguar su estirpe ni perpetuarse en su descendencia.

Abruptamente se iluminó la cavidad craneana de Jesús. Aurora, la gran barriga dificultando sus movimientos, preparaba la maleta para marchar al hospital. Echaba allí pantuflas, libros, percutida ropa interior, blusas, un suéter, un par de pantalones. Lista la maleta, Jesús fue a la caseta telefónica de la esquina a llamar a un taxi. Siete minutos y allí estaba el taxi anunciándose estruendoso con el cla-

Gerardo de la Torre
xon. Antes de salir, Aurora tomó del sillón un pequeño oso de peluche café con peladuras, lo acarició, lo apretó bajo el brazo. Salió ella por delante. Jesús, que cargaba abrigo y maleta, echó llave a la puerta y al volverse permaneció unos instantes en su sitio, viendo a Aurora que se alejaba arrastrando los pies por el pasillo. Oscurecía en la ciudad y los automóviles transitaban con los fanales encendidos, en casas y edificios se iluminaban las habitaciones, los anuncios publicitarios estallaban, bébeme tócame úsame admírame míame cómemme cómprame adórame, en luces de colores y Jesús se preguntó por qué nunca se había preguntado quiénes encenderían a hora exacta tales anuncios. Viajaron abrazados y en silencio, sin atreverse a especular sobre los resultados de la delicada operación, sin mencionar siquiera la cesárea que en otras condiciones hubiera sido un momento difícil, nada más. Contemplaban en silencio la ciudad, su gente, los tartajeantes autobuses, los edificios, las calles inhóspitas. Quizá por última vez, pensaban, quizá por última vez porque ese trozo de metal que te han añadido al corazón, Aurora, hace que un pequeño tajo minucioso y bien ejecutado pueda convertirse en un corte mortífero. Después, la noche en el hospital, el silencio interrumpido cada hora por la pulcra enfermera que hacía el recorrido de guardia. Y, en la madrugada, la tos cada vez más violenta y más frecuente que ahogaba a Aurora y la despertaba a pesar de los sedantes. Entonces se abrían sus ojos despavoridos y Jesús saltaba del sillón para ayudarla a contener los estertores. El médico de guardia hizo que le administraran dos cucharadas de un antitusígeno y ordenó que levanta-

ran la cama y colocaran una almohada más bajo la espalda de la enferma. A las once de la mañana la condujeron al quirófano y, un instante antes de que la confinaran en las cámaras inmaculadas y olorosas a desinfectante, Aurora y Jesús se tomaron de las manos, se besaron, no se dijeron nada. Vinieron las horas de espera nerviosa, los cigarros, el caminar de pasillos y las palabras alentadoras de los cinco o seis parientes congregados. Más tarde el médico en la puerta con los brazos abiertos, las manos vacías y el rostro congelado, las palabras gravemente musitadas en el oído de Jesús, se nos está muriendo, se nos muere. Lo invitó el doctor a entrar al quirófano y De la Cruz, mudo, devastado, se acercó al cuerpo tibio aún, **alanceado sin piedad, abrumado por agujas y catéteres.** Se nos está muriendo, Patricia, se nos muere.

Marcela, modosita, samaritana, apoyada en uno de los barandales que circundan los prados de la refinería, las manos frente al pecho, entrecruzados y juguetones los dedos, el gesto serio, estudiaba las palabras, las sílabas precisas: María te necesita, Galdino, no te imaginas lo que te necesita. Ahora, enterado del posible embarazo, no había rencores ni enfurruñamiento en Galdino, pero se preguntaba para qué podía necesitarlo María si nunca había necesitado sino de su aire de muchacha inocente, de sus ojos soñadores y cándidos, de su cuerpo frágil, infantil. Galdino, hundidas las manos en las bolsas traseras del pantalón, se apoyaba en un pie y en otro, miraba el piso, volvía la cabeza a un lado, al otro, a veces se enfrentaba al rostro convincente de Marcela: de veras, no sabes lo que esa muchacha te necesi-

Gerardo de la Torre
ta. Ese necesitarse se le venía encima como una avalancha. Los seres humanos nos necesitamos los unos a los otros, amémonos los unos a los otros, libres por el amor, por la conciencia de la necesidad, por la necesidad de la conciencia. Depositaba el peso del cuerpo en el pie derecho, en el pie izquierdo, consciente de la necesidad de quitarse de encima a Marcela, de hacer a un lado sus requerimientos. La verdad, Marcela, no la odio, no hay rencor ni desprecio, lo que pasa es que ya no hay nada, te lo juro, no hay nada. Y la insistente Marcela sitiándolo, cercándolo, con una pregunta para la cual todas las respuestas resultarían igualmente estériles. Entonces, ¿qué le digo a María? Dile la verdad: el silencio, el olvido, la podredumbre, los cabronazos. Y si en ese momento los ojos pedigüeños de Marcela, mirándolo de frente, hubiesen mostrado menos animadversión, quizá Galdino no hubiera musitado: dile que también a ella me la mataron en Tlatelolco.

El hombre entró sonriente a la cantina y se estacionó dos pasos adelante de las puertas batientes que aún sacudían el aire. Dejó vagar la mirada por la larga barra, el pasillo estrecho, las mesas alineadas contra la pared. Seguía la sonrisa en su rostro cuando con pasos fatigados se dirigió al mingitorio, la puertecilla al fondo de la cantina. El propietario indicó con la cabeza a uno de los meseros que no lo perdiera de vista y el mesero entró al baño a examinar las llaves del lavabo. El hombre y su dulce mirada se volvieron hacia el mesero y éste simuló una sonrisa, apretó los grifos y vio que el jabón estuviera en su sitio. El rostro de aquel hom-

bre inspiraba confianza, no así la barba crecida de varios días, la cabellera larga y enmarañada, la ropa descuidada, grasienta. El hombre orinó mientras el impaciente mesero limpiaba el espejo con una toalla de papel. Limpio y reluciente el espejo, hombre y mesero abandonaron el urinario. Marchó el hombre en dirección a la salida y se detuvo cerca de una mesa en que cuatro parroquianos jugaban dominó. Uno de los jugadores colocó la ficha cinco blanca, luego la blanca doble. Está cerrado, anunció. Cierre a blancas nunca se pierde, dijo sonriente el hombre de la mirada dulce. Los jugadores se concentraron en el cómputo y cuando el que había cerrado tendió la mano hacia su vaso no lo encontró. El hombre de la barba y la sucia melena se había apoderado de él y apuraba el alcohol deprisa, lo succionaba. El hombre abandonó el vaso sobre la mesa y cruzó la puerta a la carrera. Los jugadores intercambiaron miradas estupefactas, se rieron fuerte del pobre borrachín, Jesús, cuando circulabas ya por alguna calle de la colonia Guerrero, te acercabas a los transeúntes, suplicabas una moneda para comer algo y no faltaba uno que te la diera. Una aquí, una allá y por la noche tenías suficiente para comprar tequila, alcohol de caña, algo que llevar al viejo departamento de renta congelada de la colonia Juárez, sin más muebles ahora que la cama y un ropero con polillas que nadie quería ni regalado. En la noche, apretando la botella contra el pecho, te echabas en la cama y bebías el tequila lentamente, a tragos pequeñitos, para que durara. A veces no bastaba la botella o no había botella. Entonces, tras horas de ansiedad, Jesús se echaba a las calles que a esas horas, vacías, escasas oportunidades ofrecían de conseguir un trago. Allí donde hallaba una luz

Gerardo de la Torre encendida, Jesús llamaba y pedía una copa al hombre hosco o alarmado que entreabría la puerta. En ocasiones encontraba una casa donde había fiesta y no le escatimaban, trasnochadores joviales, una copa o dos, para luego largar al simpático borrachito. Las puertas de los vecinos ha mucho que se habían cerrado para el borracho impertinente del departamento siete, de manera, Jesús, que no te quedaba sino doblarte una y otra vez sobre ti mismo, esperar la consunción, el asalto final de los probos y de los benditos, de los sin culpa y de los portentosos, de los hartos y de los exigentes. Aunque ya nada podía hacerte daño.

Y aquí queda, congelada, la estúpida sonrisa de satisfacción.

A mediodía Efrén y Galdino se hallaban sentados en el camellón de la calzada principal de la refinería. Habían comido sus tortas y bebido sus refrescos. Indolentes, aguardaban el silbatazo que señalaba la vuelta a las tareas. Efrén se entretenía ojeando una revista de muñequitos. Galdino miraba la puntera encasquillada de sus botas.

—Tantos países que hay en el mundo —dijo— y nos tocó nacer en el más mierda.

Sonó el silbato. Los compañeros se levantaron, se dijeron hasta pronto. Allá las torres continuaban los procesos de destilación, las chimeneas humeaban, el ingeniero de turno ponía los ojos en la carátula de un manómetro, el contable disponía la sumadora, la escoba era arrebatada del rincón.

Y así tenía que ser, Galdino. El trabajo ennoblece.

Gerardo de la Torre (Oaxaca, 1938)

Ha publicado los libros de cuentos *El otro diluvio* (1968), *El vengador* (1973), *Viejos lobos de Marx* (1981), *Relatos de la vida obrera* (1988), *La lluvia en Corinto* (1993), *Tobalá y otros mezcales oaxaqueños* (1998) y *De amor la llama* (2001); es autor de las novelas *Ensayo general* (1970), *La línea dura* (1971), *Muertes de Aurora* (1980), *Hijos del Águila* (1989), *Los muchachos locos de aquel verano* (1994) y *Morderán el polvo* (1999).

En 1988 obtuvo el Premio de Novela Pemex 50 años de la Expropiación, por *Hijos del Águila* y en 1992, el Premio Nacional de Novela José Rubén Romero, por *Los muchachos locos de aquel verano*.

Ha practicado el periodismo, la traducción, elaborado abundantes guiones para historieta, cine y televisión. Participó en el taller literario de Juan José Arreola, fue becario del Centro Mexicano de Escritores 1967-68 y desde 1994 es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

Publicaciones de Para Leer en Libertad AC:

- **Para Leer en Libertad.** Antología literaria.
- **El cura Hidalgo,** de Paco Ignacio Taibo II.
- **Jesús María Rangel y el magonismo armado,** de José C. Valadés.
- **Se llamaba Emiliano,** de Juan Hernández Luna.
- **Las Leyes de Reforma,** de Pedro Salmerón.
- **San Ecatepec de los obreros,** de Jorge Belarmino Fernández.
- **La educación francesa se disputa en las calles,** de Santiago Flores.
- **Librado Rivera,** de Paco Ignacio Taibo II.
- **Zapatismo con vista al mar: El socialismo maya de Yucatán,** de Armando Bartra.
- **La lucha contra los gringos:1847,** de Jorge Belarmino Fernández.
- **Ciudad quebrada,** de Humberto Musacchio.
- **Testimonios del 68.** Antología literaria.
- **De los cuates pa' la raza.** Antología literaria.
- **Pancho Villa en Torreón,** de Paco Ignacio Taibo II y John Reed.
- **Villa y Zapata,** de Paco Ignacio Taibo II, John Reed y Francisco Pineda.
- **Sembrar las armas: la vida de Rubén Jaramillo,** de Fritz Glockner.

- **La oveja negra**, de Armando Bartra.
- **El principio**, de Francisco Pérez Arce.
- **Hijos del águila**, de Gerardo de la Torre.
- **Morelos. El machete de la Nación**, de Vicente Riva Palacio, Eduardo E. Zárate, Ezequiel A. Chávez y Guillermo Prieto.
- **No hay virtud en el servilismo**, de Juan Hernández Luna.
- **Con el mar por medio. Antología de poesía del exilio español**, de Paco Ignacio Taibo I.
- **Con el puño en alto**, de Mario Gil, José Revueltas, Mario Núñez y Paco Ignacio Taibo II.
- **El viento me pertenece un poco (poemario)**, de Enrique González Rojo.
- **Lee Mientras Viajas 1**. Antología literaria coeditada con ADO GL.
- **Cero en conducta. Crónicas de la resistencia magisterial**, de Luis Hernández Navarro.
- **Las dos muertes de Juan Escudero**, de Paco Ignacio Taibo II.
- **Y si todo cambiara... Antología de Ciencia Ficción y Fantasía**.
- **Lee Mientras Viajas 2**. Antología literaria.
- **Con el puño en alto 2. Crónicas de movimientos sindicales en México**. Antología literaria.
- **Lee Mientras Viajas 3**. Antología literaria.
- **De los cuates pa' la raza 2**. Antología literaria.
- **El exilio rojo**. Antología literaria.

- **Siembra de concreto, cosecha de ira**, de Luis Hernández Navarro.
- **El Retorno**, de Roberto Rico Ramírez.
- **Irapuato mi amor**, de Paco Ignacio Taibo II.
- **López Obrador: los comienzos** de Paco Ignacio Taibo II.
- **Tiempo de ladrones: la historia de Chucho el Roto**, de Emilio Carballido.
- **Carrillo Puerto, Escudero y Proal. Yucatán, Acapulco y Guerrero. Tres grandes luchas de los años 20**, de Mario Gill.
- **Si Villa viviera, con López anduviera. La batalla de Zacatecas** de Paco Ignacio Taibo II.
de Emilio Carballido.
- **¿Por qué votar por AMLO y no por el PRI o el PAN?** de Guillermo Zamora.
- **La Chispa. Orígenes del Movimiento Urbano Popular en el Valle de México.** de Pedro Moctezuma.
- **El Desafuero. La gran ignominia**, de Héctor Díaz-Polanco.
- **Lee Mientras Viajas 4.** Antología literaria.

Descarga todas nuestras publicaciones en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com